

1903

EL VIENTO EN LOS SAUCES

Kenneth Grahame

Grahame, Kenneth (1859-1932) - Ensayista y escritor inglés de libros infantiles. Trabajó como secretario en el Banco de Inglaterra. El viento en los sauces (1908) - Un clásico de la fantasía infantil protagonizado por los personajes del Topo, la Rata de Agua, el Sr. Sapo y otros pequeños animales. Este libro surgió de una serie de cuentos que Grahame contaba a su hijo pequeño a la hora de dormir.

Índice

EN LA ORILLA DEL RÍO	3
LA CARRETERA DESIERTA	11
EL BOSQUE SALVAJE	18
EL SEÑOR TEJON	25
EL DULCE DOMO	33
EL SEÑOR SAPO	42
EL GAITERO A LA ENTRADA DEL ALBA	49
LAS AVENTURAS DE SAPO	57
EMIGRANTES TODOS	65
MAS AVENTURAS DEL SEÑOR SAPO	75
UN TORRENTE DE LAGRIMAS	85
EL REGRESO DE ULISES	95
FIN	103

I

EN LA ORILLA DEL RÍO

EL señor Topo había estado trabajando muy duro toda la mañana, limpiando su casita para la primavera. Primero con escobas, luego con plumeros; después en escaleras, peldaños y sillas, con una brocha y un cubo de cal; hasta que tuvo polvo en la garganta y en los ojos, y salpicaduras de cal por todo su negro pelaje, y la espalda adolorida y los brazos cansados. La primavera se movía en el aire y por debajo de la tierra, y alrededor de él, penetrando incluso en su oscura y humilde casita con su espíritu de divino anhelo. No era de extrañar, pues, que de pronto arrojara la brocha al suelo, y dijera: "¡Maldita sea!", "¡nada me importa, que sople el viento si quiere!" y también "¡Se acabò limpieza primaveral!", y saliera corriendo de casa sin esperar siquiera a ponerse el abrigo.

Algo en lo alto le llamaba a gritos, y se dirigió al empinado túnel que en su caso correspondía a la calzada de grava que poseen los animales cuyas residencias están más cerca del sol y del aire. Así que raspó, arañó, escarbó, cavó y escarbó de nuevo, trabajando afanosamente con sus pequeñas patas y murmurando para sí mismo: "¡Sube Topo, sube! ¡Sube!" Hasta que por fin, ¡pum! su hocico salió a la luz del sol y se encontró revolcándose en la cálida hierba de un gran prado.

Esto está muy bien", se dijo. Esto es mejor que pintar con cal". El sol le calentaba el pelaje, la suave brisa le acariciaba la frente acalorada, y después del aislamiento del sótano en el que había vivido tanto tiempo, el villancico de los pájaros felices le llegó a su oído embotado casi como un grito. Saltando a la vez con sus cuatro patas, en la alegría de vivir y el deleite de la primavera sin su limpieza, siguió su camino a través del prado hasta llegar a un seto que estaba bastante alejado.

Espera", dijo un conejo anciano en su hueco. Seis peniques por el privilegio de pasar por este camino, es privado". El impaciente y desdenoso Topo burlò al conejo en un instante, trotando a lo largo del seto y regañando a los demás conejos que se asomaban apresuradamente desde sus agujeros para ver de qué iba todo aquel alboroto.

¡Salsa de cebolla! Salsa de cebolla", comentó burlonamente, y se marchó antes de que pudieran pensar en una respuesta. Entonces todos empezaron a refunfuñar entre sí. ¡Qué estúpidos sois! Por qué no se lo dijisteis..." "Bueno, por qué no se lo dijisteis tù..." "Podrías habérselo recordado..." y así sucesivamente, de la manera habitual; pero, por supuesto, ya era demasiado tarde, como siempre ocurre.

Todo parecía demasiado bueno para ser verdad. De un lado a otro de los prados se paseaba el Topo afanosamente, a lo largo de los setos, a través de los bosquecillos, encontrando por todas partes a los pájaros construyendo, las flores brotando, las hojas empujando... todo feliz, y en progreso. Y en vez de sentir que se le remordía la conciencia, lo que su conciencia le susurraba realmente era: "¡calma!", sólo podía sentir lo alegre que era ser el único tío ocioso entre todos aquellos ciudadanos tan ocupados. Después de todo, lo mejor de las vacaciones no es tanto descansar como ver a los demás ocupados trabajando.

Pensó que su felicidad era completa cuando, mientras deambulaba sin rumbo, de repente se detuvo junto a la orilla de un caudaloso río. Nunca en su vida había visto un río:

aquel animal liso, sinuoso y corpulento, corriendo y riendo, agarrando las cosas con un gorgoteo y dejándolas con una carcajada, para lanzarse sobre nuevos compañeros de juego que se liberaban y eran atrapados y poseídos de nuevo.

Todo se agitaba y temblaba: destellos y brillos y reflejos, susurros y remolinos, parloteo y burbujas. El Topo estaba hechizado, embelesado, fascinado. Por la orilla del río trotaba como trota uno, cuando es muy pequeño, al lado de un hombre que lo tiene hechizado con historias apasionantes; y cuando por fin se cansó, se sentó en la orilla, mientras el río seguía parloteando con él, una procesión balbuceante de las mejores historias del mundo, enviadas desde el corazón de la tierra para ser contadas por fin al insaciable mar.

Cuando se sentó en la hierba y miró al otro lado del río, le llamó la atención un oscuro agujero en la orilla de enfrente, justo por encima del borde del agua, y a modo de ensueño se puso a pensar en el agradable y acogedor lugar que sería para un animal con pocas necesidades y aficionado a una bonita residencia junto al río, por encima del nivel de inundación y alejado del ruido y el polvo. Mientras miraba, algo brillante y pequeño pareció centellear en el corazón del lugar, se desvaneció y volvió a centellear como una pequeña estrella. Pero difícilmente podía ser una estrella en una situación tan inverosímil; y era demasiado brillante y pequeña para ser una luciérnaga. Entonces, mientras miraba, le guiñó un ojo, declarándose así un ojo, y una pequeña cara empezó a aparecer poco a poco a su alrededor, como un marco alrededor de un cuadro.

Una carita morena, con bigotes.

Una cara redonda y grave, con el mismo brillo en los ojos que le había llamado la atención por primera vez. Orejas pequeñas y cuidadas y pelo espeso y sedoso.

Era una Rata de agua.

Entonces los dos animales se pararon y se miraron cautelosamente.

Hola, Topo", dijo la Rata de agua.

Hola, Rata", dijo el Topo.

¿Quieres venir?", preguntó la Rata.

Oh, está muy bien hablar", dijo el Topo, con cierta petulancia, ya que era nuevo en el río y en la vida ribereña y sus costumbres.

La Rata no dijo nada, pero se agachó, desató una cuerda y tiró de ella; luego se metió ligeramente en un barquito que el Topo no había visto. Estaba pintado de azul por fuera y de blanco por dentro, y tenía el tamaño justo para dos animales; y el corazón del Topo se se aceleró de inmediato, aunque todavía no comprendía del todo sus usos.

La Rata hizo cruzar la embarcación con elegancia y se afianzó a la orilla. Luego levantó la pata delantera mientras el Topo bajaba con cautela. Apóyate en ella", le dijo. Ahora, apóyate fuerte aquí!

Entonces el Topo, para su sorpresa y éxtasis, se encontró realmente sentado en la popa de un barco de verdad.

Éste ha sido un día maravilloso!" dijo él, cuando la Rata zarpó y tomó los remos otra vez. Usted sabe, yo nunca he estado en un barco antes en toda mi vida. ¿Qué?" gritó la Rata, con la boca abierta: "Nunca has estado en un... nunca... pero bueno, ¿qué has estado haciendo, entonces?" -"¿Es todo tan bonito como esto?" preguntó el Topo tímidamente, aunque estaba bastante dispuesto a creerlo mientras se recostaba en su asiento y contemplaba los cojines, los remos, los puntales y todos los fascinantes accesorios, notando que el barco se balanceaba ligeramente bajo de él.

¿Bonito? Es lo único, dijo con firmeza la Rata de agua, mientras se inclinaba hacia adelante para remar. Créame, mi joven amigo, no hay nada -absolutamente nada- que

merezca tanto la pena hacer como simplemente perder el tiempo en los botes. Simplemente perder el tiempo", continuó pensando en su ensueño: perder el tiempo en los botes; perder el tiempo..." "¡Mira hacia adelante, Rata!" gritó el Topo de repente.

Ya era demasiado tarde. El bote chocó de lleno contra la orilla. La soñadora, la alegre remera, yacía de espaldas en el fondo de la barca, con los talones hacia arriba.

-en las barcas o con ellas", prosiguió la Rata con serenidad, recuperándose con una agradable carcajada. 'Dentro o fuera de ellas, no importa. Nada parece importar realmente, ése es su encanto. Tanto si te escapas como si no; tanto si llegas a tu destino como si llegas a otro lugar, o si nunca llegas a ninguna parte, siempre estás ocupado, y nunca haces nada en particular; y cuando ya lo has hecho, siempre hay algo diferente que hacer, y puedes hacerlo si quieres, pero es mucho mejor que no lo hagas. ¡Mira! Si no tienes nada más que hacer esta mañana, ¿qué te parece si bajamos juntos al río y pasamos un buen rato? El Topo movió los dedos de los pies de pura felicidad, abrió el pecho con un suspiro de plena satisfacción y se recostó felizmente en los mullidos cojines. Qué día estoy teniendo", dijo. Empecemos de una vez'. Espera un momento", dijo la Rata. Amarró el cabrestante a una anilla de su embarcadero, subió a su agujero de arriba y, tras un breve intervalo, reapareció tambaleándose bajo una gorda cesta de mimbre para el almuerzo. Métetela bajo los pies", le dijo al Topo mientras la bajaba a la barca. Luego desató el cabrestante y volvió a tomar los remos.

¿Qué hay dentro? -preguntó el Topo, retorciéndose de curiosidad.

Hay pollo frío," contestó la Rata brevemente; "lengua fría, jamón frío, ternera fría encurtida, pepinillos, ensalada, rollos franceses de res, bocadillos, carne en conserva, Jalea de jengibre, limonada, agua con gas-" "O para, para," gritó el Topo en éxtasis:

"¡Esto es demasiado! ¿De verdad lo crees?", preguntó la Rata con seriedad. Es sólo lo que llevo siempre en estas pequeñas excursiones, y los otros animales siempre me dicen que soy una mala bestia y que corto los alimentos demaciado finos".

El Topo no oyó ni una palabra de lo que decía. Absorto en la nueva vida que iniciaba, embriagado por el brillo, las ondas, los olores, los sonidos y la luz del sol, arrastraba una pata en el agua y soñaba despierto por largos ratos.

La Rata de Agua, como buena muchachita que era, siguió remando con firmeza y se abstuvo de molestarle.

Me gusta mucho tu ropa, amigo -comentó al cabo de media hora más o menos-. Algún día me compraré un traje de terciopelo negro, en cuanto pueda permitírmelo". Le ruego que me disculpe -dijo el topo, recuperando la compostura con un esfuerzo-. -Pensaré que soy muy grosero, pero todo esto es nuevo para mí. Así que esto es un río". El río", corrigió la rata.

¿Y de verdad vives junto al río? ¡Qué vida tan alegre! Junto a él, con él, sobre él y en él", dijo la Rata. Es hermano y hermana para mí, y familia, y compañía, y comida y bebida, y (naturalmente) para bañarme. Es mi mundo, y no quiero ningún otro. Lo que el río no tiene no vale la pena tenerlo, y lo que el río no conoce no vale la pena conocerlo. ¡Por Dios! ¡Los momentos que hemos pasado juntos! Ya sea en invierno o en verano, en primavera o en otoño, siempre tiene su diversión y sus emociones. Cuando hay inundaciones en febrero, y mis bodegas y sótanos rebosan de bebida que no me sirve, y el agua marrón corre junto a la ventana de mi mejor dormitorio; o también cuando todo se desvanece y muestra

manchas de lodo que huelen a pastel de ciruelas, y los juncos y la maleza obstruyen los canales, y puedo pasear sin zapatos por la mayor parte del lecho y encontrar comida fresca para comer, ¡y las cosas que la gente descuidada ha dejado caer de los barcos! Pero, ¿no es un poco aburrido a veces?", se aventuró a preguntar el topo. ¿Sólo tú y el río, y nadie más con quien hablar? Bueno, no debo ser dura contigo", dijo la Rata con indulgencia. 'Eres nuevo en esto y, por supuesto, no lo sabes. La orilla está tan abarrotada hoy en día que mucha gente se está marchando: Ya no, no es lo que solía ser, en absoluto. Nutrias, martines pescadores, patos, gallinetas, todos andan por ahí todo el día y siempre quieren que hagas algo... ¡como si alguien no tuviera asuntos propios que atender! ¿Qué hay allí?", preguntó el Topo, señalando con la pata un fondo de bosque que enmarcaba oscuramente las praderas acuáticas a un lado del río.

¿Eso? Oh, eso es sólo el Bosque Salvaje", dijo la Rata brevemente. Los ribereños no vamos mucho por allí". ¿No son... no son gente muy agradable ahí dentro?", dijo el Topo, un poco nervioso.

Bueno -respondió la Rata-, déjame ver. Las ardillas son buenas. Y los conejos... algunos, porque los conejos son una mezcla. Y luego está el Tejón, por supuesto.

Vive justo en el corazón de todo; no viviría en ningún otro sitio, aunque le pagaras por ello. ¡El querido y viejo Tejón! Nadie se mete con él. Mejor que no lo hagan", añadió significativamente.

¿Por qué, quién debería meterse con él?" preguntó el Topo.

Bueno, por supuesto, hay otros", explicó la Rata de forma vacilante. Comadreja, armiños, zorros y demás. En cierto modo están bien, soy muy amigo de ellos, pasamos el rato cuando nos vemos y todo eso, pero a veces se pasan de la raya, no se puede negar, y entonces... bueno, no te puedes fiar de ellos, y ése es el problema". El Topo sabía muy bien que va en contra de la educación de los animales hablar de posibles problemas futuros, o incluso aludir a ellos, así que abandonó el tema.

¿Y más allá del bosque salvaje? Donde todo es azul y oscuro, y se ve lo que pueden ser colinas o tal vez no, y algo como el humo de las ciudades, ¿o es sólo nubes? Más allá del Bosque Salvaje está el Gran Mundo", dijo la Rata. Y eso es algo que no importa, ni a ti ni a mí. Yo nunca he estado allí, y nunca iré, ni tú tampoco, si tienes algo de sentido común.

No vuelvas a mencionarlo, por favor. ¡Ahora sí! Aquí está nuestro lugar de descanso, donde vamos a almorzar. Dejando la corriente principal, entraron en lo que a primera vista parecía un pequeño lago sin salida al mar. La verde hierba se inclinaba hacia ambas orillas, los castaños y serpenteantes árboles brillaban bajo la superficie de las tranquilas aguas, mientras que delante de ellos el plateado borde y la espumosa caída de un dique, junto a una inquieta rueda de molino que sostenía a su vez un molino de dos aguas, llenaban el aire con un relajante murmullo, sordo y sofocante, pero con pequeñas y claras voces que se elevaban alegremente a intervalos. Era tan hermoso que el topo sólo pudo levantar las dos patas delanteras y jadear: "¡Vaya! ¡Madre mía! ¡Madre mía! La Rata acercó la barca a la orilla, la amarró, ayudó al todavía torpe Topo a desembarcar sano y salvo, y sacó la cesta del almuerzo. El Topo suplicó como favor que se le permitiera desempaquetarlo todo él sólo; y la Rata se sintió muy contenta de complacerle, y de tumbarse a todo lo largo sobre la hierba y descansar, mientras su excitado amigo sacudía el mantel y lo extendía, sacaba todos los misteriosos paquetes uno a uno y los ordenaba

uno por uno y colocaba su contenido en el orden debido, sin dejar de jadear: "¡Oh, Dios mío! Oh cielos!" a cada nueva revelación. Cuando todo estuvo listo, la Rata dijo: "¡Ahora, a la carga, mi amigo! y el Topo se alegró mucho de obedecer, pues aquella mañana había comenzado su limpieza primaveral a una hora muy temprana, como suele hacer la gente, y no se había detenido a comer ni a cenar; y había pasado por muchas cosas desde aquella hora que le parecía tan lejana.

¿Qué estás mirando?" dijo la Rata en ese momento, cuando el filo de su hambre se embotó un poco, y los ojos del Topo pudieron desviarse un poco del mantel.

Estoy mirando -dijo el Topo- una raya de burbujas que veo desplazándose por la superficie del agua. Es algo que me hace gracia". ¿Burbujas? Oh!" dijo la Rata, y gorjeó alegremente de un modo que invitaba a ello.

Un ancho y reluciente hocico asomó por encima del borde de la orilla, y la nutria se levantó y se sacudió el agua del pelaje.

Si que se saben darbuena vida", dijo, dirigiéndose a la comida. ¿Por qué no me invitaste, Ratita? Fue un asunto improvisado", explicó la Rata. Por cierto, mi amigo el Sr. Topo".

Encantado, dijo la Nutria, y los dos animales se hicieron amigos de inmediato. Qué alboroto por todas partes", continuó la nutria. Hoy todo el mundo parece estar en el río.

He venido a este remanso para intentar tener un momento de paz y al tropezarme con vosotros... Al menos... os ruego que me disculpéis... No me refiero exactamente a eso, ya sabéis". Se oyó un susurro detrás de ellos, procedente de un seto en el que las hojas del año pasado todavía se aferraban densamente, y una cabeza rayada, con los hombros altos detrás de ella, se asomó hacia ellos. Vamos, viejo Tejón", gritó la Rata.

El Tejón trotó hacia adelante un paso o dos; entonces gruñó, "¡H'm! Tenemos compañía," dio la espalda y desapareció de la vista.

Esa es la clase de tipo que es" observó la decepcionada Rata. ¡Simplemente odia la sociedad! Ya no le veremos más por hoy. Bueno, cuéntanos, ¿quién está en el río?

Sapo está fuera", respondió la nutria. En su flamante barco de carreras, con ropa nueva y todo nuevo". Los dos animales se miraron y se echaron a reír.

Antes no hacía más que navegar", dijo la Rata. Luego se cansó de eso y se aficionó al juego. No había nada que le gustara más que navegar todo el día y todos los días, hasta que se le hizo un lío. El año pasado se dedicó a navegar en casa su flotante, y todos tuvimos que quedarnos con él en su casa flotante y fingir que nos gustaba. Iba a pasar el resto de su vida en una casa flotante. Todo es lo mismo, se dedique a lo que se dedique; se cansa de ello y empieza algo nuevo". Un buen tipo, también", comentó la nutria reflexivamente: Pero no tiene estabilidad, ¡especialmente en un bote! Desde donde estaban sentados podían ver la corriente principal por encima de la isla que los separaba; y en ese momento apareció un bote de carreras, cuyo remero -una figura baja y robusta- chapoteaba y se balanceaba mucho, pero se esforzaba al máximo. La Rata se levantó y lo saludó, pero Sapo -porque era él- sacudió la cabeza y se puso rígidamente a trabajar.

Estará fuera del bote en un minuto si se mueve así," dijo la Rata, sentándose de nuevo.

Por supuesto que sí", rió la nutria. ¿Alguna vez te conté la buena historia de Sapo y el esclusero? Sucedió así. Sapo.

Una mosca de mayo errante se desvió a contracorriente un poco embriagada como las jóvenes moscas de mayo. Un remolino de agua y un "¡cloop!" y la mosca de mayo ya no estaba.

Tampoco la nutria.

El topo miró hacia abajo. La voz seguía resonando en sus oídos, pero el césped sobre el que se había tendido estaba claramente vacío. No se veía ni una nutria hasta el lejano horizonte.

Pero de nuevo había una estela de burbujas en la superficie del río.

La Rata tarareó una melodía, y el Topo recordó que la educación animal prohibía cualquier tipo de comentario sobre la repentina desaparición de los amigos en cualquier momento, por cualquier razón que fuere.

Bueno, bueno", dijo la Rata, "supongo que debemos irnos. Me pregunto quién de nosotros tendrá que preparar la cesta del almuerzo". No hablaba como si estuviera muy ansiosa por el manjar.

Oh, por favor, permíteme", dijo el Topo. Y, por supuesto, la Rata le dejó.

Empaquetar la cesta no fue tan agradable como desempaquetarla.

Nunca lo es. Pero el Topo se empeñó en disfrutarlo todo, y aunque justo cuando había empaquetado y atado bien la cesta vio un plato que le miraba desde la hierba, y cuando hubo terminado de nuevo el trabajo la Rata le señaló un tenedor que cualquiera debería haber visto, y por último, ¡he ahí! el pote de la mostaza, en el que él había estado sentándose sin saberlo- todavía, de algún modo, la cosa se terminó al fin, sin que el Topo perdiera el temperamento.

El sol de la tarde estaba bajando mientras la Rata remaba suavemente de regreso a casa en un estado de ánimo soñador, murmurando cosas poéticas para sí misma, y no prestando mucha atención al Topo. Pero el Topo estaba muy lleno de comida, de autosatisfacción y de orgullo, y ya se sentía como en casa en un bote (eso creía él) y además se estaba poniendo un poco inquieto: y de pronto dijo: "¡Ratita! Por favor, quiero remar, ahora! La Rata sacudió su cabeza con una sonrisa. 'No todavía, mi amigo,' y le dijo: 'espera hasta que usted haya tenido unas pocas lecciones. No es tan fácil como parece'. El Topo se quedó callado durante un minuto o dos. Pero comenzó a sentirse cada vez más celoso de la Rata, remando tan fuertemente y tan fácilmente hacia adelante, y su orgullo comenzó a susurrar que él podría hacerlo también. Saltó y se apoderó de los remos, tan repentinamente, que la Rata, que estaba mirando el agua y diciendo cosas más poéticas para sí misma, fue tomada por sorpresa y cayó hacia atrás de su asiento con las piernas en el aire por segunda vez, mientras que el triunfante Topo tomó su lugar y agarró los remos con toda confianza.

Para, tonto", gritó la Rata desde el fondo de la barca. ¡No puedes hacerlo! Nos vas a voltear". El Topo echó los remos hacia atrás con una gran sacudida y los tiró con fuerza hacia abajo. No tocó la superficie, sus piernas volaron por encima de su cabeza y se calló encima de la rata postrada. Muy alarmado, se agarró a la borda y al momento siguiente... ¡Sploosh!

La barca se volteó y tubo que luchar por su vida en el río.

Qué fría estaba el agua y qué mojado se sentía. ¡Cómo sonaban sus oídos mientras bajaba, bajaba, bajaba! ¡Qué brillante y bienvenido se veía el sol mientras él subía a la superficie tosiendo y balbuceando! Qué negra fue su desesperación cuando sintió que volvía a hundirse. Entonces una garra firme le agarró por la nuca. Era la Rata, y

evidentemente ella se estaba riendo, el Topo podía sentir su risa, por su brazo y por su pata, y así hasta su cuello.

La Rata agarró un remo y lo metió bajo el brazo del Topo; luego le hizo lo mismo por el otro lado y, nadando, impulsó al indefenso animal hasta la orilla, lo sacó y lo dejó en la orilla, un bulto blando y pulposo de miseria.

Cuando la Rata lo hubo frotado un poco y escurrido algo de la humedad, dijo: "¡Ahora, mi amigo! Trota por el camino tan fuerte como puedas, hasta que estés caliente y seco de nuevo, mientras yo me zambullo por la cesta del almuerzo". Así que el lúgubre Topo, mojado por fuera y avergonzado por dentro, trotó hasta secarse, mientras la Rata se zambullía de nuevo en el agua, recuperaba la barca, la enderezaba y la sujetaba, acercaba poco a poco su propiedad flotante a la orilla y, finalmente, se zambullía con éxito en busca de la cesta del almuerzo para luego luchar por llegar a tierra con ella.

Cuando todo estuvo listo para partir una vez más, el Topo, flácido y abatido, tomó asiento en la popa del bote; y mientras partían, dijo en voz baja, quebrada por la emoción: -¡Ratita, mi generosa amiga! Siento mucho mi insensata e ingrata conducta. Me entristece el corazón pensar en cómo podría haber perdido aquella hermosa cesta de almuerzo. De hecho, he sido un completo imbécil, y lo sé. ¿Lo pasarás por alto esta vez y me perdonarás, y dejarás que las cosas sigan como antes? Está bien, ¡no te preocupes!" respondió la Rata alegremente. ¿Qué es un poco de humedad para una Rata de Agua? La mayoría de los días estoy más en el agua que fuera de ella. No le des más vueltas; y, ¡mira! Creo que es mejor que vengas y te quedes en mi casa conmigo un tiempo. Es muy sencilla y tosca, ya sabes; no se parece en nada a la casa de Sapo, pero eso aún no lo has visto; aun así, puedo hacer que te sientas cómodo. Te enseñaré a remar y a nadar, y pronto serás tan hábil en el agua como cualquiera de nosotras". El Topo estaba tan conmovido por su amable manera de hablar que no pudo encontrar voz para contestarle; y tuvo que quitarse una o dos lágrimas con el dorso de la pata. Pero la Rata miró amablemente en otra dirección, y en seguida los ánimos del Topo revivieron de nuevo, e incluso fue capaz de contestarle a un par de gallinetas que se estaban riendo de su aspecto desaliñado.

Cuando llegaron a casa, la Rata encendió una hoguera en el salón y sentó al Topo en un sillón frente a ella, después de traerle una bata y unas zapatillas, y le contó historias del río hasta la hora de cenar. Eran historias muy emocionantes para un animal terrestre como el Topo. Historias sobre presas, inundaciones repentinas, peces que saltaban y barcos de vapor que arrojaban botellas -por lo menos de seguro arrojaban botellas, y barcos de vapor, como era de suponer-; y sobre garzas, y lo exigente que eran, y con quién hablaban; y sobre aventuras en los desagües, y pescas nocturnas con la nutria, o excursiones lejanas con el tejón.

La cena fue de lo más alegre, pero muy poco después el soñoliento Topo fue escoltado escaleras arriba por su considerada anfitriona hasta el mejor dormitorio, donde pronto recostó la cabeza en la almohada con gran paz y satisfacción, sabiendo que su nuevo amigo, el río, lamía el umbral de su ventana.

Aquel día fue sólo el primero de muchos similares para el emancipado Topo, cada uno de ellos más largo y lleno de interés a medida que avanzaba el ya maduro verano.

Aprendió a nadar y a remar, y se hizo aficionado al agua corriente; y con el oído pegado a los tallos de las cañas captaba, a intervalos, algo de lo que el viento susurraba constantemente entre ellas.

II

LA CARRETERA DESIERTA

RATTY", dijo de repente el topo una luminosa mañana de verano, "si te parece, quiero pedirte un favor". La Rata estaba sentada a la orilla del río, cantando una cancioncilla. Acababa de componerla ella misma, por lo que estaba muy absorta en ella y no prestaba la debida atención al Topo ni a ninguna otra cosa. Desde primera hora de la mañana había estado nadando en el río, en compañía de sus amigos los patos. Y cuando los patos se ponían de cabeza, como hacen los patos, ella se zambullía y les hacía cosquillas en el cuello, justo debajo de donde tendrían la barbilla si los patos tuvieran barbilla, hasta que se veían obligados a volver a la superficie a toda prisa, chisporroteando y enfadados y sacudiéndole las plumas, pues es imposible decir todo lo que se siente cuando se tiene la cabeza bajo el agua.

Al final le imploraron que se marchara y se ocupara de sus propios asuntos y les dejara ocuparse de los suyos. Así que la Rata se marchó, se sentó en la orilla del río al sol, e inventó una canción sobre ellos, a la que llamó 'DITTY DE LOS PATOS'.

A lo largo del remanso, a través de los altos juncos, los patos juguetean, ¡todos cola arriba! Colas de patos, colas de patos, patas amarillas temblorosas, picos amarillos todos fuera de vista, ¡ocupados en el río!

Aquí guardamos nuestra despensa, fresca y llena.

¡A cada uno lo que le guste! Nos gusta estar con la cabeza hacia abajo, la cola hacia arriba, jugueteando libremente. En lo alto del azul, los pájaros se arremolinan y cantan.

Estamos abajo, con la cara hacia arriba, con la cola hacia arriba. No sé si me gusta mucho esa cancioncilla, Rata", observó el Topo con cautela. Él mismo no era poeta y no le importaba quién lo fuera; tenía un carácter cándido.

Tampoco a los patos", replicó la Rata alegremente. Dicen: "¿Por qué no se nos permite hacer lo que queramos, cuando queramos y como queramos, en lugar de que otros se sienten en las orillas y nos observen todo el tiempo y hagan comentarios, poesías y cosas así sobre nosotros? Qué tontería es todo esto". Eso dicen los patos'. Así es, así es", dijo el topo con gran alegría.

No, no lo es", gritó indignada la Rata.

Pues entonces no lo es, no lo es", replicó el Topo. Pero lo que yo quería preguntarte era si me llevarías a visitar al señor Sapo. He oído hablar mucho de él y me gustaría mucho conocerlo". Claro que sí -dijo la Rata bonachona, poniéndose en pie de un salto y olvidándose de la poesía-. Saca el bote y remaremos hasta allí de inmediato. Nunca es mal momento para llamar a Sapo. Temprano o tarde, siempre es el mismo. Siempre de buen humor, siempre contento de verte, siempre apenado cuando te vas". Debe ser un animal muy agradable", dijo el Topo, mientras subía a la barca y tomaba los remos, mientras la Rata se acomodaba cómodamente en la popa.

En efecto, es el mejor de los animales", replicó la Rata. Tan sencillo, tan bondadoso y tan afectuoso. Tal vez no sea muy listo, no todos podemos ser genios, y puede que sea presumido y engreído. Pero Sapo tiene grandes cualidades".

Al doblar un recodo del río, llegaron a la vista de una hermosa casa antigua de ladrillos rojo claro, con césped bien cuidado que llegaba hasta la orilla del agua.

Allí está la casa de Sapo", dijo la Rata; "y ese riachuelo a la izquierda, donde el tablón de anuncios dice: "Privado. Prohibido desembarcar", lleva hasta su cobertizo para barcas, donde dejaremos el bote. Los establos están allí a la derecha. Ese es el salón de banquetes, el que estás viendo ahora, muy antiguo. Sapo es bastante rico, ya sabes, y ésta es realmente una de las casas más bonitas de estos parajes, aunque nunca se lo confesamos a Sapo". Remontaron el arroyo y el Topo guardò los remos cuando pasaron a la sombra de un gran cobertizo. Allí vieron muchos barcos bonitos, colgados de los travesaños o amarrados en una grada, pero ninguno en el agua; y el lugar tenía un aire sin usarse y desierto.

La Rata miró a su alrededor. Comprendo, dijo el Topo. El canotaje ya no es su favorito. Está cansado y aburrido de él. Me pregunto qué nueva moda habrá adoptado ahora. - Ven y vamos a investigarlo. Pronto nos enteraremos de todo". Desembarcaron y pasearon por el alegre césped adornado de flores en busca de Sapo, a quien encontraron por casualidad descansando en una silla de mimbre en el jardín, con expresión preocupada en el rostro y un gran mapa extendido sobre las rodillas.

"¡Hurra!", gritó, saltando al verlos, "¡esto es espléndido!". Estrechó calurosamente las patas de ambos, sin esperar a que le presentaran a Topo.

Qué amables sois", continuó bailando alrededor de ellos. Iba a enviar un bote río abajo a buscarte, Ratita, con órdenes estrictas de que te trajeran aquí de inmediato, hicieras lo que hicieras. Os quiero mucho... a los dos. ¿Qué van a tomar? ¡Entren y tomen algo! "¡No sabes la suerte que has tenido de aparecer justo ahora! Vamos a sentarnos un poco, Sapo -dijo la Rata, arrojándose en un sillón, mientras el Topo tomaba otro a su lado y hacía algún comentario cortés sobre la "encantadora residencia" de Sapo. La mejor casa de todo el río", gritó Sapo bulliciosamente. O de cualquier otro lugar", no pudo evitar añadir.

Aquí Rata le dio un codazo a Topo. Desgraciadamente, el Sapo lo vio y se puso muy colorado. Hubo un momento de doloroso silencio. Entonces el Sapo se echó a reír. Está bien, Ratita", dijo. Es sólo mi modo de ser, ya sabes. Y no es una casa tan mala, ¿verdad? Sabes que a ti también te gusta. Ahora, mira. Seamos sensatos. Ustedes son los animales que yo quería. Tienen que ayudarme. Es muy importante. Es sobre tu técnica para remar, supongo, dijo la Rata, con aire inocente. Lo estás haciendo bastante bien, aunque todavía salpicas un poco. Con mucha paciencia y un poco de entrenamiento, puedes..."¡Oh, Dios mío! ¡técnica para remar!" interrumpió el Sapo, con gran disgusto. No, es una tonta diversión infantil. Lo dejé hace mucho tiempo. Es una pérdida de tiempo, eso es lo que es. Me da verdadera lástima verlos a ustedes, que deberían saberlo mejor, gastando todas sus energías de esa manera de vivir sin sentido. No, he descubierto lo verdadero para mí, la única ocupación genuina para toda la vida. Me propongo dedicarle el resto de mi vida, y sólo puedo lamentar los años desperdiciados que he dejado atrás, malgastados en trivialidades.

Ven conmigo, querida Ratita, y con tu amable amigo también, hasta el establo, y verás lo que verás. Se dirigió al establo, y la Rata le siguió con expresión de desconfianza; y allí, al salir de la cochera, vieron una carroza gitana, reluciente de lo nueva que estaba, pintada de amarillo canario con ribetes verdes y ruedas rojas.

Ahí estáis", gritó el Sapo, poniéndose a horcajadas y expandiéndose. -Ahí está la vida real para ti, encarnada en ese pequeño carro. El camino abierto, la carretera polvorienta, el paisaje, los setos, las colinas ondulantes. ¡Campos, pueblos, ciudades! ¡Aquí hoy, y mañana a otra parte! Viajes, cambios, interés, emoción. El mundo entero ante ti, y un horizonte siempre cambiante. Y atención, éste es el mejor carro de su clase que jamás se haya construido, sin excepción. Entra y mira los arreglos. Los he planeado yo mismo". El Topo estaba tremendamente interesado y excitado, y le siguió ansiosamente por los escalones y hacia el interior de la carroza. La Rata sólo resopló y se metió las manos en los bolsillos, quedándose donde estaba.

En efecto, era muy compacta y cómoda. Pequeñas literas para dormir, una mesita que se plegaba contra la pared, una cocina, armarios, estanterías, una jaula con un pájaro dentro, y ollas, sartenes, jarras y teteras de todos los tamaños y variedades.

Todo completo -dijo triunfante el Sapo, abriendo un armario-. Ya ves: galletas, langosta en conserva, sardinas... todo lo que puedas desear. Agua con gas por aquí, tabaco por allá, papel, tocino, mermelada, cartas y fichas de dominó. Verán -continuó, mientras bajaban de nuevo los escalones- que no se ha olvidado de nada cuando nos pongamos en marcha esta tarde". Perdòn, -dijo la Rata lentamente, mientras masticaba una pajita-, pero ¿le he oído decir algo sobre "nosotros", "empezar" y "esta tarde"? Ahora, querida y buena Ratita -dijo Sapo, implorante-, no empieces a hablar de esa manera tan rígida y malhumorada, porque sabes que tienes que venir. No puedo arreglármelas sin ti, así que, por favor, considéralo acordado y no discutas; es lo único que no soporto. ¿No pretenderás quedarte en tu viejo y aburrido río toda la vida y vivir en un agujero en la orilla y en un bote? ¡Quiero enseñarte el mundo! Voy a convertirte en un animal, hija mía". No me importa", dijo la Rata, de forma obstinada. No voy a ir, y eso es todo. Y me voy a quedar en mi viejo río, a vivir en un agujero y en un bote, como siempre he hecho. Y lo que es más, Topo se va a quedar conmigo y va a hacer lo que yo haga, ¿no es así, Topo?' Claro que sí -respondió lealmente el Topo-. 'Siempre me apegaré a ti, Rata, y lo que digas así será... tiene que ser así. De todos modos, parece que podría haber sido... bueno, bastante divertido, ¿sabes? añadió el Topo con nostalgia. Pobre Topo. La vida aventurera era algo tan nuevo para él, y tan emocionante; y este nuevo aspecto era tan tentador; y se había enamorado a primera vista del carro color canario y todos sus pequeños accesorios.

La Rata vio lo que pasaba por su mente, y vaciló. Odiaba defraudar a la gente, y quería mucho al Topo, y haría casi cualquier cosa por complacerle. Sapo los observaba atentamente.

Vengan a almorzar -dijo diplomáticamente- y hablaremos de ello. No necesitamos decidir nada con prisa. Por supuesto, no me importa. Sólo quiero complacerles. "¡Vivir para los demás!" Ese es mi lema en la vida'. Durante el almuerzo -que fue excelente, por supuesto, como todo en la casa de Sapo- él simplemente se dejó llevar. Haciendo caso omiso de la Rata, procedió a manipular al inexperto Topo como si se tratara de un instrumento musical. Naturalmente, como animal locuaz al fin, y siempre dominado por su imaginación, Sapo pintó las perspectivas del viaje, las alegrías de la vida al aire libre y al borde del camino con colores tan brillantes que el Topo apenas podía sentarse en su silla por la

emoción. De algún modo, pronto pareció darse por sentado entre los tres que el viaje era cosa hecha; y la Rata, aunque todavía no estaba convencida en su mente, permitió que su buen carácter se impusiera a sus objeciones personales. No podía soportar decepcionar a sus dos amigos, que ya estaban inmersos en planes y anticipaciones, planeando la ocupación de cada día por separado durante varias semanas.

Cuando estuvieron completamente listos, el ahora triunfante Sapo condujo a sus compañeros al prado y los puso a capturar al viejo caballo gris, quien, sin haber sido consultado, y para su propia molestia, había sido designado por Sapo para el trabajo más polvoriento de esta expedición. Francamente, prefería la pradera y le gustaba que lo atraparan. Mientras tanto, Sapo llenaba aún más los armarios con artículos de primera necesidad y colgaba del fondo del carro sacos para la nariz, redes para cebollas, manojos de heno y cestas. Por fin atraparon y enjaezaron al caballo, y se pusieron en marcha, todos hablando a la vez, cada animal caminando a duras penas junto al carro o sentado en el asta, según le llevara el humor. Era una tarde dorada. El olor del polvo que levantaban era agradable y placentero; olor a los espesos huertos que había a ambos lados del camino, los pájaros les llamaban y les silbaban alegremente; los caminantes de buen carácter que pasaban a su lado les daban los buenos días o se detenían para decirles cosas agradables sobre su hermoso carro; y los conejos, sentados a la puerta de sus casas en los setos, levantaban las patas delanteras y decían: "¡Oh, Dios! ¡Madre mía! ¡Madre mía! A última hora de la tarde, cansados y felices y a kilómetros de casa, se detuvieron en un remoto lugar lejos de las viviendas, soltaron al caballo para que pastara y comieron su sencilla cena sentados en la hierba junto al carro. Sapo hablaba a lo grande de todo lo que iba a hacer en los días venideros, mientras las estrellas crecían más y más a su alrededor, y una luna amarilla, aparecía silenciosa, venía a hacerles compañía y a escuchar su charla. Por fin se acostaron en sus literas del carro, y Sapo, estirando las piernas, dijo soñoliento: "¡Buenas noches, amigos! Esta es la verdadera vida para un caballero. Hablad de vuestro viejo río". Yo no hablo de mi río", replicó la paciente Rata. Sabes que no, Sapo.

Pero pienso en ello", añadió patéticamente, en un tono más bajo: Lo pienso todo el tiempo". El Topo sacó la mano de debajo de la manta, palpó la pata de la Rata en la oscuridad y le dio un apretón. Haré lo que quieras, Ratita", susurró. ¿Nos escapamos mañana por la mañana temprano, muy temprano, y volvemos a nuestro viejo agujero en el río? No, no, lo veremos', susurró la Rata. Muchas gracias, pero debo quedarme con Sapo hasta que termine este viaje. No sería seguro dejarlo solo. No tardará mucho. Sus caprichos nunca lo hacen. Buenas noches. El final estaba más cerca de lo que la Rata sospechaba.

Después de tanto aire libre y excitación, el Sapo durmió muy profundamente, y ninguna cantidad de sacudidas pudo despertarlo de la cama a la mañana siguiente. Así que el Topo y la Rata se pusieron manos a la obra, en silencio y con determinación, y mientras la Rata se ocupaba del caballo, encendía el fuego, limpiaba las tazas y los platos de la noche anterior y preparaba las cosas para el desayuno, el Topo se dirigió a la aldea más cercana, muy lejos de allí, en busca de leche, huevos y otras necesidades que el Sapo, por supuesto, se había olvidado de proporcionar. El duro trabajo había terminado y los dos animales estaban descansando, completamente exhaustos, cuando Sapo apareció en escena, fresco y alegre, comentando lo agradable y fácil que era la vida que llevaban ahora, después de los cuidados, preocupaciones y fatigas de las tareas domésticas en casa.

Aquel día dieron un agradable paseo por prados y estrechas callejuelas, y acamparon como antes, en una explanada, sólo que esta vez los dos huéspedes se encargaron de que Sapo hiciera su parte de trabajo. En consecuencia, cuando llegó el momento de partir a la mañana siguiente, Sapo no estaba tan entusiasmado con la simplicidad de la vida primitiva, y de hecho intentó volver a su litera, de donde fue arrastrado a la fuerza. Su camino discurría, como antes, a través del campo por estrechos senderos, y no fue hasta la tarde cuando salieron a la carretera, su primera carretera; y allí les sobrevino el desastre, rápido e imprevisto, un desastre sin duda trascendental para su expedición, totalmente abrumador para la carrera de Sapo en lo adelante.

Iban paseando tranquilamente por la carretera, el Topo junto a la cabeza del caballo, hablándole, ya que éste se había quejado de que lo dejaban muy de lado, y nadie le hacía el menor caso; el Sapo y la Rata de Agua caminaban detrás del carro hablando juntos - por lo menos el Sapo hablaba, y la Rata decía a intervalos: "Sí, precisamente; ¿y qué le has dicho?"- y pensando todo el tiempo en algo muy distinto a la conversación, cuando a lo lejos, detrás de ellos, oyeron un débil zumbido de advertencia, como el zumbido de una abeja lejana. Mirando hacia atrás, vieron una pequeña nube de polvo, con un oscuro centro de energía, que avanzaba hacia ellos a una velocidad increíble, mientras desde la nube de polvo se oía un débil "¡Poop- poop!" que gemía como un animal inquieto y adolorido. Apenas le prestaron atención, se volvieron para reanudar su conversación, cuando en un instante (según parecía) la apacible escena cambió, y con una ráfaga de viento y un torbellino de sonido que les hizo saltar hacia la zanja más cercana, ¡lo tenían encima! El "Poop-poop" sonó con un grito descarado en sus oídos, tuvieron una visión momentánea de un interior de reluciente cristal y rica decoración, y el magnífico automóvil, inmenso, que cortaba la respiración, con su piloto abrazado a su volante, poseyó toda la tierra y el aire durante una fracción de segundo, arrojó una envolvente nube de polvo que los cegó y envolvió por completo, y luego se redujo a una mancha en la lejanía, transformándose de nuevo en una abeja zumbona.

El viejo caballo gris, que soñaba con su tranquilo prado, en una situación tan cruda como aquella, se abandonó a sus emociones naturales.

A pesar de todos los esfuerzos del topo y de todas las palabras de éste dirigidas a los mejores sentimientos del caballo, el Topo no pudo evitar el retroceder el carro hacia la profunda zanja que había a un lado de la carretera. Se tambaleó un instante, luego hubo un choque desgarrador, y el carro color canario, su orgullo y su alegría, yacía de lado en la zanja, un naufragio irremediable.

La Rata saltaba de un lado a otro en el camino, simplemente transportada por la pasión. ¡Villanos!" gritó, agitando ambos puños, "¡Sinvergüenzas, asaltantes de caminos, ladrones! Os denunciaré. Os llevaré ante todos los tribunales". La nostalgia se le había ido de las manos, y por el momento era el capitán de un barco color canario que se hundía en un banco de arena por la temeridad de los marineros rivales, y trataba de recordar todas las cosas bonitas y mordaces que solía decir a los capitanes de las lanchas de vapor cuando sus aguas, al acercarse demasiado a la orilla, inundaban la alfombra del salón de su casa.

Sapo se sentó en medio de la polvorienta carretera, con las piernas estiradas, y miró fijamente en dirección al coche que desaparecía. Respiraba entrecortadamente, su rostro mostraba una plácida expresión de satisfacción, y a intervalos murmuraba débilmente

'Poop-poop!' El topo estaba ocupado tratando de calmar al caballo, cosa que consiguió al cabo de un rato. Luego fue a ver el carro, de lado en la zanja. Era un espectáculo lamentable. Paneles y ventanas destrozados, ejes doblados sin remedio, una rueda fuera, latas de sardinas esparcidas por el ancho mundo, y el pájaro en la jaula sollozando lastimosamente y pidiendo que lo dejaran salir.

La Rata vino a ayudarlo, pero sus esfuerzos unidos no fueron suficientes para enderezar el carro. ¡Hola! Sapo', gritaban. Ven y échame una mano, ¿quieres?

El Sapo no contestó ni una palabra, ni se movió de su asiento en el camino; así que fueron a ver qué le pasaba. Lo encontraron en una especie de trance, con una sonrisa de felicidad en el rostro y los ojos fijos en la estela polvorienta de su destructor.

A intervalos se le oía murmurar 'Poop-poop!'. La Rata lo sacudió por el hombro. ¿Vienes a ayudarnos, Sapo?", le preguntó con rudeza.

Glorioso, conmovedor espectáculo" murmuró Sapo, sin ofrecerse a moverse. ¡La poesía del movimiento! ¡La verdadera forma de viajar! La única manera de viajar. Hoy aquí, dentro de una semana, mañana. Los pueblos pasaban, las ciudades aparecían... ¡siempre en el horizonte de otro! Bliss! Poop-poop! ¡Madre mía! ¡Madre mía! Deja de portarte como un asno, Sapo", gritó el Topo con desesperación.

Y pensar que nunca lo supe", continuó el Sapo en un monótono sueño. Todos esos años desperdiciados que quedaron atrás, nunca lo supe, ¡ni siquiera lo soñé! Pero ahora que lo sé, ¡ahora que me doy cuenta! ¡Oh, qué camino florido se extiende ante mí, de ahora en adelante! ¡Qué nubes de polvo se levantarán detrás de mí cuando siga mi temerario camino! ¡Qué carros arrojaré descuidadamente a la cuneta al paso de mi magnífico avance! Horribles carretas, carretas comunes, carretas de color canario". ¿Qué vamos a hacer con él?", preguntó el Topo a la Rata de Agua.

Nada en absoluto", respondió la Rata con firmeza. Porque en realidad no hay nada que hacer. Verás, le conozco desde hace mucho tiempo. Ahora está poseído. Tiene una nueva manía, y siempre le lleva así, en su primera etapa. Continuará así durante días, como un animal caminando en un sueño feliz, bastante inútil para todos los propósitos prácticos. No te preocupes por él. Vamos a ver qué se puede hacer con el carro". Una cuidadosa inspección les mostró que, incluso si lograban enderezarlo por sí mismos, el carro ya no podría seguir circulando. Los ejes estaban en un estado irrecuperable, y la rueda que faltaba estaba hecha pedazos.

La Rata anudó las riendas del caballo sobre su lomo y lo tomó por la cabeza, llevando en la otra mano la jaula del pájaro y a su histérico ocupante. Vamos", le dijo al Topo. Hay cinco o seis millas hasta el pueblo más cercano, y tendremos que caminar. Cuanto antes nos pongamos en marcha, mejor". Pero, ¿y Sapo?", preguntó el Topo ansiosamente, mientras se ponían en camino juntos.

No podemos dejarlo aquí, sentado solo en medio del camino, en el estado de distracción en que se encuentra. No es seguro. Supongamos que viene otra cosa". "¡Oh, Sapo molesto!", dijo la Rata con furia; "¡Ya no le insisto más!". No habían avanzado mucho en su camino, cuando se oyó un golpeteo de pies detrás de ellos, fue Sapo que los alcanzó y les puso una pata sobre el codo a cada uno de ellos; seguía respirando entrecortadamente el Sapo y aún miraba fijamente al vacío.

Ahora, mira aquí, Sapo!" dijo la Rata ásperamente: En cuanto lleguemos a la ciudad, tendrás que ir directamente a la comisaría de policía y ver si saben algo de ese coche y a quién pertenece, y presentar una denuncia contra él. Y luego tendrás que ir a un herrero o a un carretero y arreglar la carroza. Llevará tiempo, pero no será un desastre. Mientras tanto, Topo y yo iremos a una posada y encontraremos habitaciones cómodas donde podamos quedarnos hasta que el carro esté listo y hasta que tus nervios se hayan recuperado de la conmoción". "¡Policía! Queja", murmuró Sapo desde su letargo. "¡Yo quejarme de esa hermosa y celestial visión que se me ha concedido! ¡Arreglar el carro! He terminado con los carros para siempre. No quiero volver a ver el carro ni oír hablar de él. ¡Oh, Ratty! No sabes cuánto te agradezco que hayas aceptado venir en este viaje. No habría ido sin ti, ¡y entonces nunca habría visto ese cisne, ese rayo de sol, ese rayo! Nunca habría oído ese sonido fascinante, ni olido ese aroma hechizante. Te lo debo todo a ti, mi mejor amiga". La Rata se apartó de él, desesperada. ¿Ves lo que es? le dijo al Topo, dirigiéndose a él a través de la cabeza de Sapo: No tiene remedio. Me rindo... cuando lleguemos a la ciudad iremos a la estación de ferrocarril, y con suerte cogeremos allí un tren que nos lleve de vuelta a la orilla del río esta noche. Y si alguna vez me sorprendes dándome placer otra vez junto a este provocador animal... -protestó, y durante el resto de aquel fatigoso camino dirigió sus comentarios exclusivamente a Topo.

Al llegar a la ciudad fueron directamente a la estación y depositaron a Sapo en la sala de espera de segunda clase, dando a un mozo dos peniques para que lo vigilara estrictamente. Luego dejaron el caballo en un establo de la posada y dieron las indicaciones que pudieron sobre el carro y su contenido. Finalmente, un lento tren los llevó a una estación no muy lejana de la Casa de Sapo, escoltaron a Sapo, hechizado y sonámbulo, hasta su puerta, lo metieron dentro de la casa y ordenaron a su ama de llaves que le diera de comer, lo desvistiera y lo metiera en la cama. Luego sacaron su barca del cobertizo, remaron río abajo hasta llegar a casa, y a una hora muy tardía se sentaron a cenar en su acogedora sala ribereña, para gran alegría y satisfacción de la Rata.

A la noche siguiente el Topo, que se había levantado tarde y se había tomado las cosas con mucha calma durante todo el día, estaba sentado en la orilla pescando, cuando la Rata, que había estado buscando a sus amigos y cotilleando, vino a buscarlo. ¿Has oído las noticias? Dijo la Rata. No se habla de otra cosa en toda la orilla. Sapo subió a la ciudad en un tren temprano esta mañana. Y ha encargado un coche grande y muy caro".

III

EL BOSQUE SALVAJE

Hacía tiempo que el Topo deseaba conocer al Tejón. Parecía, según todos los indicios, un personaje importante y, aunque rara vez visible, hacía sentir su invisible influencia en todos los rincones del lugar. Pero cada vez que el Topo mencionaba su deseo a la Rata de Agua, siempre se encontraba con algo que la desanimaba. Está bien", decía la Rata. Tejón aparecerá un día u otro -siempre está apareciendo- y entonces te lo presentaré. El mejor de los compañeros. Pero no sólo debes aceptarlo como lo encuentres, sino cuando lo encuentres'. ¿No podrías invitarlo a cenar o a algo?", dijo el Topo. No vendría", respondió la Rata con sencillez. Tejón odia la sociedad, las invitaciones, las cenas y todo ese tipo de cosas". Bueno, ¿y si vamos a visitarlo?", sugirió el Topo.

Oh, estoy segura de que no le gustaría nada", dijo la Rata, bastante alarmada. Es tan tímido que se ofendería. Ni siquiera yo me he atrevido nunca a visitarlo en su propia casa, aunque lo conozco muy bien. Además, no podemos. Es imposible, porque vive en medio del Bosque Salvaje".

Bueno, supongamos que vive allí", dijo el Topo. Me dijiste que el Bosque Salvaje estaba bien, ¿no? Lo sé, lo sé, así es", respondió la Rata evasivamente. Pero creo que no iremos allí ahora. Todavía no. Es un largo camino, y de todos modos no estaría en casa en esta época del año, y vendrá algún día, si esperas tranquilamente". El topo tuvo que contentarse con esto. Pero el Tejón nunca llegaba, y cada día traía sus diversiones, y no fue sino hasta que el verano terminó, y el frío y la escarcha y los caminos cenagosos los mantuvieron mucho tiempo encerrados, y el río crecido pasaba frente a sus ventanas con una velocidad que se burlaba de cualquier tipo de navegación, que encontró que sus pensamientos se detenían de nuevo con mucha persistencia en el solitario Tejón gris, que vivía su propia vida por sí mismo, en su agujero en medio del Bosque Salvaje.

En invierno la Rata dormía mucho, se retiraba temprano y se levantaba tarde. Durante su corta jornada, a veces garabateaba poesías o hacía otras pequeñas tareas domésticas en la casa; y, por supuesto, siempre había animales que se dejaban caer por allí para charlar y, en consecuencia, se contaban muchas historias y se comparaban notas sobre el verano pasado y todos sus acontecimientos.

¡Qué capítulo tan rico había sido, cuando uno echaba la vista atrás! Con ilustraciones tan numerosas y tan bien coloreadas. El desfile de la ribera del río había marchado con paso firme, desplegándose en escenas que se sucedían en majestuosa procesión. La hierba llegó pronto, agitando exuberantes mechones enmarañados a lo largo del borde del espejo desde donde su propio rostro le devolvía la risa. El sauce, tierno y melancólico, como una nube rosa del atardecer, no tardó en seguirle. La consuelda, la púrpura de la mano de la blanca, se arrastraba para ocupar su lugar en la fila; y por fin, una mañana, la tímida y tardía rosa canina pisó delicadamente el escenario, y uno supo, como si la música de cuerda lo hubiera anunciado con acordes majestuosos que se desviaban hacia una corchea, que por fin había llegado junio. Todavía se esperaba a un miembro de la compañía; el pastorcillo al que las ninfas cortejarían, el caballero al que las damas esperaban en la ventana, el príncipe que

besaría el verano dormido para devolverle la vida y el amor. Ya cuando el dulce de los prados, apuesto y oloroso con su jerga de ámbar, se dirigió graciosamente a su lugar en el grupo, la obra estaba lista para comenzar.

¡Y qué obra había sido! Los animales somnolientos, acurrucados en sus agujeros mientras el viento y la lluvia azotaban sus puertas, recordaban mañanas todavía frescas, una hora antes de la salida del sol, cuando la niebla blanca, todavía sin dispersar, se aferraba estrechamente a la superficie del agua; luego el sobresalto de la zambullida temprana, el correteo por la orilla, y la radiante transformación de la tierra, el aire y el agua, cuando de repente el sol estaba de nuevo con ellos, y el gris era oro y el color nacía y brotaba de la tierra una vez más. Recordaron la lánguida siesta del caluroso mediodía, en lo profundo de la verde maleza, con el sol brillando a través de pequeños rayos y manchas doradas; los paseos en barca y los baños de la tarde, las caminatas a lo largo de polvorientas callejuelas y a través de amarillos maizales; y la larga y fresca noche al final, cuando tantos hilos fueron juntados, tantas amistades tejidas y tantas aventuras planeadas para el día siguiente. Había mucho de qué hablar en esos cortos días de invierno cuando los animales se reunían alrededor del fuego; aún así, el Topo tenía mucho tiempo libre en sus manos, y así una tarde, cuando la Rata en su sillón frente al fuego estaba dormitando y ensayando rimas que no encajaban, tomó la resolución de salir solo y explorar el Bosque Salvaje, y tal vez conocer al Sr. Tejón.

Era una tarde fría y tranquila, con un cielo duro y acerado, cuando salió del cálido salón al aire libre. El campo yacía desnudo y completamente desprovisto de hojas a su alrededor, y pensó que nunca había visto tan lejos y tan íntimamente el interior de las cosas como en aquel día de invierno en que la Naturaleza estaba sumida en su sueño anual y parecía haberse quitado la ropa a tirones. Bosques, lagunas, canteras y todos los lugares ocultos, que habían sido misteriosas minas para la exploración en el frondoso verano, ahora se exponían patéticamente a sí mismos y a sus secretos, y parecían pedirle que pasara por alto su miserable pobreza durante un tiempo, hasta que pudieran alborotar en una rica mascarada como antes, y engañarle y seducirle con los viejos engaños. En cierto modo, era lamentable, y sin embargo alentador, incluso estimulante. Se alegró de que le gustara el campo sin adornos, duro y despojado de sus galas. Se había quedado con los huesos desnudos, que eran finos, fuertes y sencillos. No quería el cálido trébol ni el juego de las hierbas sembradas; las cortinas de mimbre, las ondulantes cortinas de hayas y olmos parecían estar mejor lejos; y con gran alegría de espíritu avanzó hacia el Bosque Salvaje, que se extendía ante él bajo y amenazador, como un negro arrecife en algún mar meridional en calma.

No había nada que lo alarmara al entrar por primera vez. Las ramas crujían bajo sus pies, los troncos le hacían tropezar, los hongos de los tocones parecían caricaturas y le sobresaltaban de momento por su semejanza con algo familiar y lejano; pero todo eso era divertido y excitante. Le hizo seguir adelante, y penetró hasta donde la luz era menor, y los árboles se agazapaban cada vez más cerca, y los agujeros le hacían feas bocas a ambos lados.

Ahora todo estaba muy quieto. El crepúsculo avanzaba hacia él con paso firme y rápido, acumulándose detrás y delante, y la luz parecía escurrirse como el agua de una inundación.

Entonces empezaron las caras.

La primera vez que creyó ver una cara fue por encima de su hombro, indistintamente; una pequeña cara maligna en forma de cuña que le miraba desde un agujero. Cuando se volvió y se enfrentó a él, la cosa había desaparecido.

Aceleró el paso, diciéndose alegremente que no empezara a imaginarse cosas, o simplemente no tendría fin. Pasó otro agujero, y otro, y otro; y entonces... ¡sí!, ¡no!, ¡sí!, ciertamente, un rostro pequeño y estrecho, de ojos duros, había salido por un instante de un agujero, y había desaparecido. Dudó, se levantó para hacer un esfuerzo y siguió adelante. Entonces, de repente, y como si hubiera sido así todo el tiempo, cada agujero, lejano y cercano, y había cientos de ellos, parecía poseer su rostro, yendo y viniendo rápidamente, todos fijando en él miradas de malicia y odio: todos de ojos duros y malvados y agudos.

Si tan sólo pudiera alejarse de los agujeros de las orillas, pensó, no habría más caras. Salió del sendero y se internó en los parajes vírgenes del bosque. Entonces empezaron los silbidos.

Cuando lo oyó por primera vez, era muy débil y chillón, y estaba muy por detrás de él; pero, de algún modo, le hizo apresurarse a avanzar. Luego, todavía muy débil y estridente, sonó muy por delante de él, y le hizo dudar y querer retroceder. Mientras se detenía en su indecisión, el sonido estalló a ambos lados, y pareció ser recogido y transmitido a lo largo de todo el bosque hasta su límite más lejano. Evidentemente, estaban despiertos y listos, ¡fueran quienes fuesen! Y él... él estaba solo, desarmado y lejos de cualquier ayuda; y la noche se acercaba.

Entonces empezó el repiqueteo.

Al principio pensó que sólo eran hojas cayendo, tan leve y delicado era su sonido. Luego, a medida que crecía, fue adquiriendo un ritmo regular, y él no lo reconocía más que por el pat-pat-pat de unos piecitos que aún estaban muy lejos. ¿Era delante o detrás? Parecía primero una cosa, luego la otra, después las dos. Crecía y se multiplicaba, hasta que, mientras escuchaba ansiosamente, inclinándose a un lado y a otro, parecía que se acercaban a él. Cuando se detuvo a escuchar, un conejo se acercó corriendo entre los árboles. Esperó a que aflojara el paso o a que cambiara de rumbo. En lugar de eso, el animal casi le rozó al pasar a toda velocidad, con la cara dura y los ojos fijos. Lárgate de aquí, tonto, lárgate", le oyó murmurar el Topo mientras giraba alrededor de un muñón y desaparecía por una simpática madriguera.

El repiqueteo aumentó hasta sonar como un repentino granizo sobre la alfombra de hojas secas que se extendía a su alrededor. Todo el bosque parecía correr ahora, correr con fuerza, cazar, perseguir, acercarse a algo o... ¿a alguien? Presa del pánico, él también empezó a correr, sin rumbo, sin saber hacia dónde. Corría contra las cosas, caía sobre las cosas y dentro de las cosas, corría por debajo de las cosas y esquivaba las cosas. Por fin se refugió en el hueco profundo y oscuro de una vieja haya, que le ofrecía cobijo, escondite, tal vez incluso seguridad, pero ¿quién podría decirlo? En cualquier caso, estaba demasiado cansado para seguir corriendo y sólo podía acurrucarse entre las hojas secas que habían entrado en el hueco y esperar estar a salvo durante algún tiempo. Y mientras yacía allí jadeante y tembloroso, y escuchaba los silbidos y los golpeteos afuera, conoció por fin, en toda su plenitud, esa cosa espantosa que otros pequeños moradores del campo y los setos habían encontrado aquí,

y conocido como su momento más oscuro, esa cosa de la que la Rata había intentado en vano protegerse: ¡el Terror del Bosque Salvaje!

Mientras tanto la Rata, cálida y cómoda, dormitaba junto a su chimenea. Su papel de versos a medio terminar resbaló de su rodilla, su cabeza cayó hacia atrás, su boca se abrió, y vagó por las verdes orillas de los ríos de ensueño. Entonces resbaló un carbón, el fuego crepitó y lanzó un chorro de llamas, y se despertó sobresaltada. Recordando lo que había estado haciendo, buscó sus versos en el suelo, los repasó durante un minuto y luego buscó al Topo para preguntarle si sabía una buena rima para algo.

Pero el Topo no estaba allí.

Escuchó durante un rato. La casa parecía muy silenciosa.

Entonces gritó "¡Topo! varias veces y, al no recibir respuesta, se levantó y salió al vestíbulo.

La gorra del Topo no estaba en su sitio. Sus botas de goma, que siempre estaban junto al paragüero, tampoco estaban.

La Rata salió de la casa y examinó cuidadosamente la superficie fangosa del suelo, con la esperanza de encontrar las huellas del Topo. Allí estaban.

Las botas de goma eran nuevas, recién compradas para el invierno, y los granos de sus suelas estaban frescos y afilados. Podía ver sus huellas en el barro, rectas y decididas, que conducían directamente al Bosque Salvaje.

La Rata parecía muy seria, y se quedó pensativa durante uno o dos minutos.

Luego volvió a entrar en la casa, se ciñó un cinturón a la cintura, se metió en él un par de pistolas, cogió un robusto garrote que había en un rincón del vestíbulo y partió hacia el Bosque Salvaje a paso ligero.

Ya estaba anocheciendo cuando llegó a la primera franja de árboles y se internó sin vacilar en el bosque, mirando ansiosamente a ambos lados en busca de alguna señal de su amigo. Aquí y allá salían de los agujeros unas caritas malvadas, pero desaparecían inmediatamente al ver al valeroso animal, sus pistolas y el gran garrote feo que empuñaba; y los silbidos y golpeteos, que había oído claramente en su primera entrada, se apagaron y cesaron, y todo quedó muy quieto.

Recorrió el bosque hasta su extremo más alejado, y luego, abandonando todos los caminos, se puso a atravesarlo, recorriendo laboriosamente todo el terreno, y todo el tiempo gritando alegremente: "¡Topo, Topito, Topo! ¿Dónde estáis? Soy yo, la vieja Rata". Había buscado pacientemente por el bosque durante una hora o más, cuando por fin, para su alegría, oyó un pequeño grito que respondía. Guiándose por el sonido, se abrió camino a través de la oscuridad creciente hasta el pie de una vieja haya, con un agujero en ella, y desde el agujero salió una débil voz, diciendo "¡Ratita! ¿De verdad eres tú? La Rata se arrastró hasta el hueco, y allí encontró al Topo, exhausto y todavía tembloroso. "¡Oh Rata!" gritó, "¡He estado tan asustado, que no te lo puedes imaginar! Oh, lo comprendo perfectamente -dijo la Rata tranquilizándolo-. No deberías haberlo hecho, Topo. Hice lo que pude para que no lo hicieras. Los ribereños casi nunca venimos aquí solos. Si tenemos que venir, lo hacemos en pareja por lo menos; entonces generalmente estamos bien. Además, hay cientos de cosas que uno tiene que saber, que nosotros entendemos y tú todavía no. Me refiero a contraseñas, y signos, y dichos que tienen poder y efecto, y plantas

que llevas en el bolsillo, y versos que repites, y evasivas y trucos que practicas; todo es bastante sencillo cuando lo sabes, pero hay que conocerlo si eres pequeño, o te encontrarás en problemas. Claro que si fueras Tejón o Nutria, sería otra cosa". Seguramente al valiente señor Sapo no le importará venir aquí solo, ¿verdad?", preguntó el Topo.

¿El viejo Sapo?", dijo la Rata, riendo a carcajadas. Ni por un sombrero lleno de monedas de oro se dejaría ver por aquí solo, Sapo". El Topo se sintió muy animado por el sonido de la risa despreocupada de la Rata, así como por la visión de su bastón y sus relucientes pistolas, y dejó de temblar y comenzó a sentirse más audaz y más él mismo otra vez.

Ahora bien -dijo la Rata-, debemos reponernos y emprender el regreso a casa mientras aún quede un poco de luz. No podemos pasar la noche aquí. Para empezar, hace demasiado frío". Querida Ratita -dijo el pobre Topo-, lo siento muchísimo, pero estoy muerto de hambre y eso es un hecho. Tienes que dejarme descansar aquí un poco más y recuperar fuerzas, si es que quiero volver a casa". De acuerdo -dijo la rata-, descansa. De todos modos, ya casi ha oscurecido, y debería haber un poco de luna más tarde". Así que el Topo se metió bien entre las hojas secas y se tendió, y en seguida se quedó dormido, aunque de un modo entrecortado y preocupado; mientras la Rata se tapaba también lo mejor que podía, para calentarse, y esperaba pacientemente, con una pistola en la pata.

Cuando por fin el Topo se despertó, muy refrescado y con su ánimo habitual, la Rata dijo: "¡Ahora! Voy a echar un vistazo fuera para ver si todo está tranquilo, y luego nos iremos". Se acercó a la entrada de su refugio y sacó la cabeza. Entonces el Topo le oyó decir en voz baja: "¡Hola! ¡Hola! ¡Aquí-está-uno-que-va!". ¿Qué pasa, Ratita?", preguntó el Topo.

Ha nevado -respondió la Rata brevemente-, o mejor dicho, está nevando mucho". El Topo se acercó y se agachó a su lado, y, mirando hacia fuera, vio el bosque que tan espantoso le había resultado con un aspecto bastante cambiado. Agujeros, huecos, charcos, escollos y otras negras amenazas para el caminante desaparecían rápidamente, y por todas partes brotaba una reluciente alfombra de hadas, que parecía demasiado delicada para ser hollada por pies ásperos. Un fino polvo llenaba el aire y acariciaba la mejilla con un cosquilleo en su tacto, y los negros agujeros de los árboles aparecían bajo una luz que parecía venir de abajo.

Bueno, bueno, no se puede evitar", dijo la Rata, después de reflexionar. Supongo que debemos ponernos en marcha y arriesgarnos. Lo peor es que no sé exactamente dónde estamos. Y ahora esta nieve hace que todo parezca muy diferente". Así era. El topo no habría sabido que se trataba del mismo bosque.

Sin embargo, se pusieron en marcha con valentía, y tomaron la dirección que parecía más prometedora, agarrándose el uno al otro y fingiendo con invencible alegría que reconocían a un viejo amigo en cada árbol fresco que los saludaba sombría y silenciosamente, o veían aberturas, huecos o senderos con un giro familiar en ellos, en la monotonía del espacio blanco y los troncos negros de los árboles que se negaban a variar. Una o dos horas más tarde -habían perdido la cuenta del tiempo- se detuvieron, desanimados, cansados y desesperanzados, y se sentaron en un tronco caído para recuperar el aliento y

considerar lo que había que hacer. Estaban doloridos por el cansancio y magullados por las caídas; se habían caído en varios agujeros y se habían mojado por completo; la nieve se estaba haciendo tan profunda que apenas podían arrastrar sus pequeñas piernas por ella, y los árboles eran más gruesos y más parecidos entre sí que nunca. Aquel bosque parecía no tener fin, ni principio, ni diferencia y, lo peor de todo, no tenía salida.

No podemos quedarnos aquí mucho tiempo", dijo la Rata. Tendremos que dar otro empujón y hacer algo. El frío es demasiado terrible para cualquier cosa, y la nieve pronto será demasiado profunda para que podamos caminar sobre ella". Miró a su alrededor y reflexionó. Mira -continuó-, esto es lo que se me ocurre. Hay una especie de hondonada aquí abajo, delante de nosotros, donde el suelo parece todo montañoso y ondulado. Bajaremos hasta allí e intentaremos encontrar algún tipo de refugio, una cueva o un agujero con suelo seco, al abrigo de la nieve y el viento, y allí descansaremos bien antes de volver a intentarlo, porque los dos estamos bastante agotados. Además, la nieve puede irse, o puede aparecer algo". Así que una vez más se pusieron en pie y bajaron con dificultad a la cañada, donde buscaron una cueva o algún rincón seco que les protegiera del fuerte viento y de la nieve arremolinada. Estaban investigando uno de los sitios abruptos de los que había hablado la Rata, cuando de pronto el Topo tropezó y cayó de bruces con un chillido.

Ay, mi pierna", gritó. Se sentó sobre la nieve y se cuidó la pierna con las dos patas delanteras.

Pobre viejo topo", dijo la Rata amablemente. Parece que hoy no tienes mucha suerte, ¿verdad? Vamos a echarle un vistazo a la pierna. Sí -continuó, poniéndose de rodillas para mirar-, te has cortado la pantorrilla. Espera a que coja mi pañuelo y te la vendaré". Debo de haber tropezado con una rama escondida o con un muñón -dijo el topo lamentándose-. ¡Ay, caramba! ¡Ay, caramba! Es un corte muy limpio", dijo la Rata, examinándolo de nuevo con atención. Eso no puede haberlo hecho una rama o un muñón. Parece hecho por el filo de algo de metal. Qué curioso". Reflexionó un rato, y examinó las jorobas y pendientes que los rodeaban.

Bueno, no importa lo que me pasado haya ", dijo el Topo, olvidando su gramática en su dolor. Duele lo mismo, sea lo que sea". Pero la Rata, después de atar cuidadosamente la pierna con su pañuelo, lo había dejado y estaba ocupada raspando en la nieve.

Rascaba y removía y exploraba, con las cuatro patas trabajando afanosamente, mientras el Topo esperaba impaciente, comentando a intervalos: "¡Oh, vamos, Rata!". De pronto la Rata gritó "¡Hurra!" y luego "¡Hurra-oo-ray-oo-ray-oo-ray!" y se puso a ejecutar una débil danza en la nieve.

¿Qué has encontrado, Ratita?" preguntó el Topo, todavía curándose la pierna. Ven a verlo", dijo la Rata encantada, mientras seguía bailando.

El Topo cojeó hasta el lugar y echó un buen vistazo.

Bueno, dijo al fin, lo veo bastante bien. He visto el mismo tipo de cosa antes, muchas veces. Lo llamo objeto familiar. ¡Un abrepuestas! Bueno, ¿y qué? ¿Por qué bailar alrededor de un abrepuestas? Pero, ¿no te das cuenta de lo que significa?", gritó la Rata con impaciencia.

Claro que sé lo que significa", replicó el Topo. Significa simplemente que alguien muy descuidado y olvidadizo ha dejado su abrepuestas tirado en medio del

Bosque Salvaje, justo donde seguramente hará tropezar a todo el mundo. Muy desconsiderado por su parte, diría yo. Cuando llegue a casa iré a quejarme de ello a alguien... ¡verás si no lo hago! "¡Oh, querido! Oh, querido!" gritó la Rata, desesperada por su obtusidad. Deja de discutir y ven a sacar la nieve ". Y se puso de nuevo manos a la obra e hizo volar la nieve en todas direcciones a su alrededor.

Después de un poco más de trabajo, sus esfuerzos se vieron recompensados y quedó a la vista un felpudo muy raído.

¿Qué te he dicho?", exclamó la Rata con gran triunfo. Absolutamente nada," contestó el Topo, con la verdad perfecta.

Pues bien -continuó-, parece que has encontrado otra pieza de basura doméstica, acabada y desechada, y supongo que eres perfectamente feliz. Será mejor que sigas adelante y bailes tu danza alrededor de eso, si tienes que hacerlo, y lo superes, y entonces tal vez podamos seguir adelante y no perder más tiempo con los basureros. ¿Podemos comer un felpudo? ¿O dormir bajo un felpudo? ¿O sentarnos en un felpudo y volver a casa en trineo sobre la nieve, roedor insoportable? ¿Quieres decir que este felpudo no te dice nada?", gritó la rata excitada. De verdad, Rata -dijo el Topo con bastante petulancia-, creo que ya hemos tenido bastante de esta locura. ¿Quién ha oído que un felpudo le diga algo a alguien? Simplemente no lo hacen. No son de esa clase. Los felpudos saben cuál es su sitio". Ahora mire aquí, usted-usted la bestia de cabeza gruesa," contestó la Rata, realmente enojada, "esto debe parar. Ni una palabra más, pero escarba y cava y busca alrededor, especialmente en los lados de los montículos, si quieres dormir seco y caliente esta noche, ¡porque es nuestra última oportunidad! La Rata atacó un banco de nieve junto a ellos con fervor, escarbando con su garrote por todas partes y luego cavando con furia; y el Topo raspó afanosamente también, más para complacer a la Rata que por cualquier otra razón, porque su opinión era que su amiga se estaba volviendo loca.

Unos diez minutos de duro trabajo, y la punta del garrote de la Rata golpeó algo que sonaba hueco. Trabajó hasta que pudo meter una pata y palpar; entonces llamó al Topo para que viniera a ayudarlo. Los dos animales se afanaron en ello, hasta que por fin el resultado de su trabajo quedó a la vista del asombrado e incrédulo Topo.

En el lateral de lo que parecía un banco de nieve había una pequeña puerta de aspecto sólido, pintada de verde oscuro. Una campanilla de hierro colgaba de un lado, y debajo de él, en una pequeña placa de latón, pulcramente grabada en letras mayúsculas cuadradas, podían leer con la ayuda de la luz de la luna Señor Tejòn.

El topo cayó de espaldas sobre la nieve de pura sorpresa y alegría. Rata", gritó arrepentido, "¡eres una maravilla! Una verdadera maravilla, eso es lo que eres. Ahora lo veo todo. Lo comprendiste, paso a paso, en esa sabia cabeza tuya, desde el mismo momento en que me caí y me corté la espinilla, y miraste el corte, y al instante tu majestuosa mente se dijo a sí misma: "¡abrepuestas!". ¡Y entonces te diste la vuelta y encontraste al mismísimo Abrepuestas que lo hizo! ¿Te detuviste ahí? No. Algunas personas se habrían dado por satisfechas, pero tú no. Tu intelecto siguió trabajando.

"¡Déjame encontrar un felpudo", te dijiste, "y mi teoría estará probada"! Y, por supuesto, encontraste el felpudo. Eres tan inteligente que creo que podrías encontrar lo que quisieras. "Ahora", te dices, "esa puerta existe, tan claro como si yo la hubiera visto. No hay

nada más que hacer que encontrarla". Bueno, he leído sobre ese tipo de cosas en los libros, pero nunca me lo había encontrado en la vida real.

Deberías ir a donde te aprecien como es debido. Estás simplemente subutilizada aquí, entre nosotros. Si tuviera tu cabeza, Ratita...

Pero como no la tienes -interrumpió la Rata con bastante maldad-, supongo que te vas a pasar toda la noche hablando sentado en la nieve. Levántate de una vez y agárrate a esa manivela que ves ahí, y toca fuerte, tan fuerte como puedas, mientras yo golpeo con el martillo". Mientras la Rata atacaba la puerta con su bastón, el Topo saltó hacia el tirador de la campana, se agarró a él y se balanceó allí, con ambos pies bien levantados del suelo, y desde bastante lejos pudieron oír débilmente una campana de tono grave.

IV

EL SEÑOR TEJON

Esperaron pacientemente durante un tiempo que pareció muy largo, zapateando en la nieve para mantener los pies calientes. Por fin oyeron el sonido de pasos lentos que se acercaban a la puerta desde dentro. Parecía, como le comentó el Topo a la Rata, como si alguien anduviera con zapatillas para alfombra que le quedaban grandes y por debajo del talón; lo cual era inteligente por parte del Topo, porque eso era exactamente lo que era.

Se oyó el ruido de un cerrojo que se retira hacia atrás, y la puerta se abrió unos centímetros, lo suficiente para mostrar un largo hocico y un par de ojos parpadeantes y somnolientos.

La próxima vez que ocurra esto -dijo una voz ronca y desconfiada-, me enfadaré muchísimo. ¿Quién es esta vez, molestando a la gente en una noche como ésta? ¡Habla! "Oh, Tejón", gritó la Rata, "déjanos entrar, por favor. Soy yo, Rata, y mi amigo Topo, y nos hemos perdido en la nieve". Qué, Ratita, mi querida amiga!" exclamó el Tejón, con una voz muy diferente. Entrad, los dos, de una vez. Deben estar muertos de frío. ¡Pues yo nunca! ¡Perdido en la nieve! Y en el Bosque Salvaje, además, ¡y a esta hora de la noche! Pero entran ya.

Los dos animales tropezaron entre sí en su afán por entrar y oyeron que la puerta se cerraba tras ellos con gran alegría y alivio.

El Tejón, que llevaba una larga bata y las zapatillas muy bajas, llevaba un candelabro plano en la pata y probablemente se había ido a la cama cuando sonó la campana de la puerta. Los miró amablemente y les acarició la cabeza. Esta no es noche para que salgan animales pequeños", dijo paternalmente. Me temo que has vuelto a hacer alguna de tus travesuras, Ratita. Pero ven, ven a la cocina. Allí hay un fuego muy bueno, y cena y todo". Avanzó arrastrando los pies delante de ellos, llevando la luz, y ellos le siguieron, dándose codazos unos a otros en una especie de anticipación, por un pasadizo largo, lúgubre y, a decir verdad, decididamente mugriento, hasta una especie de vestíbulo central, del que podían ver vagamente otros largos pasadizos en forma de túnel que se ramificaban, pasadizos misteriosos y sin final aparente. Pero en el vestíbulo también había puertas, robustas, de roble y de aspecto confortable. El Tejón abrió

una de ellas de un tirón, y al instante se encontraron en el resplandor y el calor de una gran cocina iluminada por el fuego.

El suelo era de ladrillo rojo muy desgastado, y en la amplia chimenea ardía un fuego de leña, entre dos atractivas chimeneas empotradas en la pared, lejos de cualquier sospecha de corrientes de aire. Un par de sillones de espaldar alto, uno frente al otro a ambos lados del fuego, ofrecían más espacio para sentarse a los más sociables. En el centro de la habitación había una larga mesa de tablas lisas con bancos a cada lado. En uno de sus extremos, donde había un sillón echado hacia atrás, estaban esparcidos los restos de la sencilla pero abundante cena del Tejón. Filas de platos immaculados brillaban en los estantes de la cómoda, en el extremo opuesto de la habitación, y de las vigas colgaban jamones, manojos de hierbas secas, ristras de cebollas y cestas de huevos. Parecía un lugar donde los héroes podían darse un buen festín después de la victoria, donde los cosechadores cansados podían alinearse en filas a lo largo de la mesa y celebrar su cosecha con alegría y canciones, o donde dos o tres amigos de gustos sencillos podían sentarse a su antojo y comer, fumar y hablar con comodidad y satisfacción.

El suelo de ladrillos rojizos sonreía al techo ahumado; las sillas de roble, brillantes por el uso, intercambiaban alegres miradas entre sí; los platos de la cómoda sonreían a las ollas de la estantería, y la alegre luz del fuego parpadeaba y jugaba con todo sin distinción.

El amable Tejón los sentó en una silla para que brindaran junto al fuego y les pidió que se quitaran los abrigos mojados y las botas. Luego les trajo batas y pantuflas, y él mismo lavó la pantorrilla del Topo con agua tibia y arregló el corte con esparadrapo hasta que todo quedó como nuevo, si no mejor. En la luz y el calor envolventes, cálidos y secos por fin, con las piernas apoyadas delante de ellos y un sugestivo tintineo de platos colocados en la mesa de atrás, a los animales arrastrados por la tormenta les pareció, ahora en anclaje seguro, que el frío y desolado Bosque Salvaje que acababan de dejar atrás estaba a kilómetros y kilómetros de distancia, y que todo lo que habían sufrido en él era un sueño medio olvidado.

Cuando por fin estuvieron completamente calientes, el Tejón los llamó a la mesa, donde había estado ocupado preparando un banquete. Habían sentido bastante hambre antes, pero cuando vieron por fin la cena que se les había preparado, en realidad parecía sólo una cuestión de qué no podían contenerse ante algo tan atractivo, y las otras cosas tendrían que esperar hasta que tuvieran tiempo de prestarles atención. La conversación fue imposible durante mucho tiempo; y cuando se reanudó lentamente, fue ese lamentable tipo de conversación que resulta de hablar con la boca llena. Al Tejón no le importaba en absoluto ese tipo de cosas, ni hacía caso de los codazos sobre la mesa, ni de que todo el mundo hablara a la vez. Como él mismo no entraba en la Sociedad, tenía la idea de que estas cosas pertenecían a las cosas que realmente no importaban. (Sabemos, por supuesto, que se equivocaba, y que tenía una visión demasiado estrecha; porque sí importan mucho, aunque sería demasiado largo explicar por qué). Se sentó en su sillón, a la cabecera de la mesa, y asintió seriamente a intervalos mientras los animales contaban su historia; y no pareció sorprenderse ni escandalizarse por nada, y nunca dijo: "Ya os lo dije", o "Justo lo que siempre he dicho", ni comentó que debían haber hecho tal o cual cosa, o que no debían haber hecho otra. El topo empezó a tenerle mucha simpatía.

Cuando por fin terminaron de cenar y cada animal sintió que su pellejo estaba tan tenso como era decentemente seguro y que ya no le importaba nada de nadie ni de nada, se reunieron alrededor de las brasas del gran fuego de leña y pensaron en lo alegre que era estar sentados ahí hasta tan tarde, tan independientes y tan llenos; y después de charlar un rato sobre cosas en general, el Tejón dijo con entusiasmo: "Ahora cuéntenos las noticias de tu parte del mundo. ¿Cómo le va al viejo Sapo? Oh, de mal en peor", dijo la Rata con gravedad, mientras el Topo, recostado en un banco y calentándose a la luz del fuego, con los talones más altos que la cabeza, trataba de parecer debidamente afligido. Otro accidente la semana pasada, y uno malo. Ya ves, insiste en conducir él mismo, y es totalmente incapaz. Si contratara a un animal decente, estable y bien adiestrado, le pagara un buen sueldo y lo dejara todo en sus manos, le iría muy bien. Pero no; está convencido de que es un conductor nato, y nadie puede enseñarle nada; y todo lo demás viene por añadidura. "¿Cuántos ha tenido?", preguntó el Tejón sombríamente.

¿Choques o volcadas?", preguntó la Rata. Oh, bueno, después de todo, siempre es lo mismo con Sapo. Este es el séptimo. En cuanto a los otros accidentes, ¿conoces su cochera? Bueno, está cargada, literalmente con pilas hasta el techo, con fragmentos de coches, ¡ninguno de ellos más grande que tu sombrero! Eso explica los otros seis... hasta donde se puede explicar". Ha estado en el hospital tres veces", añadió el topo. "Y en cuanto a las multas que ha tenido que pagar, es simplemente horrible sólo de pensarlo". Sí, y ése es parte del problema", continuó la Rata. Sapo es rico, todos lo sabemos, pero no es millonario. Y es un mal conductor sin remedio, y no tiene en cuenta la ley ni el orden. Muerto o arruinado, tiene que ser una de las dos cosas, tarde o temprano. Tejón, somos sus amigos, ¿no deberíamos hacer algo?

El Tejón pensó un poco. Mirad", dijo al fin, con bastante severidad, "¿sabéis que ahora no puedo hacer nada?". Sus dos amigos asintieron, comprendiendo perfectamente lo que quería decir. Ningún animal, de acuerdo con las reglas de la educación animal, debe hacer nada extenuante, ni heroico, ni siquiera moderadamente activo durante la estación invernal. Todos duermen, algunos duermen de verdad. Todos están atados al clima, más o menos; y todos están descansando de arduos días y noches, durante los cuales cada músculo en ellos ha sido severamente probado, y cada energía mantenida al máximo.

Muy bien", continuó el tejón. Pero cuando el año ha cambiado de verdad y las noches son más cortas, y a mitad de estación uno se despierta y se siente inquieto y con ganas de levantarse al amanecer, si no antes... ya sabes... -Los dos animales asintieron con la cabeza. Lo sabían.

Bien, entonces -continuó el Tejón-, nosotros -es decir, tú, yo y nuestro amigo el Topo- nos ocuparemos seriamente de Sapo. No toleraremos ninguna tontería.

Lo haremos entrar en razón, por la fuerza si es necesario. Haremos que sea un Sapo sensato. Vamos a... ¡Estás dormida, Rata! Yo no", dijo la Rata, despertándose de un tirón. Se ha dormido dos o tres veces desde la cena", dijo el Topo, riendo.

Él mismo se sentía bastante despierto e incluso animado, aunque no sabía por qué. La razón era, por supuesto, que siendo naturalmente un animal subterráneo por nacimiento y crianza, la situación de la casa del Tejón se adaptaba exactamente a él y lo hacía sentir en casa; mientras que la Rata, que dormía todas las noches en un dormitorio cuyas ventanas daban a un río con brisa, naturalmente sentía la atmósfera quieta y pesada.

Bueno, ya es hora de que nos vayamos todos a la cama -dijo el Tejón, levantándose y cogiendo candelabros planos-. Vengan, ustedes dos, y les mostraré sus habitaciones. Y tómense su tiempo mañana por la mañana: ¡desayunen a la hora que quieran! Condujo a los dos animales a una larga habitación que parecía mitad dormitorio y mitad parcela. Las provisiones de invierno del Tejón, que se veían por todas partes, ocupaban la mitad de la habitación: montones de manzanas, nabos y patatas, cestas llenas de nueces y tarros de miel; pero las dos camitas blancas que quedaban en el suelo parecían suaves y acogedoras, y la ropa de cama, aunque áspera, estaba limpia y olía maravillosamente a lavanda; y el Topo y la Rata de Agua, sacudiéndose la ropa en unos treinta segundos, se metieron entre las sábanas con gran alegría y satisfacción.

De acuerdo con las amables órdenes del Tejón, los dos cansados animales bajaron a desayunar muy tarde a la mañana siguiente, y encontraron un brillante fuego ardiendo en la cocina, y dos jóvenes erizos sentados en un banco junto a la mesa, comiendo papilla de avena en tazones de madera. Los erizos dejaron caer las cucharas, se levantaron y agacharon la cabeza respetuosamente cuando entraron los dos.

Siéntense, siéntense -dijo agradablemente la Rata- y sigan con sus papillas de avena. ¿De dónde venís, jóvenes? Supongo que os habéis perdido en la nieve".

Sí, por favor, señora", dijo respetuosamente el mayor de los dos erizos. Yo y el pequeño Billy estábamos tratando de encontrar el camino a la escuela -Nuestra madre nos habría llevado, si hubiera sabido que el tiempo estaba así- y por supuesto nos perdimos, entonces Billy se asustó y lloró, siendo joven y débil imagínese ud. Y por fin nos topamos con la puerta trasera del señor Tejón, y nos atrevimos a llamar, señor, porque el señor Tejón es un caballero de buen corazón, como todo el mundo sabe..."

"Entiendo", dijo la Rata, cortándose unas lonchas de tocino, mientras el Topo echaba unos huevos en una cacerola. ¿Y qué tiempo hace fuera? No hace falta que me digas "señora" -añadió la rata. Oh, muy mal, señora, la nieve está muy profunda", dijo el erizo. Hoy no podrán salir animales como ustedes'. ¿Dónde está el señor Tejón? preguntó el Topo, mientras calentaba la cafetera ante el fuego.

El señor ha entrado a su estudio, señor -respondió el erizo-, y dijo que iba a estar muy ocupado esta mañana, y que por ningún motivo se le molestará". Esta explicación, por supuesto, fue perfectamente comprendida por todos los presentes.

El hecho es que, como ya se ha expuesto, cuando se vive una vida de intensa actividad durante seis meses al año y de somnolencia comparativa o real durante los otros seis, durante el último período no se puede estar continuamente alegando somnolencia cuando hay gente alrededor o cosas que hacer. La excusa se vuelve monótona. Los animales sabían muy bien que Tejón, después de haber desayunado abundantemente, se había retirado a su estudio y se había sentado en un sillón con las piernas apoyadas en otro y un pañuelo rojo de algodón sobre la cara, y estaba "ocupado" de la manera habitual en esta época del año.

El timbre de la puerta principal sonó con fuerza, y la Rata, que estaba muy grasienta por la tostada con mantequilla, envió a Billy, el erizo más pequeño, a ver quién podía ser. Se oyeron muchos pisotones en el vestíbulo, y al poco rato Billy regresó delante de la Nutria, que se lanzó sobre la Rata con un abrazo y un grito de afectuoso saludo.

Quítate!" balbuceó la Rata, con la boca llena.

Pensé que te encontraría bien aquí", dijo la nutria alegremente. Estaban todos muy alarmados en la orilla del río cuando llegué esta mañana.

La rata no había estado en casa en toda la noche, ni tampoco Topo; algo terrible debía de haber ocurrido, decían; y la nieve había cubierto todas tus huellas, por supuesto. Pero yo sabía que cuando la gente está en apuros acude a Tejòn, o sino, Tejòn se enteraba de alguna manera, así que vine directamente aquí, a través del Bosque Salvaje y la nieve. Era hermoso atravesar la nieve mientras el sol rojo salía y se mostraba contra los troncos negros de los árboles. A medida que avanzaba en la quietud, de vez en cuando masas de nieve se deslizaban de las ramas con un brusco "flop", haciéndome saltar y correr para ponerme a salvo. Durante la noche habían surgido de la nada castillos y cuevas de nieve, puentes de nieve, terrazas, murallas... Podría haberme quedado jugando con ahí durante horas. Aquí y allá grandes ramas habían sido arrancadas por el peso de la nieve, y los petirrojos se posaban y saltaban sobre ellas a su alegre y presumida manera, como si lo hubieran hecho ellos mismos. Una hilera de gansos salvajes pasó por lo alto del cielo gris, y unos cuantos grajos revolotearon sobre los árboles, inspeccionaron y volaron hacia su casa con expresión de disgusto; pero no encontré ningún ser sensato al que preguntar. Hacia la mitad del camino me topé con un conejo sentado en un muñón, que se limpiaba la cara con las patas.

Era un animal bastante asustado cuando me acerqué sigilosamente por detrás y le puse una pesada pata delantera en el hombro. Tuve que abofetearle una o dos veces para conseguir que entrara en razón. Por fin conseguí que me dijera que uno de ellos había visto a un topo en el bosque la noche anterior. Era la comidilla de las madrigueras, dijo, cómo Topo, el amigo particular de la señora Rata, estaba en un aprieto; habiendo perdido su camino, y "Ellos" estaban afuera cazando, y le estaban dando vueltas y vueltas.

"¿Entonces por qué ninguno de ustedes hizo algo?" pregunté. "Puede que no tengáis cerebro, pero sois cientos y cientos, grandes y robustos, gordos como la mantequilla, y vuestras madrigueras se extienden en todas direcciones, y podríais haberle acogido y puesto a salvo y cómodo, o haberlo intentado, en todo caso". "¿Qué, nosotros?", se limitó a decir: "¿Hacer algo? ¿Nosotros los conejos?" Así que volví a abofetearle y le dejé.

No había nada más que hacer. En cualquier caso, había aprendido algo; y si hubiera tenido la suerte de encontrarme con alguno de "Ellos" habría aprendido algo más... o ellos lo harían. ¿No estabas nervioso? -preguntó el Topo, sintiendo de nuevo algo del terror de ayer al oír hablar del Bosque Salvaje.

¿Nervioso? La nutria mostró unos dientes blancos y fuertes mientras reía. Les pondría de los nervios si alguno de ellos intentara algo conmigo. Toma, Topo, fríeme unas lonchas de jamón, como el buen chico que eres. Tengo un hambre espantosa y tengo mucho que decirle a Ratita. Hace mucho que no la veo'. Así que el bondadoso Topo, después de cortar unas lonchas de jamón, puso a los erizos a freírlas, y volvió a su propio desayuno, mientras la Nutria y la Rata, con las cabezas juntas, hablaban ávidamente de la tienda del río, que es una larga tienda y una charla que no tiene fin, y que fluye como el propio río rumoroso.

Acababan de recoger un plato de jamón frito y lo devolvieron por más, cuando entró el Tejòn, bostezando y frotándose los ojos, y los saludó a todos a su manera tranquila y sencilla, con amables preguntas para cada uno. Debe de acercarse la hora del almuerzo -comentó a la nutria-. Será mejor que te detengas y almuerces con nosotros. Debes tener hambre, en esta

fría mañana". El caso es que...", respondió la nutria, guiñándole un ojo al topo. La vista de estos jóvenes erizos codiciosos atiborrándose de jamón frito me hace sentir verdaderamente hambriento". Los erizos, que empezaban a sentir hambre de nuevo después de las gachas y de haber trabajado tanto en la fritura, miraron tímidamente al señor Tejón, pero eran demasiado tímidos para decir algo.

Vosotros dos, jóvenes, id a casa con vuestra madre -dijo el Tejón amablemente-. Enviaré a alguien con ustedes para mostrarles el camino. Seguro que hoy no querréis cenar".

Les dio seis peniques a cada uno y una palmadita en la cabeza, y se marcharon entre respetuosas sacudidas de gorros y toques en la frente.

Luego se sentaron todos juntos a almorzar. El Topo se encontró al lado del Sr. Tejón y, como los otros dos seguían inmersos en la habladuría del río, de la que nada podía distraerlos, aprovechó la oportunidad para decirle al Tejón lo cómodo y hogareño que le parecía todo aquello. Una vez bajo tierra", dijo, "sabes exactamente dónde estás. Nada puede pasarte y nada puede alcanzarte. Eres totalmente dueño de ti mismo y no tienes que consultar a nadie ni preocuparte por lo que digan. Las cosas siguen igual por arriba, y tú las dejas y no te preocupas por ellas. Cuando quieres, subes, y ahí están las cosas, esperándote". El Tejón simplemente le sonrió. Eso es exactamente lo que digo", respondió. No hay seguridad, ni paz ni tranquilidad, excepto bajo tierra. Y luego, si tus ideas se hacen más grandes y quieres ampliarte... ¡una excavación y un raspado, y ya está! Si crees que tu casa es un poco grande, tapas uno o dos agujeros, ¡y ya está! Sin albañiles, sin comerciantes, sin comentarios de los que miran por encima de la pared y, sobre todo, sin la influencia del clima. Mira a Rata, ahora. Un par de pies de agua de inundación y tiene que mudarse a un alojamiento alquilado, incómodo, mal situado y terriblemente caro. Mira a Sapo. No digo nada en contra de su casa; la mejor casa de estos lugares, como casa. Pero supongamos que se produce un incendio, ¿dónde está Sapo? Supongamos que se vuelan las tejas, o que las paredes se hundan o se agrietan, o que las ventanas se rompen... ¿dónde está Sapo? Suponiendo que las habitaciones tengan corrientes de aire -yo también las odio-, ¿dónde está Sapo? No, arriba y al aire libre es sólo para vagabundear y ganarse la vida; pero bajo tierra el lugar para volver por fin a casa... ¡esa es mi idea de hogar! El Topo asintió de todo corazón y, en consecuencia, el Tejón se hizo muy amigo suyo. Cuando termine el almuerzo -dijo-, te llevaré a conocer este pequeño lugar mío. Veo que te gustará. Usted entiende lo que debe ser la arquitectura doméstica". Después del almuerzo, cuando los otros dos se habían instalado en el rincón de la chimenea y habían comenzado una acalorada discusión sobre el tema de las anguilas, el Tejón encendió una linterna e indicó al Topo que lo siguiera. Cruzando el vestíbulo, pasaron por uno de los túneles principales, y la vacilante luz de la linterna dejaba entrever a ambos lados habitaciones grandes y pequeñas, algunas meros armarios, otras casi tan amplias e imponentes como el comedor de Sapo. Un estrecho pasadizo en ángulo recto los condujo a otro corredor, y aquí se repitió lo mismo. El topo se quedó pasmado ante el tamaño, la extensión, las ramificaciones de todo aquello; ante la longitud de los oscuros pasadizos, las sólidas bóvedas de las abarrotadas cámaras, la mampostería por todas partes, los pilares, los arcos, los pavimentos. ¿Cómo diablos, Tejón -dijo al fin-, has encontrado tiempo y fuerzas para hacer todo esto? Es asombroso". Sería asombroso",

dijo simplemente el Tejón, "si lo hubiera hecho yo. Pero en realidad no hice nada, sólo limpié los pasadizos y las cámaras, en la medida en que los necesité. Hay muchos más, por todas partes. Veo que no lo entiendes, y debo explicártelo. Bueno, hace mucho tiempo, en el lugar donde ahora ondea el Bosque Silvestre, antes de que se hubiera plantado y crecido hasta lo que es ahora, había una ciudad... una ciudad de gente, ya sabes. Aquí, donde estamos, vivían, caminaban, hablaban, dormían y se ocupaban de sus asuntos las personas.

Aquí estabulaban sus caballos y comían, desde aquí salían a luchar o se dirigían a comerciar. Era un pueblo poderoso, rico y gran constructor.

Construían para durar, porque pensaban que su ciudad sería eterna". Pero, ¿qué ha sido de todos ellos?", preguntó el Topo.

¿Quién sabe?", respondió el Tejón. La gente viene, se queda un tiempo, florece, construye y se va. Ese es su camino. Pero nosotros nos quedamos. Me han dicho que aquí había tejones mucho antes de que existiera esa ciudad. Y ahora hay tejones aquí de nuevo. Somos un grupo resistente, y podemos irnos por un tiempo, pero esperamos, y somos pacientes, y volvemos. Y así será siempre. ¿Y cuándo se fueron por fin esas personas?", preguntó el Topo.

Cuando se fueron -continuó el tejón-, los fuertes vientos y las lluvias persistentes se encargaron del lugar pacientemente, sin cesar, año tras año. Tal vez nosotros, los tejones, también ayudamos un poco, ¿quién sabe? Todo fue bajando, bajando, bajando, poco a poco: ruina, desnivelación y desaparición. Luego todo fue hacia arriba, hacia arriba, hacia arriba, poco a poco, a medida que las semillas crecían y se convertían en arbolitos, y los arbolitos en árboles del bosque, y las zarzas y los helechos se arrastraban para ayudar. El moho de las hojas crecía y se desvanecía, los arroyos traían arena y tierra en sus crecidas invernales para tapar y cubrir, y con el tiempo nuestra casa volvió a estar lista para nosotros, y nos mudamos. Arriba, en la superficie, ocurrió lo mismo. Los animales llegaron, les gustó el lugar, se instalaron, se extendieron y proliferaron. No se preocuparon por el pasado, nunca lo hacen, están demasiado ocupados. El lugar era un poco irregular y accidentado naturalmente, y estaba lleno de agujeros; pero eso era más bien una ventaja. Y tampoco se preocupan por el futuro, el futuro en el que quizá la gente vuelva a instalarse, durante un tiempo, como muy bien puede ocurrir. El Bosque Salvaje ya está bastante poblado, con toda la gente habitual, buena, mala e indiferente... no diré nombres. Se necesita de todo para que haya mundo. Pero supongo que a estas alturas ya sabrás algo de ellos". En efecto -dijo el Topo con un ligero escalofrío-

Bueno, bueno -dijo el Tejón, dándole una palmada en el hombro-, ha sido tu primera experiencia con ellos. En realidad no son tan malos, y todos debemos vivir y dejar vivir. Pero mañana pasaré la voz y creo que no tendrás más problemas. Cualquier amigo mío camina por donde quiere en este país, ¡o yo sabré la razón! Cuando volvieron de nuevo a la cocina, encontraron a la Rata caminando arriba y abajo, muy inquieta. La atmósfera subterránea le oprimía y le ponía de los nervios, y parecía temer realmente que el río se escapara si ella no estaba allí para cuidarlo. Así que se puso el abrigo y volvió a meterse las pistolas en el cinto. Vamos, Topo -dijo ansiosamente en cuanto los vio-. Debemos irnos mientras sea de día. No quiero volver a pasar otra noche en el Bosque Salvaje".

Todo estará bien, mi buena amiga", dijo la nutria. Voy contigo, y conozco todos los caminos con los ojos vendados; y si hay una cabeza que necesite un puñetazo, puedes confiar en que yo se lo daré'. No tienes por qué preocuparte, Ratita -añadió plácidamente el Tejón-. Mis pasadizos van más allá de lo que crees, y tengo agujeros para pernos en el borde de la madera en varias direcciones, aunque no me importa que todo el mundo los conozca. Cuando realmente tengas que irte, lo harás por uno de mis atajos. Mientras tanto, tranquilízate y vuelve a sentarte". Sin embargo, la Rata seguía ansiosa por irse y atender a su río, así que el Tejón, tomando de nuevo su linterna, guió el camino a lo largo de un túnel húmedo y sin aire que serpenteaba y se sumergía, en parte abovedado, en parte tallado a través de roca sólida, por una fatigosa distancia que parecían ser millas. Por fin la luz del día comenzó a aparecer confusamente a través de la enmarañada vegetación que sobresalía de la boca del pasadizo; y el Tejón, despidiéndose, los condujo apresuradamente a través de la abertura, hizo que todo volviera a parecer lo más natural posible, con enredaderas, maleza y hojas muertas, y se retiró.

Se encontraron en el borde mismo del Bosque Salvaje. Rocas, zarzas y raíces de árboles detrás de ellos, confusamente amontonados y enmarañados; delante, un gran espacio de campos tranquilos, rodeados por líneas de setos negros sobre la nieve y, más allá, un destello del viejo río familiar, mientras el sol invernal colgaba rojo bajo en el horizonte. La nutria, como conocedora de todos los caminos, se puso al frente del grupo, que se dirigió en línea de abeja hacia un lejano poste. Al detenerse allí un momento y mirar hacia atrás, vieron toda la masa del Bosque Salvaje, densa, amenazadora, compacta, sombríamente situada en un vasto entorno blanco; simultáneamente se volvieron y se dirigieron rápidamente a casa, en busca de la luz del fuego y a las cosas familiares sobre las que jugaban, a la voz del río, que sonaba alegremente fuera de su ventana, del río que conocían y en el que confiaban en todos sus estados de ánimo, que nunca les hizo temer con asombro alguno.

Mientras se apresuraba la Rata, anticipando con impaciencia el momento en que se encontraría de nuevo en casa, entre las cosas que conocía y le gustaban, el Topo vio claramente que ella era un animal de campo labrado y cercado, ligada al surco arado, al pasto frecuentado, al sendero de los paseos nocturnos, al huerto cultivado. Para otros, las asperezas, la resistencia obstinada o el choque del conflicto real, que iban con la Naturaleza en bruto representaban un problema; él debía ser sabio, debía mantenerse en los lugares agradables en los que sus líneas estaban trazadas y que albergaban aventuras suficientes, a su manera, para durar toda la vida.

EL DULCE DOMO

Las ovejas corrían amontonadas contra las vallas, resoplando por sus finos orificios nasales y dándose pisotones con las delicadas patas delanteras, con las cabezas echadas hacia atrás y un ligero vapor que salía del apiñado redil al aire helado, mientras los dos animales se apresuraban a pasar de buen humor, con mucho parloteo y risas. Volvían a través del campo después de un largo día de excursión con Nutria, cazando y explorando en las amplias tierras altas donde ciertos arroyos afluentes de su propio río tenían sus pequeños comienzos; y las sombras del corto día de invierno se cerraban sobre ellos, y todavía tenían una cierta distancia que recorrer. Avanzando al azar por el campo arado, habían oído a las ovejas y se habían dirigido hacia ellas; y ahora, saliendo del aprisco, encontraron un camino trillado que aligeraba la marcha y respondía, además, a ese pequeño algo curioso que todos los animales llevan dentro, diciendo inequívocamente: "Sí, muy bien; ¡esto lleva a casa!". Parece como si estuviéramos llegando a un pueblo", dijo el Topo con cierta duda, aflojando el paso, ya que la pista, que con el tiempo se había convertido en un sendero y luego en un camino, ahora los dejaba a cargo de una carretera bien asfaltada. Los animales no se aferraban a los pueblos, y sus propias carreteras, muy frecuentadas como estaban, seguían un curso independiente, sin tener en cuenta la iglesia, la oficina de correos o el ayuntamiento.

No importa", dijo la Rata. En esta época del año están todos a salvo en casa, sentados alrededor del fuego; hombres, mujeres y niños, perros y gatos y todo. Pasaremos sin problemas, sin molestias ni disgustos, y podemos echarles un vistazo a través de sus ventanas si quieres, y ver lo que están haciendo'. La rápida caída de la noche de mediados de diciembre había asediado la pequeña aldea cuando se acercaron a ella con pies blandos sobre una primera y fina capa de nieve en polvo. Sólo se veían cuadrados de un rojo anaranjado oscuro a ambos lados de la calle, donde la luz de las chimeneas o de las lámparas de cada cabaña se desbordaba a través de las ventanas hacia el oscuro mundo exterior. La mayoría de las ventanas bajas enrejadas no tenían persianas, y para los que miraban desde fuera, los habitantes, reunidos alrededor de la mesa de té, absortos en sus tareas o hablando entre risas y gestos, tenían esa gracia feliz que es lo último que el actor experto capta, la gracia natural que acompaña a la perfecta inconsciencia de la observación. Moviéndose a voluntad de un teatro a otro, los dos espectadores, tan lejos de casa ellos mismos, tenían algo de nostalgia en sus ojos cuando veían acariciar a un gato, coger a un niño somnoliento y acurrucarlo en la cama, o a un hombre cansado estirarse y apagar su pipa en el extremo de un tronco humeante.

Pero era desde una pequeña ventana, con la persiana bajada, una mera transparencia en blanco en la noche, desde donde palpitaban la sensación de hogar y el pequeño mundo cerrado entre paredes, el estresante mundo exterior de la Naturaleza, cerrado y olvidado. Cerca de la persiana blanca colgaba una jaula de pájaros, con una silueta clara, cada alambre, percha y accesorio distinto y reconocible, incluso para el terrón de azúcar sin brillo de ayer. En la percha, el esponjoso ocupante, con la cabeza bien metida entre las plumas, parecía tan cerca de ellos como para poder acariciarlo fácilmente, si lo hubieran intentado; incluso las delicadas puntas de su

plumaje se dibujaban claramente en la pantalla iluminada. Mientras miraban, el dormilón se agitó inquieto, se despertó, se sacudió y levantó la cabeza. Pudieron ver la apertura de su pequeño pico mientras bostezaba aburrido, miraba a su alrededor y luego volvía a acomodar la cabeza en el lomo, mientras las plumas erizadas se calmaban gradualmente hasta quedar en perfecta quietud.

Entonces una ráfaga de viento amargo les dio en la nuca, un pequeño aguijonazo de aguanieve helada en la piel les despertó como de un sueño, y supieron que tenían los dedos de los pies fríos y las piernas cansadas, y que a su propio hogar distaba un camino cansado.

Una vez pasado el pueblo, donde las casitas cesaban bruscamente, a ambos lados de la carretera podían oler de nuevo a través de la oscuridad los campos amistosos; y se prepararon para el último y largo tramo, el tramo de vuelta a casa, el tramo que sabemos que está destinado a terminar, en algún momento, con el traqueteo de la cerradura de la puerta, la repentina luz del fuego y la visión de cosas familiares que nos saludan como viajeros ausentes desde hace mucho tiempo procedentes de lejanos mares. Avanzaban con paso firme y silencioso, cada uno con sus propios pensamientos. El Topo pensaba mucho en la cena, pues estaba oscuro como boca de lobo y, por lo que sabía, todo era un país extraño para él, y seguía obedientemente la estela de la Rata, dejándole toda la guía a ella. En cuanto a la Rata, caminaba un poco más adelante, como era su costumbre, con los hombros encorvados y la vista fija en el camino recto y gris que tenía delante; así que no se percató de la presencia del pobre Topo cuando de repente le llegó la llamada y le sacudió como una descarga eléctrica.

Nosotros, que hace tiempo que hemos perdido los sentidos físicos más sutiles, ni siquiera tenemos términos adecuados para expresar la intercomunicación de un animal con su entorno, vivo o no, y sólo tenemos la palabra "olfato", por ejemplo, para incluir toda la gama de delicadas emociones que murmuran en la nariz del animal noche y día, llamando, advirtiendo, incitando, repeliendo. Fue una de estas misteriosas llamadas de hadas del vacío la que de repente llegó a Topo en la oscuridad, haciéndole estremecerse con su atractivo tan familiar, aunque todavía no podía recordar claramente de qué se trataba. Se detuvo en seco, y su nariz buscó de un lado a otro en su esfuerzo por recuperar el fino fragmento, la corriente telegráfica que tanto le había conmovido. Un momento, y lo había captado de nuevo; y con él llegó esta vez el recuerdo en toda su plenitud.

El hogar. Eso era lo que significaban aquellas caricias, aquellas suaves caricias que flotaban en el aire, aquellas pequeñas manos invisibles que tiraban y tiraban, ¡todo en una dirección! Debía de estar muy cerca de él en aquel momento, su antiguo hogar, que había abandonado precipitadamente y nunca había vuelto a buscar, aquel día en que encontró el río por primera vez. Y ahora estaba enviando sus exploradores y mensajeros para capturarlo y traerlo. Desde su huida en aquella brillante mañana apenas había pensado en ello, tan absorto había estado en su nueva vida, en todos sus placeres, sus sorpresas, sus experiencias frescas y cautivadoras. Ahora, con una ráfaga de viejos recuerdos, ¡qué claramente se alzaba ante él, en la oscuridad! Deteriorada, pequeña y mal amueblada, y sin embargo suya, la casa que se había construido, la casa a la que tan feliz se había sentido de volver después de su jornada de trabajo.

Y la casa también había sido feliz con él, evidentemente, y le echaba de menos, y le quería de vuelta, y se lo decía, por la nariz, con pena, con reproche,

pero sin amargura ni cólera, sólo con un lastimero recordatorio de que estaba allí y lo quería.

La llamada era clara, la citación era clara. Debía obedecerla al instante e ir.

Ratita -llamó, lleno de alegre excitación-, ¡aguanta! Vuelve. Te necesito, rápido! Vamos, Topo, hazlo", respondió alegremente la Rata, que seguía avanzando.

Por favor, detente, Ratita", suplicó el pobre Topo, angustiado. ¡No lo entiendes! ¡Es mi hogar, mi viejo hogar! Acabo de sentir su olor, y está muy cerca de aquí, realmente muy cerca. ¡Y debo ir a él, debo, debo! ¡Oh, vuelve, Ratita! Por favor, por favor, ¡vuelve! La Rata estaba para entonces muy adelante, demasiado lejos para oír claramente lo que el Topo llamaba, demasiado lejos para captar la aguda nota de dolorosa súplica en su voz. Y estaba muy ocupada con el clima, porque él también podía oler algo, algo sospechosamente parecido a la nieve que se acercaba.

Topo, no debemos detenernos ahora, de verdad. Vendremos a buscarlo mañana, sea lo que sea lo que has encontrado. Pero no me atrevo a parar ahora... ¡es tarde, y está nevando de nuevo, y no estoy segura del camino! Y quiero tu nariz, Topo, así que ven rápido, ¡hay, buen compañero! Y la Rata siguió su camino sin esperar respuesta.

El pobre Topo se quedó solo en el camino, con el corazón desgarrado y un gran sollozo agolpándose, agolpándose, en algún lugar de su interior, para saltar pronto a la superficie, él lo sabía, en una apasionada huida. Pero incluso bajo una prueba como ésta, su lealtad hacia su amiga se mantuvo firme. Ni por un momento soñó con abandonarle. Mientras tanto, las corrientes de aire de su antiguo hogar le suplicaban, susurraban, conjuraban y, finalmente, le reclamaban imperiosamente. No se atrevió a permanecer más tiempo dentro de su círculo mágico. Con un tirón que le desgarró la fibra sensible, se puso de cara al camino y siguió sumisamente la pista de la Rata, mientras unos leves y finos olores, que seguían persiguiendo su nariz en retirada, le reprochaban su nueva amistad y su insensible olvido.

Con un esfuerzo alcanzó a la desprevenida Rata, que empezó a parlotear alegremente sobre lo que harían cuando volvieran, y lo alegre que sería un fuego de leños en el salón, y la cena que pensaba comer; sin darse cuenta del silencio y el angustioso estado de ánimo de su compañero. Al fin, sin embargo, cuando habían avanzado un trecho considerable y pasaban junto a unos tocones de árbol al borde de un bosquecillo que bordeaba el camino, se detuvo y dijo amablemente: "Mira, Topo, viejo amigo, pareces muerto de cansancio. Ya no hablas y arrastras los pies como si fueran de plomo. Nos sentaremos aquí un momento y descansaremos. La nieve ha se aguantado hasta ahora, y la mejor parte de nuestro viaje ha terminado".

El topo se recostó en el muñón de un árbol y trató de controlarse, porque sintió que se le venía encima. El sollozo con el que había luchado tanto tiempo se negaba a ser vencido. Arriba y arriba, forzó su camino al aire, y luego otro, y otro, y otros gruesos y rápidos; hasta que el pobre Topo al fin abandonó la lucha, y lloró libremente e impotente y abiertamente, ahora que sabía que todo había terminado y había perdido lo que difícilmente podría decirse que había encontrado.

La Rata, asombrada y consternada por la violencia del paroxismo de dolor de Topo, no se atrevió a hablar durante un rato. Por fin dijo, muy tranquila y comprensiva: "¿Qué te pasa, viejo amigo? ¿Qué te ocurre? Cuéntame tu problema y déjame ver qué puedo

hacer". Al pobre Topo le resultaba difícil pronunciar palabra alguna entre las sacudidas de su pecho que se sucedían tan rápidamente y retenía el habla y lo ahogaba a medida que llegaba. Sé que es un sitio feo y sucio", sollozó al fin, entrecortadamente: No es como tus acogedores aposentos, o la hermosa sala de Sapo, o la gran casa de Tejón, pero era mi pequeño hogar y le tenía cariño, y me fui y lo olvidé todo, y entonces lo olí de repente, en el camino, cuando te llamé y no me escuchaste, Rata, y todo volvió a mí con una ráfaga, ¡y lo quise! Y cuando no quisiste volver, Ratita, y tuve que dejarlo, aunque lo olía todo el tiempo, pensé que se me rompería el corazón. Podríamos haber ido a echarle un vistazo, Ratita, sólo un vistazo, estaba cerca, pero no quisiste volver, Ratita, ¡no quisiste volver! ¡Oh, querido, oh, querido!

El recuerdo le trajo nuevas oleadas de dolor, y los sollozos volvieron a apoderarse de él, impidiéndole seguir hablando.

La Rata se quedó mirando fijamente al frente, sin decir nada, sólo acariciando suavemente a Topo en el hombro. Al cabo de un rato murmuró sombríamente: "¡Ahora lo veo todo! ¡Qué cerda he sido! Una cerda, ése soy yo, sólo una cerda, una simple cerda". Esperó hasta que los sollozos de Topo se hicieron gradualmente menos tempestuosos y más rítmicos; esperó hasta que por fin los olfateos fueron frecuentes y los sollozos sólo intermitentes. Entonces se levantó de su asiento y, comentando despreocupadamente: "Bueno, ahora será mejor que nos pongamos en marcha, viejo amigo", emprendió de nuevo el camino por la penosa senda por la que habían venido.

¿Adónde vas, Ratita? gritó el lloroso Topo, mirando alarmado hacia arriba.

Vamos a encontrar esa casa tuya, viejo amigo -respondió la Rata agradablemente-, así que será mejor que nos acompañes, porque nos costará encontrarla y necesitaremos tu olfato". Oh, vuelve, Ratita!" gritó el Topo, levantándose y corriendo tras él.

Te digo que es inútil. Es demasiado tarde, y está demasiado oscuro, y el lugar está demasiado lejos, ¡y se acerca la nieve! Y... y nunca quise que supieras que me sentía así al respecto... ¡todo fue un accidente y un error! Y piensa en River Bank y en tu cena". River Bank y la cena pueden esperar", dijo la Rata con entusiasmo. Te digo que voy a encontrar este lugar ahora, si me quedo fuera toda la noche. Así que ánimo, viejo amigo, y toma mi brazo, y muy pronto estaremos de vuelta allí de nuevo ". Todavía resoplando, suplicante y renuente, Topo se dejó arrastrar de vuelta por el camino por su imperioso compañero, quien mediante un flujo de alegres charlas y anécdotas se esforzó por tranquilizar su ánimo y hacer que el cansado camino pareciera más corto. Cuando por fin le pareció a la Rata que debían estar acercándose a esa parte del camino donde el Topo había sido " asaltado por los olores de su hogar", dijo, "Ahora, basta de hablar. ¡A trabajar! Usa tu nariz y concéntrate en ello". Avanzaron en silencio un trecho, cuando de pronto la Rata fue consciente, a través de su brazo que estaba enlazado con el de Topo, de una tenue especie de estremecimiento eléctrico que recorría el cuerpo de aquel animal. Instantáneamente se separó, retrocedió un paso y esperó, toda atención.

¡Las señales estaban llegando!

Topo permaneció un momento rígido, mientras su nariz levantada, temblando ligeramente, palpaba el aire. Luego, una corta y rápida carrera hacia adelante, un fallo, un control, un intento de vuelta, y luego un lento, firme y confiado avance.

La Rata, muy excitada, se mantuvo cerca de sus talones mientras el Topo, con aire de sonámbulo, cruzó una zanja seca, trepó a través de un seto, y se abrió camino sobre un campo abierto y sin huellas y desnudo en la débil luz de las estrellas.

De repente, sin previo aviso, se zambulló; pero la Rata estaba alerta y le siguió rápidamente por el túnel al que su olfato infalible le había guiado fielmente.

Era estrecho y sin aire, y el olor a tierra era fuerte, y a la Rata le pareció mucho tiempo antes de que el pasaje terminara y pudiera erguirse, estirarse y sacudirse. El Topo encendió un fósforo, y por su luz la Rata vio que ellos estaban parados en un espacio abierto, pulcramente barrido y lijado bajo los pies, y directamente frente a ellos estaba la pequeña puerta principal del Topo, con "EL TOPO" pintado, en letras góticas, sobre el tirador de la campana al costado.

Topo descolgó un farol de un clavo de la pared y lo encendió, y la Rata, mirando a su alrededor, vio que estaban en una especie de patio delantero. A un lado de la puerta había una jardinera y al otro un rodillo, porque el topo, que era un animal ordenado cuando estaba en casa, no soportaba que otros animales le patearan el suelo y lo convirtieran en pequeñas carreras que acababan en montones de tierra. De las paredes colgaban cestos de alambre con helechos, alternados con soportes que llevaban estatuas de yeso: Garibaldi, el niño Samuel, la reina Victoria y otros héroes de la Italia moderna. A un lado del patio delantero había una bolera, con bancos a lo largo y mesitas de madera marcadas con anillos que indicaban jarras de cerveza. En el centro había un pequeño estanque redondo con peces dorados y rodeado de un borde de conchas de caracolas.

En el centro del estanque se alzaba una fantástica figura vestida con más conchas de caracolas y coronada por una gran bola de cristal plateado que lo reflejaba todo mal y producía un efecto muy agradable.

El rostro de Topo se iluminó al ver todos aquellos objetos tan queridos para él, y Rata se apresuró a cruzar la puerta, encendió una lámpara en el vestíbulo y echó un vistazo a su antiguo hogar. Vio el polvo que lo cubría todo, vio el aspecto triste y abandonado de la casa durante tanto tiempo descuidada, sus dimensiones estrechas y escasas, su contenido gastado y destartado... y se desplomó de nuevo en un sillón del vestíbulo, con la nariz pegada a las patas. Ratita -exclamó consternado-, ¿por qué lo hice? Por qué te traje a este pobre y frío lugar, en una noche como ésta, cuando podrías haber estado en River Bank a esta hora, tostándote los dedos de los pies ante un fuego ardiente, con todas tus cosas bonitas a tu alrededor". La Rata no prestó atención a sus tristes autorreproches. Corría de aquí para allá, abriendo puertas, inspeccionando habitaciones y armarios, encendiendo lámparas y velas y colocándolas por todas partes. Qué casita tan bonita', exclamó alegremente. ¡Tan compacta! ¡Tan bien planeada! Todo aquí y todo en su sitio. Pasaremos una noche estupenda. Lo primero que necesitamos es un buen fuego; yo me ocuparé de eso... siempre sé dónde encontrar las cosas. ¿Así que este es el salón? ¡Espléndido! ¿Tu propia idea, esos pequeños troncos para dormir en la pared? ¡Estupendo! Ahora traeré la leña y el carbón, y tú coge un plumero, Topo -encontrarás uno en el cajón de la mesa de la cocina- e intenta arreglar un poco las cosas. Muévete, viejo amigo". Animado por su inspiradora compañera, el Topo se levantó y limpió y brillantó con energía y entusiasmo, mientras la Rata, corriendo de un lado a otro con brazadas de combustible, pronto tuvo un alegre fuego rugiendo en la chimenea. Llamó al Topo

para que viniera a calentarse; pero el Topo enseguida tuvo otro ataque de melancolía, dejándose caer en un sofá con oscura desesperación y enterrando la cara en su plumero. Rata", gimió, "¿qué hay de tu cena? Pobrecita, con frío, hambrienta y cansada. No tengo nada que darte, nada, ni una migaja". Qué hombre eres para dejarte vencer así!" dijo la Rata con reproche. Hace un momento he visto claramente un abridor de sardinas en el aparador de la cocina, y todo el mundo sabe que eso significa que hay sardinas en algún lugar de los alrededores. Levántate, recomparte y ven conmigo a buscar comida". Fueron, pues, a buscar en todos los armarios y cajones. El resultado no fue tan deprimente después de todo, aunque por supuesto podría haber sido mejor: una lata de sardinas, una caja de galletas de capitán, casi llena, y una salchicha alemana envuelta en papel de plata.

Ahí tienes un banquete", observó la Rata mientras arreglaba la mesa. Conozco algunos animales que darían sus orejas por sentarse a cenar con nosotros esta noche". Sin pan", gimió dolorosamente el Topo, "sin mantequilla, sin..." "¡Sin paté de foie gras, sin champán!", continuó la Rata, sonriendo. Y eso me recuerda... ¿qué es esa puertecita al final del pasillo? La bodega, por supuesto. Todo el lujo de esta casa. Espera un momento. Se dirigió a la puerta de la bodega y reapareció al poco rato, algo polvoriento, con una botella de cerveza en cada pata y otra bajo el brazo. "Parece que eres un mendigo autoindulgente, Topo", observó. No te niegues nada. Este es realmente el lugar más alegre en el que he estado. ¿De dónde has sacado esas huellas? Hacen que el lugar parezca tan hogareño. No me extraña que te guste tanto, Topo. Cuéntame todo sobre él, y cómo llegaste a convertirlo en lo que es.

Entonces, mientras la Rata se afanaba en ir a buscar platos, cuchillos y tenedores, y mostaza que mezclaba en una huevera, el Topo, con el pecho aún agitado por la tensión de su reciente emoción, relataba -al principio con cierta timidez, pero con más libertad a medida que se acercaba a su tema- cómo se planeó esto, y cómo se pensó aquello, y cómo se consiguió esto gracias a una ganancia inesperada de una tía, y aquello fue un hallazgo maravilloso y una ganga, y esto otro se compró con laboriosos ahorros y una cierta cantidad de "privarse de muchas cosas". Sus ánimos finalmente restaurados, él debía ir y acariciar sus posesiones, y tomar una lámpara y mostrar sus puntos a su visitante y explayarse sobre ellos, bastante olvidado de la cena que ambos tanto necesitaban; Rata, quien estaba desesperadamente hambrienta pero se esforzaba por ocultarlo, asintiendo seriamente, examinando con una frente fruncida, y diciendo, "maravilloso," y "muy notable," a intervalos, cuando la oportunidad para una observación le era dada.

Por fin la Rata consiguió atraerlo a la mesa, y acababa de ponerse a trabajar en serio con el abridor de sardinas cuando se oyeron sonidos procedentes del patio exterior, sonidos como el roce de pies pequeños en la grava y un murmullo confuso de voces diminutas, mientras les llegaban frases entrecortadas: "Ahora, todos en fila, mantened la linterna un poco levantada, Tommy, aclarad primero vuestras gargantas, nada de toser después de que yo diga uno, dos, tres...". ¿Dónde está el joven Bill? Aquí, vamos, todos estamos esperando..." "¿Qué pasa?" preguntó la Rata, haciendo una pausa en su trabajo.

Creo que deben ser los ratones de campo", contestó el Topo, con un toque de orgullo en sus modales. En esta época del año suelen cantar a coro.

Son toda una institución por estos lares. Y nunca me pasan por alto: vienen a La Casa de Topo al final de su recorrido; y yo solía darles bebidas calientes, y también cena a veces, cuando podía permitírmelo. Será como en los viejos tiempos volver a oírlos". Vamos a verlos", gritó la Rata, saltando y corriendo hacia la puerta.

Cuando abrieron la puerta de par en par, se encontraron con un bonito espectáculo. En el patio delantero, iluminado por los tenues rayos de una antorcha de cuerno, había unos ocho o diez ratoncillos de campo en semicírculo, con edredones de estambre rojo alrededor de la garganta, las patas delanteras metidas en los bolsillos y los pies sacudiéndose para entrar en calor. Con ojos brillantes se miraban tímidamente unos a otros, riéndose un poco, olfateando y frotándose las mangas del abrigo. Cuando se abrió la puerta, uno de los mayores, que llevaba el farol, dijo: "¡Ahora, uno, dos, tres! y de inmediato sus chillonas vocecillas se elevaron en el aire, cantando uno de los viejos cantos que sus antepasados componían en los campos de barbecho sujetos por la escarcha, o cuando estaban atrapados por la nieve en los rincones de las chimeneas, y que se transmitían para ser cantados desde las calles cenagosas hasta las ventanas iluminadas por las lámparas en la época de Navidad. -

CÁNTICO

Aldeanos todos, en esta marea helada, Dejad que vuestras puertas se abran de par en par, Aunque nos siga el viento y la nieve, Atraednos junto a vuestro fuego para descansar; ¡La alegría será vuestra por la mañana! Aquí estamos, en el frío y el aguanieve, soplando los dedos y zapateando los pies, Venimos de muy lejos a saludarte junto al fuego y nosotros en la calle, ¡pidiéndote alegría por la mañana!

Porque antes de que la mitad de la noche se haya ido, De repente una estrella nos ha guiado, Lloviendo felicidad y bendición Felicidad mañana y más pronto, ¡Alegría para cada mañana!

El buen José se afanaba en la nieve Vio la estrella sobre un establo bajo; María no podía ir más lejos ¡Bienvenida paja, y litera abajo!

Y entonces oyeron a los ángeles decir: "¿Quién fue el primero en gritar Navidad?

Animales todos, como sucedió, ¡En el establo donde moraban! La alegría será suya por la mañana'.

Cesaron las voces, los cantores, tímidos pero sonrientes, intercambiaron miradas de reojo, y se hizo el silencio, pero sólo por un momento. Entonces, desde lo alto y a lo lejos, por el túnel que tan recientemente habían recorrido, llegó a sus oídos, en un débil zumbido musical, el sonido de unas campanas lejanas que repicaban alegre y estruendosamente.

Muy bien cantado, muchachos", gritó la Rata con entusiasmo. Y ahora entrad todos y calentaos junto al fuego y tomad algo caliente. Sí, vamos, ratones de campo -exclamó el Topo con entusiasmo-. Esto es como en los viejos tiempos. Cerrad la puerta. Acérquense al fuego. Espera un momento, mientras nosotros... ¡Oh, Ratita! gritó desesperado, echándose sobre un asiento, con lágrimas inminentes. ¿Qué estamos haciendo? No tenemos nada que darles". Déjenmelo a mí", dijo la magistral Rata. Hey, tú, el de la linterna. Ven por aquí. Quiero hablar contigo. Dime, ¿hay alguna tienda abierta a estas horas de la noche? Por supuesto, señora -respondió respetuosamente el ratón de campo-. En esta época del año nuestras tiendas están abiertas a todas horas". Pues mira", dijo la Rata.

Aquí siguió una conversación muy murmurada, de la que el Topo sólo oyó algunos fragmentos, como: "Fresco, ¡cuidado!

no,

una libra de eso bastará- procura conseguir la de Buggins, porque no tendré otra- no, sólo la mejor- si no puedes conseguirla allí, prueba en otro sitio- sí, por supuesto, casera, nada de enlatada- bueno, entonces, ¡hazlo lo mejor que puedas!". Por último, se oyó un tintineo de monedas que pasaban de una pata a otra, el ratón de campo recibió una amplia cesta para sus compras y se apresuró a marcharse con su linterna.

El resto de los ratones de campo, encaramados en fila sobre el banco, balanceando sus pequeñas patas, se entregaron al disfrute del fuego y tostaron sus sabañones hasta que les hormiguearon; mientras el Topo, al no conseguir que entablaran una conversación fácil, se sumergió en la historia familiar e hizo que cada uno de ellos recitara los nombres de sus numerosos hermanos, que eran demasiado jóvenes, al parecer, para que se les permitiera salir a cantar para festejar el fin de este año, pero que esperaban obtener muy pronto el consentimiento paterno.

La Rata, mientras tanto, estaba ocupada examinando la etiqueta de una de las botellas de jalea.

Me parece que es Old Burton", observó con aprobación. "¡Topo sensato! ¡Eso es! Ahora podremos beber un poco de jalea tibia. Prepara las jarras, Topo, mientras saco los corchos". No se tardó mucho en preparar el brebaje y meter el calentador de lata en el rojo corazón del fuego, y pronto todos los ratones de campo estaban sorbiendo, tosiendo y ahogándose (pues un poco de jalea tibia ayuda mucho), enjugándose los ojos, riendo y olvidando que habían pasado frío en toda su vida.

Estos tipos también actúan", explicó el Topo a la Rata. Se las inventan ellos solos y luego las representan. Y lo hacen muy bien. El año pasado nos representaron una muy buena, sobre un ratón de campo que fue capturado en el mar por un corsario bárbaro y obligado a remar en una galera; y cuando escapó y volvió a casa, su amada se había metido en un convento. ¡Hey, tú! Tú estuviste en allí, lo recuerdo. Levántate y recita un poco". El ratón de campo se levantó sobre sus patas, soltó una risita tímida, miró alrededor de la habitación y se quedó absolutamente mudo. Sus compañeros lo animaron, Topo lo alentó y la Rata llegó a tomarlo por los hombros y sacudirlo, pero nada pudo vencer su miedo escénico. Estaban todos muy ocupados con él, como aguadores que aplican las normas de la Royal Humane Society a un caso de inmersión prolongada, cuando sonó el picaporte, se abrió la puerta y reapareció el ratón de campo con la linterna, tambaleándose bajo el peso de su cesta.

Una vez que el contenido real y sólido de la cesta se hubo derramado sobre la mesa, ya no se habló más de juegos. Bajo la dirección de Rata, todo el mundo se puso a hacer algo o a traer algo. En pocos minutos la cena estuvo lista, y Topo, mientras tomaba la cabecera de la mesa en una especie de sueño, vio una mesa, hasta entonces estéril, repleto de sabrosos manjares; vio los rostros de sus amiguitos iluminarse y brillar mientras se ponían a la mesa sin demora; y luego se soltó -porque estaba realmente hambriento- sobre la provisión tan mágicamente provista, pensando qué feliz regreso a casa había resultado, después de todo. Mientras comían, hablaron de los viejos tiempos, y los ratones de campo le contaron los chismes locales al día, y respondieron tan bien como pudieron a las cien preguntas que él tenía que hacerles. La Rata dijo poco o nada, sólo se preocupó de que cada invitado tuviera lo que quisiera, y en abundancia, y de que Topo no tuviera problemas ni ansiedad por nada.

Se marcharon al fin, muy agradecidos y deseándoles felices fiestas, con los bolsillos de las chaquetas llenos de recuerdos para los hermanos y hermanas pequeños de casa.

Cuando la puerta se cerró para el último de ellos y el tintineo de las linternas se apagó, Topo y Rata encendieron el fuego, acercaron sus sillas, se prepararon una última copa de jalea caliente y comentaron los acontecimientos del largo día. Por fin la Rata, con un tremendo bostezo, dijo: "Topo, viejo amigo, estoy a punto de caerme". Somnoliento no es la palabra adecuada. ¿Es esa tu litera? Muy bien, entonces me quedo con ésta. ¡Qué casita más bonita! ¡Todo tan a mano!

Subió a su litera y se envolvió bien en las mantas, y el sueño la recogió de inmediato, como una hilera de cebada se pliega en los brazos de la segadora.

El cansado Topo también se alegró de acostarse sin demora, y pronto tuvo la cabeza sobre la almohada, con gran alegría y satisfacción. Pero antes de cerrar los ojos, los dejó vagar por su vieja habitación, dulcificados por el resplandor de la luz del fuego que jugaba o descansaba sobre cosas familiares y amistosas que habían formado parte de él inconscientemente durante mucho tiempo, y que ahora lo recibían sonrientes, sin rencor. Ahora estaba justo en el estado de ánimo en el que la rata con tacto había trabajado silenciosamente para provocar en él. Veía claramente cuán simple y sencillo -cuán estrecho, incluso- era todo aquello; pero también claramente cuánto significaba todo aquello para él, y el valor especial de un anclaje así en la existencia de uno. No quería en absoluto abandonar la nueva vida y sus espléndidos espacios, dar la espalda al sol y al aire y a todo lo que le ofrecían y arrastrarse a casa y quedarse allí; el mundo superior era demasiado fuerte, todavía le llamaba, incluso allí abajo, y sabía que debía volver al escenario más grande. Pero era bueno pensar que tenía esto para volver, este lugar que era todo suyo, estas cosas que se alegraban tanto de verle de nuevo y con las que siempre podía contar para la misma sencilla bienvenida.

VI

EL SEÑOR SAPO

Era una mañana luminosa de principios de verano; el río había recuperado sus orillas y su ritmo acostumbrado, y un sol ardiente parecía estar arrancando todo lo verde, tupido y espinoso de la tierra hacia él, como si estuviera sujeto por cuerdas.

El Topo y la Rata de agua llevaban levantados desde el amanecer, muy ocupados en asuntos relacionados con los barcos y la apertura de la temporada de navegación; pintando y barnizando, remendando remos, reparando cojines, buscando ganchos perdidos, etc.; y estaban terminando de desayunar en su pequeño salón y discutiendo con entusiasmo sus planes para el día, cuando sonó un fuerte golpe en la puerta.

Caramba!", dijo la Rata, todo huevo. A ver quién es, Topo, como buen chico, ya que has terminado". El Topo fue a atender la llamada, y la Rata le oyó lanzar un grito de sorpresa. Entonces abrió de golpe la puerta del salón y anunció con mucha importancia: "¡Señor Tejón!". Era algo maravilloso, en verdad, que el Tejón los visitara formalmente, o de hecho a cualquiera. Generalmente había que atraparlos, si se le buscaba mucho, mientras se deslizaba silenciosamente a lo largo de un seto por la mañana temprano o al atardecer, o bien cazarlo en su propia casa en medio del bosque, lo cual era una empresa seria.

El Tejón entró pesadamente en la habitación y se quedó mirando a los dos animales con una expresión llena de seriedad. La Rata dejó caer la cuchara sobre el mantel y se quedó boquiabierto.

Ha llegado la hora", dijo por fin el Tejón con gran solemnidad.

¿Qué hora?" preguntó la Rata con inquietud, mirando el reloj de la repisa de la chimenea. La hora de quién, más bien habría que decir", respondió el Tejón. Vaya, ¡la hora de Sapo! ¡La hora de Sapo! Dije que me ocuparía de él en cuanto terminara el invierno, y hoy me ocuparé de él". La hora de Sapo, por supuesto", gritó el Topo encantado. ¡Hurra! ¡Ahora me acuerdo! Le enseñaremos a ser un sapo sensato". Esta misma mañana -continuó el Tejón, sentándose en un sillón-, según me enteré anoche de fuente fidedigna, llegará a la Mansión del Sapo otro nuevo y excepcionalmente potente coche que se puede devolver si a Sapo no le gusta. En este mismo momento, tal vez, Sapo esté ocupado vistiéndose con esos atuendos singularmente horribles tan queridos por él, que lo transforman de un Sapo, (comparativamente) bien parecido a un Objeto que provoca un violento ataque a cualquier animal de mente decente que se cruce con él. Debemos ponernos en marcha antes de que sea demasiado tarde. Ustedes dos, animales, acompáñenme de inmediato a la Mansión del Sapo, y el trabajo de rescate estará terminado".

Tienes razón", gritó la Rata, poniéndose en pie. ¡Rescataremos al infeliz animal! ¡Lo convertiremos! Será el sapo más convertido que jamás haya existido antes de que hayamos terminado con él". Partieron camino arriba en su misión de misericordia, con Tejón a la cabeza.

Los animales, cuando están en compañía, caminan de una manera apropiada y sensata, en fila india, en lugar de desparramarse por todo el camino y no ser útiles ni apoyarse unos a otros en caso de problemas o peligros repentinos.

Llegaron a la entrada de carruajes de Toad Hall y encontraron, como el Tejón había anticipado, un reluciente coche nuevo, de gran tamaño, pintado de rojo brillante (el color favorito de Sapo), parado frente a la casa. Cuando se acercaron a la puerta, ésta se abrió de par en par, y el señor Sapo, ataviado con gafas, gorro, polainas y un enorme abrigo, bajó los escalones pavoneándose y se puso los guantes con guantelete.

Hola, vamos, muchachos -gritó alegremente al verlos-.

Llegan justo a tiempo para venir conmigo a divertirse... a divertirse... a... divertirse..." Su sincero acento vaciló y se desvaneció al notar la severa e inflexible mirada de sus silenciosos amigos, y su invitación quedó inconclusa.

El Tejón subió los escalones. Llénenlo adentro", dijo severamente a sus compañeros. Luego, mientras Sapo era empujado a través de la puerta, forcejeando y protestando, se volvió hacia el chofer a cargo del nuevo automóvil.

Me temo que hoy no le necesitaremos -dijo-. El señor Sapo ha cambiado de opinión. No necesitará el coche. Entienda que es definitivo. No tiene por qué esperar. Siguió a los demás al interior y cerró la puerta.

Cuando los cuatro estuvieron juntos en el vestíbulo, le dijo al Sapo: "En primer lugar, quítate esas cosas ridículas". Sapo respondió con gran ánimo: "¡No! ¿Qué significa este ultraje? Exijo una explicación inmediata". Quitádselas, entonces, vosotros dos", ordenó brevemente el Tejón.

Tuvieron que tumbar a Sapo en el suelo, pateándole y llamándole de todo, antes de que pudieran ponerse a trabajar en condiciones. Entonces la Rata se sentó sobre él, y el Topo le fue quitando poco a poco la ropa ridícula, y volvieron a ponerlo sobre sus patas. Una buena parte de su espíritu bravucón parecía haberse evaporado con la retirada de su fina indumentaria. Ahora que no era más que Sapo, y ya no el Terror de la Carretera, soltó una risita débil y miró a uno y a otro de forma suplicante, pareciendo comprender la situación.

Sabías que tarde o temprano llegaríamos a esto, Sapo", explicó el Tejón con severidad. Has hecho caso omiso de todas las advertencias que te hemos hecho, has seguido despilfarrando el dinero que te dejó tu padre y nos estás dando mala fama a los animales del distrito con tu furiosa forma de conducir, tus choques y tus peleas con la policía. La independencia está muy bien, pero los animales nunca permitimos que nuestros amigos hagan el ridículo más allá de cierto límite; y tú has llegado a ese límite. Ahora, eres un buen tipo en muchos aspectos, y no quiero ser demasiado duro contigo. Haré un esfuerzo más para que entres en razón. Vendrás conmigo a la sala de fumadores, y allí oirás algunos hechos sobre ti; y veremos si sales de esa sala siendo el mismo Sapo que entraste'. Tomó a Sapo firmemente del brazo, lo condujo a la sala de fumadores y cerró la puerta tras ellos. Eso no sirve de nada", dijo la Rata despectivamente. Hablar con Sapo nunca lo curará. Dirá cualquier cosa". Se acomodaron en los sillones y esperaron pacientemente.

A través de la puerta cerrada apenas podían oír el largo y continuo zumbido de la voz del Tejón, que subía y bajaba en oleadas de oratoria; y pronto notaron que el sermón comenzaba a ser interrumpido a intervalos por largos sollozos, que evidentemente salían del pecho de Sapo, que era un tipo de corazón blando y afectuoso, muy fácil de convertir -por el momento- a cualquier punto de vista.

Al cabo de unos tres cuartos de hora se abrió la puerta y reapareció el Tejón, llevando solemnemente de la pata a un Sapo muy flácido y abatido. La piel le colgaba flojamente, las patas le flaqueaban y tenía las mejillas surcadas por las lágrimas, tan abundantemente arrancadas por el conmovedor discurso del Tejón.

Siéntate ahí, Sapo -dijo amablemente el Tejón, señalándole una silla-. Amigos míos -continuó-, me complace informarles que Sapo por fin ha visto el error de sus caminos. Está realmente arrepentido de su equivocada conducta en el pasado, y se ha comprometido a renunciar por completo y para siempre a los automóviles. Tengo su promesa solemne a tal efecto". Son muy buenas noticias", dijo el Topo con gravedad.

En efecto, son muy buenas noticias -observó la Rata dubitativa-, si tan sólo... si tan sólo... -Miraba fijamente a Sapo mientras decía esto, y no pudo evitar pensar que percibía algo vagamente parecido a un brillo en los ojos aún apenados de aquel animal.

Sólo queda una cosa por hacer -continuó el Tejón satisfecho-.

Sapo, quiero que repitas solemnemente ante tus amigos lo que me acabas de confesar en el salón para fumadores. En primer lugar, ¿estás arrepentido de lo que has hecho y te das cuenta de la locura que has cometido? Hubo una larga, larga pausa. Sapo miraba desesperado a un lado y a otro, mientras los demás animales aguardaban en grave silencio. Por fin habló.

No -dijo, un poco hosco, pero con firmeza-, no lo lamento. Y no fue ninguna locura. Fue simplemente glorioso". ¿Qué?", gritó el Tejón, muy escandalizado. -Animal engañoso... No me dijiste ahí dentro...

"Sí, sí, ahí dentro". Dijo con impaciencia el Sapo. Habría dicho cualquier cosa allí. Eres tan elocuente, querido Tejón, y tan conmovedor, y tan convincente, y expones todos tus puntos tan terriblemente bien que puedes hacer lo que quieras conmigo ahí dentro, y lo sabes. Pero he estado escudriñando mi mente desde entonces, y repasando cosas en ella, y me he dado cuenta de que en realidad no estoy ni un poco arrepentido, así que de nada sirve decir que lo estoy, ¿verdad? Entonces, ¿no prometes -dijo el Tejón- no volver a tocar un automóvil? Sapo respondió enfáticamente: "¡Claro que no! Al contrario, prometo fielmente que al primer coche de motor que vea, ¡me iré en él! Te lo dije, ¿verdad?", recalcó la Rata al Topo.

Muy bien, entonces", dijo el Tejón con firmeza, poniéndose de pie. Ya que no cedes a la persuasión, probaremos con la fuerza. Siempre temí que llegaríamos a esto. A menudo nos has pedido a los tres que viniéramos y nos quedáramos contigo, Sapo, en esta hermosa casa tuya; pues bien, ahora vamos a hacerlo. Cuando te hayamos convertido a un punto de vista adecuado podremos dejarlo, pero no antes. Llévenlo arriba, ustedes dos, y enciérrenlo en su dormitorio, mientras arreglamos los asuntos entre nosotros'. Es por tu propio bien, Sapo", dijo la Rata amablemente, mientras Sapo, pataleando y forcejeando, era arrastrado escaleras arriba por sus dos fieles amigos. Piensa en lo bien que lo pasaremos todos juntos, como antes, cuando hayas superado este doloroso problema tuyo". Cuidaremos de todo por ti hasta que te recuperes, Sapo -dijo el Topo-, y nos ocuparemos de que tu dinero no se malgaste, como ha sucedido hasta ahora. No más de esos lamentables incidentes con la policía, Sapo", dijo la Rata, mientras lo empujaban a su dormitorio.

Y no más semanas en el hospital, recibiendo órdenes de las enfermeras, Sapo", añadió el Topo, dándole la vuelta a la llave.

Bajaron la escalera, Sapo gritándoles impropiedades a través del ojo de la cerradura; y los tres amigos se reunieron entonces en conferencia sobre la situación.

Va a ser un asunto tedioso -dijo el Tejón, suspirando-. Nunca había visto a Sapo tan decidido. Mas sin embargo, lo resolveremos. No debemos dejarle ni un instante sin vigilancia. Tendremos que turnarnos para estar con él, hasta que el veneno se haya disuelto por sí solo en su organismo". Organizaron las guardias en consecuencia. Cada animal se turnaba para dormir en la habitación de Sapo por la noche y se repartían el día. Al principio, Sapo era sin duda muy molesto para sus cuidadosos guardianes. Cuando se apoderaba de él sus violentos paroxismos, disponía las sillas de la habitación en ruda semejanza de un automóvil y se agazapaba en la primera de ellas, inclinado hacia adelante y mirando fijamente hacia delante, haciendo ruidos groseros y espantosos, hasta alcanzar el clímax, cuando, dando una voltereta completa, yacía postrado entre las ruinas de las sillas, aparentemente completamente satisfecho por el momento. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, estos dolorosos ataques se hacían cada vez menos frecuentes, y sus amigos se esforzaban por desviar su mente hacia otros derroteros. Pero su interés por otros asuntos no parecía revivir, y se volvió aparentemente lánguido y deprimido.

Una buena mañana, la Rata, a quien le tocaba ir de guardia, subió a relevar al Tejón, a quien encontró inquieto por salir y estirar las piernas en un largo paseo alrededor de su bosque y por sus tierras y madrigueras. Sapo todavía está en la cama", le dijo a la Rata, fuera de la puerta. No puede conseguir mucho de él, excepto... "O déjelo solo, él no quiere nada, quizás se le quite pronto, puede que con el tiempo, no vaya a ser que se ponga excesivamente ansioso," o algo así. Ahora, ¡cuidado, Rata! Cuando Sapo está tranquilo y sumiso, y jugando a ser el héroe de un premio de escuela dominical, entonces está en su mejor momento. Seguro que algo pasa. Lo conozco. Bueno, ahora, debo irme'. ¿Cómo estás hoy, viejo amigo? preguntó la Rata alegremente, mientras se acercaba a la cama de Sapo.

Él tuvo que esperar algunos minutos para una respuesta. Por fin una voz débil contestó, "¡Muchas gracias, querida Ratita! ¡Qué bien que preguntes! Pero dime primero cómo estás tú y el excelente Topo. Estamos bien", respondió la Rata. Topo", añadió tímidamente, "va a salir a dar una vuelta con Tejón. Estarán fuera hasta la hora del almuerzo, así que tú y yo pasaremos una agradable mañana juntos, y yo haré todo lo posible por entretenerte. Ahora levántate, buen chico, y no te quedes ahí deprimido en una mañana tan bonita como ésta". Querida y amable Rata", murmuró Sapo, "¡qué poco te das cuenta de mi condición, y qué lejos estoy de "levantarme" ahora, si es que alguna vez lo hice! Pero no te preocupes por mí.

Odio ser una carga para mis amigos, y no espero serlo por mucho tiempo. De hecho, casi no espero nada. Bueno, yo también espero que no", dijo la Rata de todo corazón. Has sido una gran molestia para nosotros todo este tiempo, y me alegra oír que va a terminar. Y con un tiempo como éste, ¡y la temporada de navegación recién comenzada! ¡Qué lástima, Sapo! No nos preocupa perder nada, pero nos estás haciendo perder muchas cosas!. Me temo que sí les molesta perderse toda la diversión de afuera por mi culpa, respondió el Sapo lánguidamente. Lo entiendo perfectamente. Es bastante natural. Estás cansada de molestarte por mi culpa. No debo pedirte nada más. Soy un estorbo, lo sé". Lo eres", dijo la Rata. Pero te digo que me tomaría todas las molestias del mundo por ti, con tal de que fueras un animal sensato". Si pensara eso, Ratita", murmuró Sapo, más débilmente que nunca, "entonces te rogaría -por última vez, probablemente- que fueras a la aldea lo más rápido posible

-aunque ahora sea demasiado tarde- y traieras al médico". Pero no te molestes. Es sólo un dolorcillo, y tal vez deberíamos dejar que las cosas sigan su curso'. ¿Para qué quieres un médico?", preguntó la Rata, acercándose y examinándolo. Ciertamente yacía muy quieto y plano, y su voz era cada vez más débil y su actitud muy cambiada.

Seguramente te has dado cuenta últimamente..." murmuró Sapo. Pero no, ¿por qué habrías de darte cuenta? Darse cuenta de las cosas es sólo una molestia. Mañana te dirás: "¡Oh, si me hubiera dado cuenta antes! Si hubiera hecho algo". Pero no, todo es un problema. No te preocupes, olvida que te lo pedí.

Mira, viejo -dijo la Rata, empezando a alarmarse-, por supuesto que te traeré un médico, si realmente crees que lo necesitas. Pero no puedes estar tan mal como para eso todavía. Hablemos de otra cosa" Me temo, querida amiga -dijo Sapo, con una triste sonrisa-, que "hablar" no sirve de mucho en un caso como éste... ni tampoco los médicos, por lo que; aun así, hay que agarrarse a cualquier clavo caliente. Y, por cierto, ya que estás en ello -detesto causarte más molestias, pero creo recordar que el abogado va a pasar por la puerta-, ¿te importaría pedirle al abogado que suba? Sería conveniente para mí, y hay momentos -quizás debería decir que hay un momento- en que uno debe enfrentarse a tareas desagradables, cueste lo que cueste con una condición tan dèvil. "¡Un abogado! Oh, debe ser realmente malo!" se dijo la asustada Rata, mientras salía apresuradamente de la habitación, sin olvidarse, sin embargo, de cerrar cuidadosamente la puerta con llave detrás de sí.

Fuera, se detuvo a reflexionar. Los otros dos estaban lejos y no tenía a nadie a quien consultar.

Es mejor ir sobre seguro -dijo, pensativa-. Siempre supe que Sapo se sentía terriblemente mal antes, sin la menor razón; ¡pero nunca le oí pedir un abogado! Si en realidad no le pasa nada, el médico le dirá que es un viejo imbécil y lo animará; y eso será algo ganado. Será mejor que le siga la corriente y me vaya; no tardaré mucho". Y corrió hacia la aldea en su misión de misericordia.

El Sapo, que había saltado de la cama en cuanto oyó girar la llave en la cerradura, la observó atentamente desde la ventana hasta que desapareció por el camino del carruaje. Luego, riendo a carcajadas, se vistió lo más rápido posible con el traje más elegante que pudo conseguir en ese momento, se llenó los bolsillos con dinero en efectivo que sacó de un pequeño cajón del tocador y, a continuación, anudó las sábanas de su cama y ató un extremo de la cuerda improvisada alrededor del travesaño central de la hermosa ventana Tudor que formaba parte de su dormitorio, salió, se deslizó suavemente hasta el suelo y, tomando la dirección opuesta a la de la rata, se marchó alegremente, silbando una alegre melodía.

Fue un almuerzo sombrío para Rata cuando el Tejón y el Topo regresaron, y tuvo que enfrentarse a ellos en la mesa con su lamentable y poco convincente historia.

Los cáusticos, por no decir brutales, comentarios del Tejón pueden ser imaginados, y por lo tanto pasados por alto; pero fue doloroso para la Rata que incluso el Topo, aunque se puso del lado de su amiga en la medida de lo posible, no pudo evitar decir: "¡Esta vez has sido un poco tontilla, Ratita! Sapo también, de todos los animales". Lo hizo muy bien", dijo la rata cabizbaja.

Lo hizo muy bien", replicó acaloradamente el Tejón. Sin embargo, hablar no arreglará las cosas. Se ha escapado por el momento, eso es seguro; y lo peor de todo es que estará tan engreído con lo que pensará que es su astucia que puede cometer cualquier locura. El

consuelo es que ahora somos libres, y no necesitamos perder más de nuestro precioso tiempo haciendo de centinelas. Pero será mejor que sigamos durmiendo en la casa de Sapo por un tiempo más. Sapo puede ser traído de vuelta en cualquier momento, en una camilla o entre dos policías". Así habló el Tejón, sin saber lo que le deparaba el futuro, ni cuánta agua, de carácter turbio, había de correr bajo los puentes antes de que Sapo volviera a sentarse a sus anchas en su ancestral Salón. Mientras tanto, Sapo, alegre e irresponsable, caminaba a paso ligero por la carretera, a algunas millas de casa. Al principio había tomado caminos secundarios, cruzado muchos campos y cambiado de rumbo varias veces, por si lo perseguían; pero ahora, sintiéndose ya a salvo de ser capturado, y con el sol sonriéndole brillantemente, y toda la Naturaleza uniéndose en un coro de aprobación a la canción de autoalabanza que su propio corazón le cantaba, casi bailaba por el camino en su satisfacción y engreimiento.

Es un trabajo inteligente", se dijo riendo entre dientes. Cerebro contra fuerza bruta... y el cerebro salió victorioso... como es lógico. ¡Pobre Ratica! ¡Vaya! ¡No lo pillaré ella aún para cuando vuelva el Tejón! Una buena persona, Ratita, con muchas buenas cualidades, pero muy poca inteligencia y absolutamente ninguna formación. Algún día tendré que ocuparme de ella y ver si puedo sacar algo de ella". Lleno de pensamientos engreídos como éstos, avanzó con la cabeza en alto hasta que llegó a un pueblecito, donde el letrado de "El León Rojo", que se balanceaba a mitad de la calle principal, le recordó que no había desayunado aquel día y que tenía mucha hambre después de su larga caminata. Entró en la posada, pidió el mejor almuerzo que se le podía proporcionar con tan poca antelación y se sentó a comerlo en la cafetería.

Iba por la mitad de la comida cuando un sonido demasiado familiar, que se acercaba por la calle, le hizo sobresaltarse y ponerse a temblar. El ruido de !poop poop! se acercaba cada vez más, se oía al coche entrar en el patio y detenerse, y Sapo tuvo que agarrarse a la pata de la mesa para disimular su desbordante emoción. En seguida entraron en la cafetería, hambrientos, locuaces y alegres, hablando de sus experiencias de la mañana y de los méritos del carro que tan bien les había llevado. Sapo escuchó ávidamente, a todo oídos, durante un rato; al fin no pudo soportarlo más. Salió de la habitación sin hacer ruido, pagó la cuenta en el bar y, en cuanto salió, se dirigió tranquilamente al patio.

No puede haber nada malo", se dijo, "en que me limite a mirarlo". El coche estaba en medio del patio, sin vigilancia alguna, pues los mozos de cuadra y otros sirvientes estaban cenando. Sapo caminó lentamente a su alrededor, inspeccionando, criticando y reflexionando profundamente.

Me pregunto", se dijo, "si este tipo de coche arrancará con facilidad". Al momento siguiente, casi sin saber cómo, se dio cuenta de que había agarrado la manivela y la estaba girando. Al oír el sonido familiar, la vieja pasión se apoderó de Sapo y lo dominó por completo, en cuerpo y alma. Como en un sueño, se encontró, de alguna manera, sentado en el asiento del conductor; como en un sueño, tiró de la palanca e hizo girar el coche alrededor del patio y salió por el arco; y, como en un sueño, todo sentido del bien y del mal, todo temor a las consecuencias obvias, parecieron suspenderse totalmente. Aumentó el paso, y mientras el coche devoraba la calle y saltaba por la carretera a campo abierto, sólo era consciente de que era Sapo una vez más, Sapo en su mejor momento, Sapo el terror, el disuasor del tráfico, el Señor del sendero solitario, ante el cual

todo debe ceder o ser aplastado en la nada y la noche eterna. Cantaba mientras volaba, y el coche respondía con un zumbido sonoro; los kilómetros se consumían bajo él mientras aceleraba sin saber hacia dónde, satisfaciendo sus instintos, viviendo su hora, despreocupado de lo que pudiera ocurrirle. En mi opinión -alegó en tono serio el presidente del tribunal de magistrados-, la única dificultad que se presenta en este caso, por lo demás muy claro, es cómo podemos hacer que se juzgue lo suficientemente severo al granuja incorregible y rufián empedernido que vemos acobardado en el banquillo de los acusados. Veamos: ha sido declarado culpable, con las pruebas más claras, en primer lugar, de robar un valioso automóvil; en segundo lugar, de conducir con peligro para el público; y, en tercer lugar, de grave impertinencia hacia la policía rural. Sr. Secretario, ¿podría decirnos, por favor, cuál es la pena más dura que podemos imponer por cada uno de estos delitos? Por supuesto, sin conceder al prisionero el beneficio de la duda, porque no hay ninguna". El secretario se rascó la nariz con el bolígrafo. Algunas personas considerarían", observó, "que robar el coche era el peor delito; y así es. Pero burlarse de la policía conlleva sin duda la pena más severa, y así deberá ser. Suponiendo que usted dijera doce meses por el robo, lo cual es leve; y tres años por la conducción temeraria, lo cual es indulgente; y quince años por la desfachatez de faltarle el respeto a la policía, que fue una desfachatez bastante mala, a juzgar por lo que hemos oído en el estrado, aunque usted sólo crea una décima parte de lo que oyó, y yo nunca creo más; esas cifras, si se suman correctamente, dan un total de diecinueve años..." "¡Muy bien!", dijo el presidente del tribunal.

Así que será mejor que sean veinte años para estar seguros", concluyó el secretario. Excelente sugerencia", dijo el presidente con aprobación. ¡Prisionero! Contrólese e intente mantenerse erguido. Esta vez te van a caer veinte años. Y ten en cuenta que si vuelves a comparecer ante nosotros, bajo cualquier cargo, tendremos que tratarte con más severidad!. Entonces los brutales secuaces de la ley cayeron sobre el desventurado Sapo; lo cargaron de cadenas y lo arrastraron desde el Palacio de Justicia, chillando, rezando, protestando; a través de la plaza del mercado, donde el jugueteón populacho, siempre tan severo con el crimen cuando uno está en la condición de "buscado", lo asaltó con abucheos, zanahorias y eslóganes populares; Pasó junto a los niños de la escuela, con sus inocentes rostros iluminados por el placer que siempre les produce ver a un caballero en apuros; cruzó el hueco y el sonoro puente levadizo, pasó bajo el espinoso rastrillo, bajo el ceñudo arco del viejo y sombrío castillo, cuyas antiguas torres se alzaban en lo alto; pasando por las salas de guardia llenas de soldados sonrientes fuera de servicio, pasando por centinelas que tosían de una manera horrible y sarcástica, porque eso es lo máximo que un centinela en su puesto se atreve a hacer para mostrar su desprecio y aborrecimiento por el crimen; subiendo por escaleras de caracol desgastadas por el tiempo, pasando por hombres armados con casaca y corselete de acero, lanzando miradas amenazadoras a través de sus vizcachas; atravesando patios, donde los perros tiraban de sus correas y daban zarpazos al aire para alcanzarle; pasando junto a antiguos guardias, con sus alabardas apoyadas en la pared, dormitando sobre una empanada y una jarra de cerveza negra; y así sucesivamente, pasando junto a la cámara de las cremalleras y la sala de máquinas, pasando por el desvío que conducía al andamiaje privado, hasta que llegaron a la puerta de la mazmorra más lúgubre que se hallaba en el corazón del torreón más recóndito. Por fin se detuvieron allí, donde un viejo carcelero estaba sentado tocando un manojo de poderosas llaves.

El sargento de policía se quitó el casco y se secó la frente. Despiértate, viejo loco, y apodérate de este vil Sapo, un criminal de la más profunda culpabilidad y de una astucia y unos recursos sin parangón. Vigílalo y protégelo con toda tu destreza; y fíjate bien, barba gris, que si algo malo sucede, tu vieja cabeza responderá por la suya... ¡y habrá una reprimenda para ambos! El carcelero asintió sombríamente, apoyando su marchita mano en el hombro del miserable Sapo. La oxidada llave crujió en la cerradura, la gran puerta sonó tras ellos; y Sapo era un prisionero indefenso en la mazmorra más remota del torreón mejor custodiado del castillo más robusto a lo largo y ancho de la alegre Inglaterra.

VII

EL GAITERO A LA ENTRADA DEL ALBA

El ruiseñor estaba gorjeando su pequeño canto, escondido en la oscura orilla del río. Aunque eran más de las diez de la noche, el cielo aún se aferraba y retenía algunas faldas persistentes de luz del día que se había ido; y los hoscos calores de la tórrida tarde se disipaban y se alejaban con el toque dispersor de los frescos dedos de la corta noche de verano. Topo se tendió en la orilla, aún jadeante por la tensión del feroz día que había estado despejado desde el amanecer hasta el atardecer, y esperó el regreso de su amiga. Había estado en el río con algunos compañeros, dejando a la Rata de agua libre para mantener un compromiso de larga data con Nutria; y había regresado para encontrar la casa oscura y desierta, sin ninguna señal de Rata, quien sin duda estaba trasnochando con su viejo camarada. Todavía hacía demasiado calor como para pensar en quedarse adentro, así que se recostó sobre unas frescas hojas, y pensó en el día pasado y sus acciones, y cuán buenas habían sido todas.

Pronto se oyeron las ligeras pisadas de la Rata acercándose sobre la hierba reseca. Oh, qué frescor!", dijo, y se sentó, mirando pensativamente al río, silenciosa y preocupada.

Te quedaste a cenar, por supuesto", dijo el Topo.

No tuve más remedio", respondió la Rata. No querían que me fuera antes. Ya sabes lo amables que son siempre. Y me alegraron las cosas tanto como pudieron, hasta el momento en que me fui. Pero me sentí una idiota todo el tiempo, pues estaba claro que eran muy infelices, aunque trataban de ocultarlo. Topo, me temo que tienen problemas. El pequeño Portly ha desaparecido otra vez; y ya sabes lo mucho que su padre piensa de él, aunque nunca dice mucho al respecto". ¿Qué, a eso le llaman niño?", dijo el Topo con ligereza. Bueno, supongamos que lo sea; ¿por qué preocuparse? Siempre se aleja, se pierde y vuelve a aparecer; es muy aventurero. Pero nunca le pasa nada. Por aquí todo el mundo lo conoce y le cae bien, igual que a la vieja Nutria, y puedes estar seguro de que algún animal se cruzará con él y lo traerá de vuelta sin problemas. Nosotros mismos lo hemos encontrado a kilómetros de casa, muy tranquilo y alegre". Sí, pero esta vez es más grave -dijo la Rata con gravedad-. Lleva varios días desaparecido, y las nutrias lo han buscado por todas partes, por arriba y por abajo, sin encontrar el menor rastro. Y también han preguntado a todos los animales en kilómetros a la redonda, y nadie sabe nada de

él. Nutria está evidentemente más preocupado de lo que admite. Le saqué que el joven Portly no ha aprendido a nadar muy bien todavía, y puedo ver que está pensando en el dique. Todavía baja mucha agua, teniendo en cuenta la época del año, y el lugar siempre le ha fascinado al niño. Y luego hay... bueno, trampas y cosas... ya sabes. Nutria no es de los que se ponen nerviosos por un hijo suyo antes de tiempo. Y ahora está nervioso. Cuando me fui, salió conmigo. Dijo que quería tomar aire y estirar las piernas. Pero me di cuenta de que no se trataba de eso, así que le saqué de sus casillas y se lo saqué todo por fin. Iba a pasar la noche vigilando junto al vado. ¿Conoces el lugar donde solía estar el viejo vado, antes de que construyeran el puente? Lo conozco bien", dijo el Topo. Pero, ¿por qué iba Nutria a vigilar allí? Bueno, parece que fue allí donde le dio a Portly su primera lección de natación", continuó la Rata. Desde esa orilla poco profunda y llena de grava. Y fue allí donde solía enseñarle a pescar, y allí el joven Portly pescó su primer pez, del que estaba tan orgulloso. Al niño le encantaba el lugar, y Nutria piensa que si volviera desde dondequiera que esté -si es que está en algún sitio a estas horas, - podría dirigirse al vado que tanto le gustaba; o si llegara allí por casualidad lo recordaría bien, y se detendría allí a jugar, tal vez. Así que Nutria va allí todas las noches y vigila... por si acaso, ya sabes, por si acaso". Se quedaron un rato en silencio, pensando los dos en lo mismo: el animal solitario y dolorido, agazapado junto al vado, observando y esperando, toda la larga noche, por casualidad.

Bueno, bueno -dijo la Rata-, supongo que deberíamos ir pensando en entrar". Pero Topo no se ofreció a moverse.

Rata -dijo el Topo-, yo no puedo irme a dormir y no hacer nada, aunque no parezca haber nada que hacer. Sacaremos la barca y remaremos río arriba. La luna saldrá dentro de una hora más o menos, y entonces buscaremos tan bien como podamos... de todos modos, será mejor que irse a la cama y no hacer nada". Justo lo que yo pensaba -dijo la Rata-. De todos modos, no es noche para acostarse; y el amanecer no está muy lejos, y entonces podremos recoger algunas noticias de él de los madrugadores a medida que avancemos". Sacaron la barca, y la Rata tomó los remos, remando con precaución. En medio de la corriente había un camino claro y estrecho que reflejaba débilmente el cielo; pero dondequiera que las sombras de las orillas, los arbustos o los árboles caían sobre el agua, las imágenes eran tan sólidas en apariencia como las orillas mismas, y el Topo tuvo que dirigir el barco con buen juicio. Oscura y desierta como estaba, la noche estaba llena de pequeños ruidos, canciones, charlas y murmullos, que hablaban de la ajetreada población que estaba en pie, ejerciendo sus oficios y vocaciones durante la noche hasta que el sol cayera sobre ellos y los enviara a su merecido descanso. Los ruidos propios del agua eran también más evidentes que de día, sus gorgoteos más inesperados y cercanos constantemente se ponían en marcha ante lo que parecía una repentina y clara llamada de una voz articulada real.

La línea del horizonte era clara y dura contra el cielo, y en una parte en particular se mostraba negra contra una fosforescencia plateada ascendente que crecía y crecía. Por fin, sobre el borde de la tierra expectante, la luna se elevó con lenta majestuosidad hasta alejarse del horizonte y cabalgar, libre de amarras; y una vez más empezaron a ver superficies: praderas extendidas y tranquilos jardines, y el propio río de orilla a orilla,

todo suavemente revelado, todo limpio de misterio y terror, todo radiante de nuevo como de día, pero con una diferencia que era tremenda.

Sus viejas guaridas les saludaron de nuevo con otros ropajes, como si se hubieran escabullido y se hubieran puesto esta nueva vestimenta pura y hubieran regresado tranquilamente, sonriendo mientras esperaban tímidamente a ver si les reconocían de nuevo bajo ella.

Sujetando su barca a un sauce, los amigos desembarcaron en este reino silencioso y plateado, y exploraron pacientemente los setos, los árboles huecos, los túneles y sus pequeñas alcantarillas, las zanjas y los canales secos. Embarcando de nuevo y cruzando al otro lado, remontaron el arroyo de esta manera, mientras la luna, serena y desprendida en un cielo sin nubes, hacía lo que podía, aunque tan lejos, para ayudarles en su búsqueda; hasta que llegó su hora y se hundió en la tierra de mala gana, y los dejó, y el misterio volvió a sostener el campo y el río.

Entonces comenzó a manifestarse lentamente un cambio. El horizonte se hizo más claro, el campo y los árboles aparecieron más a la vista, y de alguna manera con un aspecto diferente; el misterio comenzó a alejarse de ellos. Un pájaro gorjeó de repente, y se quedó quieto; y una ligera brisa se levantó e hizo crujir los juncos y las eneas. Rata, que estaba en la popa de la barca mientras Topo remaba, se incorporó de pronto y escuchó con apasionada atención. Topo, que con suaves golpes mantenía la barca en movimiento mientras escrutaba las orillas con cuidado, la miró con curiosidad.

Se ha ido", suspiró la Rata, hundiéndose de nuevo en su asiento. Así de hermoso, extraño y nuevo era el panorama. Como iba a terminar tan pronto, la Rata casi desearía no haberlo oído nunca.

Porque ha despertado en ella un anhelo que es dolor, y nada le parece valer más que oír ese sonido una vez más y seguir escuchándolo para siempre. ¡No! Ahí está otra vez", gritó, Embelesada, permaneció en silencio durante largo rato, muy embelesada.

Ahora todo pasa y empiezo a perderlo", dijo al poco rato. Topo, ¡qué belleza! El burbujeo alegre y la alegría, la llamada sutil, clara y feliz del gorjeo de los pájaros en la distancia. Nunca soñé con una música semejante, y la llamada es más fuerte que la dulzura de la música. ¡Rema, Topo, rema! Porque la música y esa llamada deben ser para nosotros. El Topo, muy asombrado, obedeció. Yo no oigo otra cosa -dijo- que el viento que toca las cañas, los juncos y los mimbres". La Rata no respondió, si es que oyó algo. Apresurada, transportada, temblorosa, estaba poseída en todos sus sentidos por esta nueva cosa divina que atrapaba su alma indefensa y la balanceaba y columpiaba, un niño impotente pero feliz en un fuerte asidero que lo sostenía.

En silencio, Topo remó con firmeza, y pronto llegaron a un punto donde el río se dividía, un largo remanso que se bifurcaba a un lado. Con un ligero movimiento de cabeza, la Rata, que hacía tiempo que había soltado los cabos del timón, indicó al remero que tomara el remanso. La sigilosa marea de luz ganaba y ganaba, y ahora podían ver el color de las flores que adornaban la orilla del agua.

Más claro y más cerca aún", gritó la Rata con alegría. Ahora seguramente lo oirás. Oh, finalmente lo oyes. Sin aliento y paralizado, el Topo dejó de remar cuando una oleada de cantos de pájaros rompió sobre él como una ola de mar, lo atrapó y lo poseyó por completo.

Vio las lágrimas en las mejillas de su camarada, inclinó la cabeza y comprendió.

Durante un rato permanecieron allí, rozados por la maleza púrpura que bordeaba la orilla; luego, la clara e imperiosa llamada que marchaba a la par con la embriagadora melodía impuso su voluntad sobre Topo, y éste se inclinó mecánicamente hacia sus remos de nuevo. La luz se hacía cada vez más intensa, pero los pájaros no cantaban como solían hacerlo cuando se acercaba el amanecer; y a no ser por la música celestial, todo estaba maravillosamente quieto.

A ambos lados de ellos, mientras navegaban, la rica hierba de la pradera parecía aquella mañana de una frescura y un verdor insuperables. Nunca habían visto las rosas tan vivas, los sauces tan floridos, la dulzura de los prados tan perfumada y penetrante. Entonces el murmullo de la presa que se aproximaba comenzó a retener el aire, y sintieron la conciencia de que se acercaban al final, cualquiera que fuese, que seguramente aguardaba a su expedición.

El gran dique, un amplio semicírculo de espuma, luces centelleantes y brillantes hombros de agua verde, cerraba el remanso de orilla a orilla, agitaba toda la tranquila superficie con remolinos giratorios y brotes de espuma flotante, y acallaba todos los demás sonidos con su solemne y tranquilizador estruendo. En el centro de la corriente, abrazada por la brillante extensión del dique, yacía anclada una pequeña isla, bordeada de sauces, abedules plateados y alisos. Reservada, tímida, pero llena de significado, ocultaba tras un velo lo que pudiera contener, guardándolo hasta que llegara la hora y, con la hora, los llamados y elegidos.

Lentamente, pero sin duda ni vacilación alguna, y en una especie de solemne expectación, los dos animales atravesaron las aguas rotas y tumultuosas y atracaron su barca en la florida orilla de la isla. Desembarcaron en silencio y se abrieron paso a través de las flores, la hierba perfumada y la maleza que conducía a la llanura, hasta que llegaron a un pequeño prado de un verde maravilloso, rodeado de árboles de huerta propios de la naturaleza: arándanos, cerezos silvestres y endrinos.

Este es el lugar de mi canción de ensueño, el lugar donde la música me tocó", susurró la Rata, como si estuviera en trance. Aquí, en este lugar sagrado, aquí si en alguna parte, seguramente lo encontraremos". Entonces, de repente, el Topo sintió que se apoderaba de él un gran sobrecogimiento, un sobrecogimiento que convirtió sus músculos en agua, inclinó la cabeza y clavó los pies en el suelo. No era terror, ni pánico -de hecho, se sentía maravillosamente en paz y feliz-, sino que era un temor que lo golpeaba y lo retenía y, sin ver, sabía que sólo podía significar que alguna magna Presencia estaba muy, muy cerca. Con dificultad se volvió para buscar a su amiga, y la vio a su lado, pero él continuaba acobardado, conmovido y temblando violentamente. Y seguía reinando un silencio absoluto en las pobladas ramas acechadas por los pájaros que los rodeaban; y la luz seguía creciendo y creciendo.

Tal vez nunca se hubiera atrevido a levantar los ojos, si no fuera porque, aunque el canto se había acallado, la llamada de atención parecía aún dominante e imperiosa. No podría negarse, si la misma Muerte le estuviera esperando para golpearle al instante, una vez que hubiera mirado con ojos mortales las cosas correctamente ocultas. Temblando, obedeció y levantó su humilde cabeza; y entonces, en aquella claridad absoluta del inminente amanecer, mientras la Naturaleza, enrojecida por la plenitud de un color increíble, parecía contener la respiración por el acontecimiento, miró a los ojos mismos del Amigo y Auxiliador; vio el movimiento hacia atrás de los cuernos curvados, brillando en la creciente luz del día; vio la nariz severa y ganchuda entre los ojos bondadosos que los miraban con buen humor, mientras la boca barbuda se rompía

en una media sonrisa en las comisuras; vio los músculos ondulantes del brazo que cruzaba el ancho pecho, la larga y flexible mano que se sostenía apenas separada de los labios entreabiertos; vio las espléndidas curvas de los miembros peludos, dispuestos con majestuosa facilidad sobre la hierba; vio, por último, acurrucada entre sus pezuñas, durmiendo profundamente en completa paz y satisfacción, la pequeña, redonda, rechoncha e infantil forma de la cría de nutria. Todo esto lo vio, por un momento sin aliento e intenso, vívido en el cielo de la mañana; y aún así, mientras miraba, vivía; y aún así, mientras vivía, se preguntaba.

Rata", susurró temblando. ¿Tienes miedo? ¿Miedo?", murmuró la Rata, con los ojos brillantes de un amor indecible. ¿Miedo? ¿De Él? ¡No, nunca, nunca! Y sin embargo... y sin embargo... ¡Oh, Topo, tengo miedo! Entonces los dos animales, agachados en tierra, inclinaron la cabeza e hicieron adoración.

De repente y de un modo magnífico, el amplio disco dorado del sol se mostró sobre el horizonte frente a ellos; y los primeros rayos, disparados a través de las llanas praderas de agua, se clavaron en los ojos de los animales y los deslumbraron.

Cuando pudieron volver a mirar, la visión se había desvanecido y en el aire se oía el canto de los pájaros que anunciaban el amanecer.

Mientras miraban sin comprender, sumidos en una muda miseria que aumentaba a medida que se daban cuenta de todo lo que habían visto y de todo lo que habían perdido, una pequeña brisa caprichosa, que subía danzando desde la superficie del agua, agitó los álamos temblorosos, sacudió las rosas cubiertas de rocío y sopló ligera y acariciadoramente en sus rostros; y con su suave toque llegó el olvido instantáneo. Porque éste es el último y mejor don que el bondadoso semidiós se preocupa de conceder a aquellos a quienes se ha revelado en su ayuda: el don del olvido. No sea que el horrible recuerdo permanezca y crezca, y ensombrezca la alegría y el placer, y el gran recuerdo inquietante estropee todas las vidas posteriores de los animalitos ayudados a salir de las dificultades, para que sean felices y de buen corazón como antes.

Topo se frotó los ojos y miró fijamente a Rata, que miraba a su alrededor perpleja. ¿Qué has dicho, Rata?", preguntó.

Creo que sólo comentaba -dijo Rata lentamente- que éste era el lugar adecuado, y que aquí, lo encontraríamos si es que lo íbamos a encontrar en algún sitio. Y mira. Ahí está, el pequeñín". Y con un grito de alegría corrió hacia el dormido Portly.

Pero Topo se detuvo un momento, pensativo. Como alguien que se despierta de repente de un hermoso sueño, que se esfuerza por recordarlo y no puede captar más que una vaga sensación de su belleza. Hasta que eso también se desvanece a su vez, y el soñador acepta amargamente el duro y frío despertar y todas sus penalidades; de modo que Topo, después de luchar con su memoria durante un breve espacio, sacudió tristemente la cabeza y siguió a la Rata.

Portly se despertó con un alegre chillido, y se retorció de placer al ver a los amigos de su padre, que tan a menudo habían jugado con él en días pasados. En un momento, sin embargo, su cara se puso pàlida, y cayó en un estado de lloriqueo suplicante. Como un niño que se ha dormido felizmente en los brazos de su nodriza y, al despertarse, se encuentra solo y tirado en un lugar extraño, buscando en rincones y armarios, y corriendo de habitación en habitación, con la desesperación creciendo silenciosamente en su corazón, así Portly buscó y buscó en la isla, tenaz e incansablemente, hasta que por fin llegó el momento de darse por vencido, sentarse y llorar amargamente.

El Topo corrió presuroso a consolar al animalito; pero Rata, demorándose, miró

dubitativamente ciertas marcas de pezuñas en lo profundo de la hierba.

Algún gran animal ha estado aquí", murmuró lenta y pensativamente, y se quedó cavilando, cavilando, con la mente extrañamente agitada.

Ven, Rata", llamó el Topo. Piensa en la pobre Nutria, esperando allá arriba junto al vado". Portly no tardó en consolarse con la promesa de un regalo: un paseo por el río en el bote de la señora Rata; y los dos animales lo condujeron a la orilla del agua, lo colocaron firmemente entre ellos en el fondo de la barca, y remaron río abajo. El sol ya había salido del todo y calentaba sobre ellos; los pájaros cantaban con fuerza y sin freno, y las flores sonreían y asentían desde ambas orillas, pero de algún modo -así pensaban los animales- con menos riqueza y resplandor de color de lo que parecían recordar haber visto hace poco en alguna parte, se preguntaban dónde.

Al llegar de nuevo al río principal, dirigieron la barca río arriba, hacia el punto donde sabían que su amigo mantenía su solitaria vigilia. Al acercarse al familiar vado, el Topo acercó la barca a la orilla, sacaron a Portly y lo colocaron sobre sus patas en el camino de los remolques, le dieron las instrucciones para ir a casa y una amistosa palmada de despedida en la espalda, se empujaron luego hacia la mitad de la corriente. Observaron al animalito mientras avanzaba por el sendero contento y con importancia; lo observaron hasta que vieron que su hocico se levantaba de repente y su caminar se convertía en una torpe caminata mientras aceleraba el paso con agudos quejidos y gestos de reconocimiento. Mirando río arriba, pudieron ver a Nutria levantarse, tensa y rígida, de los bajíos donde se agazapaba con muda paciencia, y pudieron oír su ladrido asombrado y alegre mientras saltaba a través de los mimbres hacia el sendero. Entonces el Topo, con un fuerte tirón de un remo, hizo girar la barca y dejó que la corriente los llevara de nuevo a donde quisiera, con su búsqueda felizmente terminada.

Me siento extrañamente cansado, Rata -dijo el Topo, inclinándose cansadamente sobre sus remos mientras la barca navegaba-. Dirás que es por estar despierto toda la noche, pero eso no es nada. Hacemos lo mismo la mitad de las noches de la semana, en esta época del año. No; me siento como si hubiera pasado por algo muy emocionante y bastante terrible, y acabara de terminar; y, sin embargo, no ha ocurrido nada en particular'. O algo muy sorprendente, espléndido y hermoso", murmuró la Rata, echándose hacia atrás y cerrando los ojos. Me siento igual que tú, Topo; simplemente muerta de cansancio, aunque no de cansancio corporal. Menos mal que nos acompaña el arroyo, para llevarnos a casa.

¡Qué alegría volver a sentir el sol calándonos hasta los huesos! Y escuchar el viento tocando en los juncos. Es como música... música lejana", dijo el Topo cabeceando somnoliento. Eso pensaba yo", murmuró la Rata, en un ensueño y lánguida. La música de baile, esa música cadenciosa que corre sin parar, pero que también contiene palabras; pasa a palabras y vuelve a salir de ellas; yo las capto a intervalos; luego vuelve a ser música de baile, y después nada más que el suave y delgado susurro de las cañas". Tú oyes mejor que yo -dijo el Topo con tristeza-. Yo no oigo las palabras. Deja que intente decírtelas", dijo la Rata en voz baja, con los ojos aún cerrados. Ahora se está convirtiendo en palabras de nuevo, débiles pero claras, para que el temor no se apodere de ti y convierta tu alegría en inquietud. Ahora las cañas la toman- olvida, olvida, suspiran, y se apaga en un susurro. Entonces vuelve la voz: "Para que los miembros no se enrojeczan y se desgarran, mientras suelto la cuerda, puedes verme allí".

¡Porque seguramente lo olvidarás! ¡Rema más cerca, Topo, más cerca de los juncos! Es difícil de escuchar, y cada minuto es más débil.

Ayudante y sanador, yo animo a los pequeños desamparados en el bosque húmedo, a los extraviados los encuentro en él, a las heridas las vendo en él, ¡pidiéndoles que olviden! ¡Más cerca, Topo, más cerca! No, no sirve de nada; la canción se ha convertido en palabrería de juncos". Pero, ¿qué significan esas palabras?", preguntó Topo, asombrado. No lo sé", respondió la Rata con sencillez. Te las transmití tal como me llegaron. Ah, ahora vuelven de nuevo, y esta vez con toda claridad. Esta vez, por fin, es lo verdadero, lo inconfundible, lo simple, lo apasionado, lo perfecto..." "Bueno, pues vamos a ello", dijo el Topo, después de esperar pacientemente unos minutos, medio dormido bajo el sol ardiente.

Pero no hubo respuesta. Miró y comprendió el silencio. Con una sonrisa de mucha felicidad en su cara, y algo de una mirada como de quien escuchaba todavía allí, la rata cansada estaba profundamente dormida.

VIII

LAS AVENTURAS DE SAPO

CUANDO Sapo se encontró inmerso en una mazmorra húmeda y ruidosa, y supo que toda la sombría oscuridad de una fortaleza medieval se interponía entre él y el mundo exterior donde estaba el sol y las carreteras bien asfaltadas donde últimamente había sido tan feliz, divirtiéndose como si hubiera comprado todas las carreteras de Inglaterra, se tiró de bruces al suelo, derramó lágrimas amargas y se abandonó a una oscura desesperación. Este es el fin de todo" (dijo), "al menos es el fin de la carrera de Sapo, que es lo mismo; ¡el popular y apuesto Sapo, el rico y hospitalario Sapo, el Sapo tan libre y despreocupado! Cómo puedo esperar que me vuelvan a soltar" (dijo), "¡que me hayan encarcelado tan justamente por robar un coche tan bonito de una manera tan audaz, y por una desfachatez tan excitante e imaginativa, otorgada a tantos policías gordos y con la cara roja!". (Y se le atragantaban los sollozos.) Estúpido animal que fui" (dijo), "¡ahora debo languidecer en este calabozo, hasta que la gente que se enorgullecía de decir que me conocía, haya olvidado el mismo nombre de Sapo! ¡Oh, viejo tejón sabio! (dijo), "¡Oh Rata lista e inteligente y Topo sensato! ¡Qué juicios tan acertados, qué conocimiento de los hombres y de las cosas poseen! Sapo infeliz y abandonado". Con lamentos como éstos pasó sus días y sus noches durante varias semanas, negándose a comer o a tomar ligeros refrigerios intermedios, aunque el sombrío y anciano carcelero, sabiendo que los bolsillos de Sapo estaban bien llenos, le indicaba con frecuencia que muchas comodidades, e incluso lujos, podían ser enviados desde el exterior a un precio razonable.

El carcelero tenía una hija, una muchacha agradable y de buen corazón, que ayudaba a su padre en las tareas más livianas de su puesto. Ella era particularmente aficionada a los animales y, además de su canario, cuya jaula colgaba de un clavo en el macizo muro de la torre, para entretenimiento durante el día y para gran disgusto de los prisioneros que disfrutaban de una siesta después de la cena en la noche, tenía varios ratones pintos y una inquieta ardilla revoloteadora. Esta muchacha de buen corazón, compadeciéndose de la miseria de Sapo, dijo un día a su padre: "¡Padre! No soporto ver a ese pobre animal tan infeliz y tan delgado. Déjame que me ocupe de él.

Ya sabes cuánto me gustan los animales. Haré que coma de mi mano, que se siente y que haga toda clase de cosas". Su padre le contestó que podía hacer con él lo que quisiera. Estaba cansado de Sapo, de sus enfurruñamientos, de sus aires y de su maldad. Así que aquel día fue a cumplir su misión de misericordia y llamó a la puerta de la celda de Sapo. Anímate, Sapo -le dijo, persuadiéndolo, al entrar-, siéntate, sécate los ojos y sé un animal sensato. Y trata de cenar algo. Mira, te he traído un poco de la mía, ¡caliente del horno! La comida estaba servida entre dos platos y su fragancia llenaba la estrecha celda. El penetrante olor de la col llegó a la nariz de Sapo, que yacía postrado en el suelo en su miseria, y le hizo pensar, por un momento, que tal vez la vida no era algo tan vacío y desesperado como había imaginado. Pero él seguía gimiendo, pataleando y negándose a que lo consolaran. Así que la niña sabia se retiró por un tiempo, pero, por supuesto, una buena cantidad de olor a repollo caliente se quedó atrás, como suele suceder, y Sapo, entre sus sollozos, olfateó y reflexionó, y poco a poco

empezó a tener pensamientos nuevos e inspiradores: de caballería, de poesía y de hazañas aún por hacer; de amplios prados y del ganado pastando en ellos, rastrillados por el sol y el viento; de huertos, y de rectos bordes de hierbas, y de cálidas flores visitadas por las abejas; y del reconfortante tintineo de los platos puestos en la mesa de la casa de Sapo, y del roce de las patas de las sillas en el suelo cuando cada uno se acercaba a su trabajo. El aire de la estrecha celda adquirió un tinte rosado; empezó a pensar en sus amigos, y en cómo seguramente podrían hacer algo; en los abogados, y en cómo habrían disfrutado con su caso, y en lo imbécil que había sido al no haber conseguido unos cuantos; y, por último, pensó en su propia gran astucia e ingenio, y en todo lo que era capaz de hacer si tan sólo pusiera su gran mente en ello; y la curación fue casi completa. Cuando la muchacha regresó, algunas horas más tarde, llevaba una bandeja con una taza de aromático té humeante sobre ella, y un plato lleno de tostadas con mantequilla muy calientes, cortadas gruesas, muy doradas por ambos lados, con la mantequilla corriendo por los agujeros en grandes gotas doradas, como la miel del panal. El olor de aquella tostada con mantequilla simplemente le hablaba a Sapo, y no con voz insegura; le hablaba de cocinas cálidas, de desayunos en mañanas brillantes y heladas, de acogedoras chimeneas de salón en las tardes de invierno, cuando se había terminado la excursión y los pies resbaladizos estaban apoyados en el guardabarros; del ronroneo de gatos satisfechos y el gorjeo de canarios somnolientos. Sapo volvió a sentarse, se secó los ojos, bebió un sorbo de té y comió una tostada, y pronto empezó a hablar libremente de sí mismo, de la casa en que vivía y de lo que hacía allí, de lo importante que era y de lo mucho que sus amigos pensaban de él.

La hija del carcelero vio que el tema le hacía tanto bien como el té, y así fue, y le animó a continuar.

Háblame de la casa de Sapo", dijo ella. Suena precioso. La casa de Sapo", dijo el Sapo con orgullo, "es una residencia independiente para caballeros, única en su género; data en parte del siglo XIV, pero está repleta de todas las comodidades modernas. Sistema sanitario de último modelo. A cinco minutos de la iglesia, la oficina de correos y los campos de golf, adecuada para..." "Bendito sea el animal", dijo la muchacha riendo, "no lo creo. Cuéntame algo de verdad. Pero primero espera a que te traiga más té y tostadas". Sapo, dándole con avidez a la tostada, recuperado el ánimo, le habló de la casa-flotante, del estanque y del viejo huerto amurallado, de las pocilgas, de los establos, del palomar y del gallinero; y de la lechería, y del lavadero, y de las tazas de porcelana, y de las prensas de lino (eso le gustaba especialmente); y de la sala de banquetes, y de lo bien que se lo pasaban allí cuando los otros animales estaban reunidos alrededor de la mesa y Sapo estaba en su mejor momento, cantando canciones, contando historias, llevando la voz cantante de todo. Luego quiso saber de sus amigos los animales y se interesó mucho por todo lo que él le contaba sobre ellos, cómo vivían y qué hacían para pasar el tiempo. Por supuesto, no le dijo que le gustaban los animales como mascotas, porque sabía que Sapo se ofendería mucho. Cuando Sapo se despidió de ella, después de haberle llenado la jarra de agua y haber sacudido la paja, volvió a ser el mismo animal optimista y satisfecho de sí mismo de antaño. Cantó una o dos cancioncillas, como las que solía cantar en sus cenas, se acurrucó en la paja y tuvo una excelente noche de descanso y los sueños más placenteros.

Después de eso, tuvieron muchas conversaciones interesantes, a medida que pasaban los días lúgubres; y la hija del carcelero se compadeció mucho de Sapo, y pensó que era una gran vergüenza que un pobre animalito estuviera encerrado en prisión por lo que a ella le parecía un delito muy trivial. Sapo, por supuesto, en su vanidad, pensó que su interés por él procedía de una creciente ternura; y no pudo evitar lamentar a medias que el abismo social entre ellos fuera tan grande, porque ella era una muchacha atractiva, y evidentemente lo admiraba mucho.

Una mañana, la muchacha estaba muy pensativa y contestaba al azar, sin que a Sapo le pareciese que prestaba la debida atención a sus ingeniosos dichos y ocurrentes comentarios. Sapo", le dijo, "escúchame, por favor. Tengo una tía que trabaja en la lavandería". Ya, ya -dijo Sapo, amable y afablemente-, no importa; no pienses más en eso. Tengo varias tías que deberían trabajar en la lavandería".

Cállate un momento, Sapo -dijo la muchacha-. Hablas demasiado, ése es tu principal defecto, y yo estoy intentando pensar y me haces daño en la cabeza. Como ya te he dicho, tengo una tía que trabaja en la lavandería y lava la ropa de todos los prisioneros de este castillo; tratamos de mantener en la familia cualquier negocio remunerado de ese tipo, como comprenderás.

Saca la ropa el lunes por la mañana y la trae el viernes por la tarde. Hoy es jueves. Esto es lo que se me ocurre: tú eres muy rico, al menos siempre me lo dices, y ella es muy pobre. Unas pocas libras no harían ninguna diferencia para ti, y significarían mucho para ella. Ahora bien, creo que si a ella se le abordara adecuadamente - se podría llegar a algún acuerdo por el cual ella les dejaría su vestido y su bonete, para que ustedes puedan escapar del castillo como la lavandera oficial.

Sois muy parecidas en muchos aspectos, sobre todo en la figura". No lo somos", dijo el Sapo con un resoplido. Tengo una figura muy elegante, para lo que soy". Mi tía también la tiene, para lo que es, respondió la muchacha. Bueno, como quieras.

Animal horrible, orgulloso y desagradecido, cuando lo siento por ti, trato de ayudarte'. Sí, sí, está bien; muchas gracias", se apresuró a decir el Sapo. Pero mire usted, no querrá que el señor Sapo, el de la casa de Sapo, vaya por el país disfrazado de lavandera". Entonces puede quedarse aquí como Sapo", respondió la muchacha con mucho ánimo. Supongo que querrá un coche de cuatro plazas".

El honesto Sapo siempre estaba dispuesto a reconocer que se había equivocado. Eres una muchacha buena, amable e inteligente -dijo-, y yo soy un sapo orgulloso y estúpido. Preséntame a tu digna tía, si eres tan amable, y no dudo de que la excelente dama y yo podremos llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes. A la noche siguiente, la muchacha introdujo a su tía en la celda de Sapo, llevando la planilla de ropa sucia de la semana envuelta en una toalla. La anciana había sido preparada de antemano para la entrevista, y la vista de ciertos objetos de oro que Sapo había colocado cuidadosamente sobre la mesa, a la vista de todos, prácticamente completó el asunto y dejó poco más que discutir. A cambio de su dinero, Sapo recibió una bata de algodón estampado, un delantal, un chal y una cofia negra oxidada; la única condición que puso la anciana fue que la amordazaran, la ataran y la dejaran tirada en un rincón. Con este artificio no muy convincente, explicó, ayudada por la pintoresca ficción que ella misma podía proporcionar, esperaba conservar su situación, a pesar de la sospechosa apariencia de las cosas.

Sapo estaba encantado con la sugerencia. Le permitiría salir de la prisión con cierto estilo y con su reputación de tipo desesperado y peligroso intacta; y ayudó de buena gana a la hija del carcelero a hacer que su tía pareciera, en la medida de lo posible, víctima de circunstancias sobre las que no tenía ningún control.

Ahora te toca a ti, Sapo -dijo la muchacha-. Quítate el abrigo y el chaleco; ya estás bastante gordo'.

Muerta de risa, procedió a ponerle la bata de algodón estampado, le arregló el chal con un pliegue profesional y le ató los cordones de la oxidada cofia bajo la barbilla.

Eres la viva imagen de ella", se rió, "sólo que estoy segura de que nunca has tenido un aspecto tan respetable en toda tu vida". Ahora, adiós, Sapo, y buena suerte.

Vete derecho por donde has venido; y si alguien te dice algo, como probablemente lo harán, siendo hombres, puedes replicar un poco, por supuesto, pero recuerda que eres una mujer viuda, completamente sola en el mundo, con un carácter que perder". Con el corazón tembloroso, pero pisando tan firmemente como pudo, Sapo emprendió con cautela lo que parecía ser una empresa de lo más arriesgada y descabellada; pero pronto se sorprendió gratamente al comprobar lo fácil que le resultaba todo, y se sintió un poco humillado al pensar que tanto su popularidad como el sexo que parecía inspirarla eran en realidad los de otra persona. La figura en cuclillas de la lavandera, con su familiar estampado de algodón, parecía un pasaporte para cada puerta atrancada y cada sombrío portal; incluso cuando vacilaba, inseguro sobre el giro correcto que debía tomar, se encontraba ayudado a salir de su dificultad por el guardián de la puerta siguiente quien, ansioso por marcharse a tomar el té, lo llamaba para que viniera pronto y no lo hiciera esperar allí toda la noche. La cháchara y las burlas humorísticas de que era objeto, y a las que, por supuesto, tenía que responder con prontitud y eficacia, constituían, de hecho, su principal peligro; porque Sapo era un animal con un fuerte sentido de su propia dignidad, y la cháchara era en su mayor parte (pensaba él) pobre y torpe, y las burlas carecían por completo de humor. Sin embargo, mantuvo la compostura, aunque con gran dificultad, adecuó sus réplicas a su compañía y a su supuesto carácter, e hizo todo lo posible por no sobrepasar los límites del buen gusto.

Le parecieron horas antes de cruzar el último patio, rechazar las apremiantes invitaciones del último guardián y esquivar los brazos extendidos del último carcelero, suplicando con simulada pasión un abrazo de despedida. Pero al fin oyó el chasquido de la verja de la gran puerta exterior a sus espaldas, sintió el aire fresco del mundo exterior en su frente ansiosa y supo que era libre.

Mareado por el fácil éxito de su atrevida hazaña, caminó rápidamente hacia las luces de la ciudad, sin saber en absoluto lo que debía hacer a continuación, sólo muy seguro de una cosa, que debía alejarse lo más rápidamente posible del barrio donde la dama que se veía obligado a representar era un personaje tan conocido y tan popular.

Mientras caminaba, reflexionando, le llamaron la atención unas luces rojas y verdes un poco alejadas, a un lado de la ciudad, y le llegó al oído el sonido del ronroneo de los motores y el estruendo de los camiones que hacían maniobras. Ajá", pensó, "¡qué suerte! Una estación de ferrocarril es lo que más deseo en todo el mundo en este momento; y lo que es más, no necesito atravesar la ciudad para conseguirla, y no tendré que

soportar este humillante comportamiento con réplicas que, aunque totalmente efectivas, no ayudan a la autoestima de uno.

En consecuencia, se dirigió a la estación, consultó un horario y descubrió que un tren, que iba más o menos en dirección a su casa, salía dentro de media hora. Más suerte", dijo Sapo, con la moral por las nubes, y se dirigió a la oficina de reservas para comprar el billete.

Dio el nombre de la estación más cercana a la aldea en la que la casa de Sapo era la casa principal, y usó sus dedos, para buscar el dinero necesario, donde debería haber estado el bolsillo de su chaleco. Pero aquí intervino la bata de algodón, que noblemente había estado a su lado hasta entonces, y que él había olvidado, frustrando sus esfuerzos. En una especie de pesadilla, luchó con aquella extraña cosa que parecía sujetarle las manos y convertir en agua todos sus esfuerzos musculares, y reírse de él todo el tiempo, mientras otros viajeros, formados en fila detrás de él, esperaban con impaciencia, haciendo sugerencias de mayor o menor valor y comentarios más o menos rigurosos y acertados. Por fin, de alguna manera -nunca entendió bien cómo- rompió las barreras, alcanzó la meta, llegó al lugar donde se encuentran eternamente todos los bolsillos de los chalecos, y se encontró, no sólo sin dinero, sino sin bolsillo para guardar el dinero, ¡y hasta sin chaleco para tener el bolsillo!

Para su horror, recordó que se había dejado en la celda el abrigo y el chaleco, y con ellos la cartera, el dinero, las llaves, el reloj, las cerillas, la caja de lápices... todo lo que hace que la vida merezca la pena, todo lo que distingue al animal de muchos bolsillos, el señor de la creación, de las producciones inferiores de uno o ningún bolsillo que saltan o tropiezan permisivamente, sin estar equipadas para la verdadera competición.

En su desdicha, hizo un esfuerzo desesperado por resolver la situación y, volviendo a sus modales de antaño -una mezcla de terrateniente y universitario-, dijo: "¡Mira! Me he dejado el monedero. Deme ese billete, ¿quiere, y le enviaré el dinero mañana? Soy muy conocido por aquí". El empleado lo miró fijamente a él y a la oxidada gorra negra un momento, y luego se echó a reír. Yo creería que usted es bastante conocido por aquí -dijo-, si ha probado este juego a menudo. Aléjese de la ventanilla, por favor, señora; está estorbando a los demás pasajeros. Un viejo caballero que le había estado dando codazos por la espalda durante unos instantes le apartó de un empujón y, lo que era peor, se dirigió a él como "su buena mujer", lo que enfureció a Sapo más que nada de todo lo que había ocurrido aquella noche.

Desconcertado y lleno de desesperación, vagó a ciegas por el andén donde estaba parado el tren, y las lágrimas le resbalaban a cada lado de la nariz. Era duro, pensó, estar tan cerca de poder ir a casa, y verse frustrado por la falta de unos miserables chelines y por la mezquina desconfianza de los funcionarios a sueldo. Muy pronto se descubriría su fuga, se iniciaría la caza, sería capturado, vilipendiado, cargado de cadenas, arrastrado de nuevo a la prisión y a pan y agua y paja; sus guardias y penas se duplicarían; y ¡oh, qué comentarios sarcásticos haría la muchacha! ¿Qué se podía hacer? No era rápido de pies; su figura era desgraciadamente reconocible. ¿No podría meterse bajo el asiento de un carruaje? Había visto este método adoptado por colegiales, cuando el dinero para el viaje proporcionado por sus padres había sido desviado a otros y fines. Mientras reflexionaba, se encontró

frente a la máquina, que estaba siendo engrasada, limpiada y, en general, acariciada por su afectuoso conductor, un hombre corpulento con una aceitera en una mano y un trozo de algodón en la otra.

Hola, madre -dijo el maquinista-, ¿cuál es el problema? No pareces muy alegre". Oh, señor!" dijo Sapo, llorando de nuevo, "soy una pobre e infeliz lavandera, y he perdido todo mi dinero, y no puedo pagar el billete, y tengo que llegar a casa esta noche de alguna manera, y no sé lo que voy a hacer. ¡Oh, madre querida, Es un mal asunto", dijo el maquinista reflexivamente. ¿Perdiste tu dinero y no puedes volver a casa, y además tienes niños esperándote, me atrevo a decir? Si, tengo niños, sollozó el Sapo. Y estarán hambrientos, y jugando con cerillas, y rompiendo lámparas, los pequeños inocentes, y peleándose, y haciendo cosas de chicos. ¡Oh, madre querida, Bien, le diré lo que haré - dijo el buen maquinista-. Eres una lavandera de oficio, dices. Si, eso soy. Y yo soy maquinista, como bien puede ver, y no se puede negar que es un trabajo terriblemente sucio. Consume muchas camisas, hasta que mi señora se cansa de lavarlas. Si lavas algunas camisas para mí cuando llegues a casa y me las envías, te llevaré en mi máquina. Va en contra de las normas de la Compañía, pero no somos muy exigentes en estas zonas tan apartadas". La miseria de Sapo se convirtió en éxtasis cuando subió a la cabina de la locomotora. Por supuesto, nunca había lavado una camisa en su vida, y no podría aunque lo intentara y, de todos modos, no iba a empezar; pero pensó: Cuando llegue sano y salvo a casa, y vuelva a tener dinero y bolsillos donde guardarlo, enviaré al maquinista lo suficiente para pagar una buena cantidad de ropa lavada, y eso será lo mismo, o mejor". El guarda agitó su bandera de bienvenida, el maquinista pitó en alegre respuesta y el tren salió de la estación. A medida que aumentaba la velocidad, y el Sapo podía ver a ambos lados de él, campos, árboles, setos, vacas y caballos, todos volando a su lado, y mientras pensaba que cada minuto lo acercaba más a casa, y a sus amigos comprensivos, y dinero para su bolsillo, y una cama blanda para dormir, y cosas buenas para comer, y alabanzas y admiración por el relato de sus aventuras y su astucia, empezó a dar saltitos y a gritar y a cantar fragmentos de canciones, para gran asombro del maquinista, que ya se había encontrado antes con lavanderas, durante periodos largos, pero nunca con una como aquélla.

Habían recorrido muchos kilómetros, y Sapo ya estaba pensando en lo que cenaría en cuanto llegase a casa, cuando se dio cuenta de que el maquinista, con expresión de perplejidad en el rostro, estaba inclinado sobre el costado de la locomotora y escuchaba atentamente. Luego lo vio subir a las chimeneas y mirar por encima del tren; después regresó y le dijo a Sapo: Es muy extraño; somos el último tren que circula en esta dirección esta noche, y sin embargo juraría que he oído a otro que nos seguía'.

Sapo cesó de inmediato sus frívolas payasadas. Se puso grave y deprimido, y un dolor agudo en la parte baja de la columna, que se comunicaba con las piernas, le hizo querer sentarse y tratar desesperadamente de no pensar en todas las posibilidades.

Para entonces, la luna brillaba intensamente y el maquinista, apoyado en la caldera, podía ver la línea que tenían detrás a gran distancia.

De pronto gritó: "¡Ya lo veo claramente! Es una locomotora, sobre nuestros raíles, que viene a gran velocidad. Parece como si nos persiguieran". El miserable Sapo,

agazapado en el polvo del carbón, se esforzaba por pensar en algo que hacer, con triste falta de éxito.

Nos están alcanzando rápidamente", gritó el maquinista. Y la locomotora está atestada de gente de lo más extraña. Hombres como antiguos guardias, agitando alabardas; policías con sus cascos, agitando porras; y hombres mal vestidos con sombreros de copa, obvios e inconfundibles detectives de paisano incluso a esta distancia, todos agitando revólveres y bastones; y todos gritando lo mismo: "¡Alto, alto, alto!". Entonces Sapo cayó de rodillas entre las brasas y, levantando las patas juntas en señal de súplica, gritó: "¡Sálveme, sálveme, querido señor maquinista, y lo confesaré todo! ¡No soy la simple lavandera que parezco ser! No tengo niños esperándome, ni inocentes ni nadie. Soy un sapo, el conocido y popular señor Sapo, propietario de tierras; acabo de escapar, por mi gran audacia y astucia, de un calabozo repugnante al que me habían arrojado mis enemigos; y si esos tipos de la locomotora me vuelven a capturar, habrá cadenas y pan y agua y paja y miseria una vez más para el pobre, infeliz e inocente Sapo. El maquinista le miró muy seriamente y le dijo: "Ahora di la verdad, ¿por qué te metieron en la cárcel? No fue gran cosa -respondió el pobre Sapo, poniéndose muy colorado-. Sólo tomé prestado un coche mientras los dueños estaban almorzando; no lo necesitaban en ese momento. No era mi intención robarlo, en realidad; pero la gente -especialmente los magistrados- tiene una opinión muy severa de las acciones imprudentes y temerarias". Me temo que has sido un sapo malvado, y por derecho debería entregarte a la justicia. Pero es evidente que estás en graves apuros, así que no te abandonaré. No soporto los coches de motor, por un lado; y no soporto que la policía me dé órdenes cuando voy en mi propio motor. Y ver a un animal llorando siempre me hace sentir raro y blando de corazón. ¡Así que ánimo, Sapo! Haré todo lo que pueda y puede que les ganemos". Amontonaron más carbón, paleando furiosamente; el horno rugía, las chispas saltaban, el motor saltaba y se balanceaba, pero sus perseguidores seguían avanzando lentamente. El maquinista, con un suspiro, se secó la frente con un puñado de algodón y dijo: "Me temo que no sirve de nada, Sapo. Verás, van ligeros y tienen mejor motor. Sólo nos queda una cosa por hacer, y es vuestra única oportunidad, así que prestad mucha atención a lo que os digo. A poca distancia delante de nosotros hay un largo túnel, y al otro lado de él la línea pasa a través de un espeso bosque. Ahora, voy a poner toda la velocidad que pueda mientras atravesamos el túnel, pero los otros compañeros reducirán un poco la marcha, naturalmente, por miedo a un accidente. Cuando hayamos pasado, cortaré el vapor y frenaré tan fuerte como pueda, y en el momento en que sea seguro hacerlo debéis saltar y esconderte en el bosque, antes de que pasen por el túnel y os vean. Entonces volveré a ir a toda velocidad, y podrán perseguirme si quieren, todo el tiempo que quieran y tan lejos como quieran. Ahora presta atención y prepárate para saltar cuando te lo diga". Amontonaron más carbón, y el tren se metió en el túnel, y la locomotora corrió, rugió y traqueteó, hasta que por fin salieron disparados al otro extremo, al aire fresco y a la pacífica luz de la luna, y vieron el bosque oscuro y servicial a ambos lados de la vía. El maquinista cortó el vapor y puso los frenos; Sapo se subió a la escalerilla, y cuando el tren aminoró la marcha hasta casi parar, oyó que el maquinista gritaba: "Ahora, salta". El sapo saltó, rodó

por un pequeño terraplén, se levantó ileso, se metió en el bosque y se escondió.

Al asomarse, vio que el tren recuperaba velocidad y desaparecía a gran velocidad.

Entonces salió del túnel la locomotora perseguidora, rugiendo y silbando, con su variada tripulación agitando sus diversas armas y gritando: "¡Alto! ¡Alto! ¡Alto!". Cuando pasaron, el Sapo soltó una carcajada, por primera vez desde que lo metieron en la cárcel. Pero pronto dejó de reírse cuando se dio cuenta de que ya era muy tarde, estaba oscuro y hacía frío, y él se encontraba en un bosque desconocido, sin dinero y sin posibilidad de cenar, y aún lejos de sus amigos y de su casa; y el silencio sepulcral de todo, después del estruendo y el ruido del tren, era algo chocante. No se atrevía a abandonar el refugio de los árboles, así que se internó en el bosque con la idea de dejar atrás el ferrocarril en la medida de lo posible.

Después de tantas semanas entre muros, el bosque le pareció extraño y poco amistoso, y proclive a burlarse de él. Las hurracas nocturnas, con su traqueteo característico, le hacían pensar que el bosque estaba lleno de guardias que le acechaban. Un búho, acercándose a él en picado y sin hacer ruido, le rozó el hombro con el ala, haciéndole dar un brinco con la horrible certeza de que se trataba de una mano; luego se alejó volando, como una palomilla, riendo en voz baja, lo que a Sapo le pareció de muy mal gusto. Una vez se encontró con un zorro que se detuvo, lo miró de arriba abajo con aire sarcástico y le dijo: "¡Hola, lavandera! Esta semana me faltan medio par de calcetines y una funda de almohada. Ten cuidado de que no vuelva a ocurrir", y se marchó, riéndose a carcajadas. Sapo buscó a su alrededor una piedra para arrojársela, pero no pudo encontrar ninguna, lo que le disgustó más que nada. Finalmente, con frío, hambre y cansancio, buscó el refugio de un árbol hueco, donde con ramas y hojas muertas se hizo una cama lo más cómoda que pudo, y durmió profundamente hasta la mañana siguiente.

IX

EMIGRANTES TODOS

LA Rata de agua estaba inquieta, y no sabía exactamente por qué. A todas luces, el esplendor del verano seguía en su apogeo, y aunque en las tierras labradas el verde había dado paso al oro, aunque los fresnos se estaban enrojeciendo y los bosques se veían salpicados aquí y allá de una ferocidad parda, la luz, el calor y el color seguían presentes en la misma medida, limpios de cualquier fría premonición del año que pasaba. Pero el coro constante de los huertos y los setos se había reducido a un canto casual de vigilia de unos pocos intérpretes que aún no se habían cansado; el petirrojo empezaba a imponerse una vez más; y había en el aire una sensación de cambio y de partida. El cuco, por supuesto, hacía tiempo que estaba en silencio; pero muchos otros amigos emplumados, parte del paisaje familiar y de su pequeña sociedad, también faltaban, y parecía que las filas disminuían día a día. La Rata, siempre observadora de todo movimiento alado, vio que la migración estaba tomando diariamente una tendencia hacia el sur; e incluso mientras yacía en la cama por la noche pensaba que podía distinguir, el paso en la oscuridad y el batir de las impacientes alas, obedientes a la llamada perentoria.

El Gran Hotel de la Naturaleza tiene su temporada, como los demás. A medida que los huéspedes, uno a uno, hacen las maletas, pagan y se marchan, y los asientos en la mesa de huéspedes se reducen lastimosamente en cada comida; a medida que se cierran las habitaciones, se retiran las alfombras y se despide a los camareros; aquellos huéspedes que se quedan, hasta la reapertura completa del año siguiente, no pueden evitar verse afectados por todas estas despedidas, por esa ansiosa discusión de planes, rutas y nuevos alojamientos, por esa reducción diaria en el fluir de la camaradería. Uno se siente inquieto, deprimido e inclinado hacia la queja, pero, ¿por qué esta ansia de cambio? ¿Por qué no quedarse aquí tranquilamente, como nosotros, y estar alegres? No conoces este hotel fuera de temporada, y qué bien nos lo pasamos entre nosotros, los compañeros que nos quedamos y vemos pasar todo el interesante año.

Todo eso es muy cierto, sin duda, responden siempre los demás; te envidiamos mucho, y quizás algún otro año, pero ahora mismo tenemos compromisos, y el autobús está en la puerta, ¡se nos ha acabado el tiempo! Así que se marchan, con una sonrisa y una inclinación de cabeza, y nosotros los echamos de menos y nos sentimos amargados. La Rata era una especie de animal autosuficiente, arraigada a la tierra, y, fuera quien fuera, allá se quedaba; aun así, no podía evitar fijarse en lo que había en el aire y sentir algo de su influencia en los huesos.

Era difícil concentrarse seriamente en algo, con tanto revoloteo. Dejando la orilla del agua, donde los juncos crecían espesos y altos en un arroyo que se estaba volviendo lento y bajo, vagó hacia el campo, cruzó uno o dos campos de pastos que ya parecían polvorientos y resecos, y se adentró en el gran mar de trigo, amarillo, ondulado y murmurante, lleno de silenciosos movimientos y pequeños susurros.

A menudo le gustaba pasear por allí, por el bosque de tallos tiesos y fuertes que llevaban su propio cielo dorado por encima de su cabeza, un cielo que siempre bailaba, brillaba, hablaba suavemente, o se mecía con fuerza al paso del viento y se recuperaba con una sacudida y una risa alegre. Aquí, también, tenía muchos pequeños amigos, una sociedad completa en sí misma, llevando vidas plenas y ocupadas, pero siempre con un momento libre para cotillear e intercambiar

noticias con un visitante. Hoy, sin embargo, aunque se mostraban civilizados, los ratones del campo y de la cosecha parecían preocupados. Muchos cavaban y cavaban túneles afanosamente; otros, reunidos en pequeños grupos, examinaban planos y dibujos de pequeños pisos, diseñados para ser deseables y compactos, y situados convenientemente cerca de los Almacenes. Algunos sacaban baúles y cestos polvorientos, otros ya estaban empacando sus pertenencias, mientras que por todas partes había montones y gavillas de trigo, avena, cebada, hayucos y nueces, listos para ser transportados.

'¡Aquí está la vieja Ratita!' gritaron en cuanto la vieron. Ven y echa una mano, Rata, ¡y no te quedes sin hacer nada! ¿Qué clase de juegos te traes entre manos?', dijo la Rata de agua con rudeza. Sabes que todavía no es tiempo de pensar en los refugios de invierno, ¡ni mucho menos! Sí, ya lo sabemos -explicó un ratón de campo bastante avergonzado-, pero siempre es mejor llegar a tiempo, ¿no? Tenemos que sacar de aquí todos los muebles, el equipaje y las provisiones antes de que esas horribles máquinas empiecen a dar vueltas por los campos; y luego, ya sabes, los mejores pisos se cogen muy deprisa hoy en día, y si llegas tarde tienes que conformarte con cualquier cosa; y además hay que arreglarlos mucho antes de que estén en condiciones de ser habitables. Por supuesto, llegamos pronto, ya lo sabemos; pero apenas estamos empezando".

Oh, molestos comienzos', dijo la Rata. Hace un día espléndido. Venid a remar, o a pasear por los setos, o a hacer un picnic en el bosque, o algo así". Bueno, creo que hoy no, gracias -respondió apresuradamente el ratón de campo-. La Rata, con un bufido de disgusto, dio media vuelta para irse, tropezó con una caja de sombreros y se cayó, con comentarios poco dignos.

Si la gente tuviera más cuidado", dijo un ratón de campo con bastante rudeza, "y mirara por dónde va, no se haría daño ni se olvidaría de sí misma".

Cuidado con ese hoyo señora Rata. Será mejor que te sientes en algún sitio. Dentro de una hora o dos estaremos más libres para atenderte". No estarás "libre", como tú lo llamas, mucho antes de Navidad, ya lo veo", replicó la Rata malhumorada, mientras salía del campo.

Volvió algo abatida a su río, su viejo río, fiel y constante, que nunca hacía las maletas, ni revoloteaba, ni se iba a sus refugios de invierno.

Entre los mimbres que bordeaban la orilla vio una golondrina posada. En seguida se le unió otra, y luego una tercera; y los pájaros, agitándose inquietos en su rama, hablaban entre sí con seriedad y en voz baja.

Qué, ya", dijo la Rata, acercándose a ellos. ¿A qué viene tanta prisa? Yo la llamo simplemente ridiculez.

Oh, todavía no nos hemos ido, si eso es lo que quieres decir", respondió la primera golondrina.

Sólo estamos haciendo planes y organizando las cosas. Hablándolo, ya sabes: qué ruta tomaremos este año, dónde pararemos, etcétera. Esa es la mitad de la diversión". ¿Divertido?", dijo la Rata, "eso es lo que no entiendo. Si tienes que dejar este agradable lugar, y a tus amigos que te echarán de menos, y tus acogedoras casas en las que acabas de instalarte, cuando llegue la hora no dudo de que te irás con valentía, y afrontarás todos los problemas e incomodidades y cambios y novedades, y harás creer que no eres muy infeliz. Pero querer hablar de ello, o incluso pensar en ello, hasta que realmente lo necesites... No, no lo entiendes, naturalmente -dijo la segunda golondrina-. Primero, lo sentimos agitarse

dentro de nosotros, una dulce inquietud; luego vuelven los recuerdos uno a uno, como palomas mensajeras. Revolotean en nuestros sueños por la noche, vuelan con nosotros en nuestras vueltas y revoloteos durante el día. Teníamos la necesidad imperiosa de preguntarnos unos a otros, de comparar notas y asegurarnos de que todo era realmente cierto, a medida que los olores, los sonidos y los nombres de lugares olvidados volvían poco a poco y nos llamaban". ¿No podríais parar sólo este año?", sugirió la Rata de agua con nostalgia.

Haremos todo lo posible para que te sientas como en casa. No tienes ni idea de lo bien que lo pasamos aquí, mientras tú estás lejos'. Un año intenté quedarme", dijo la tercera golondrina. Me había encariñado tanto con el lugar que cuando llegó el momento me quedé atrás y dejé que los demás siguieran sin mí. Durante unas semanas todo fue bastante bien, pero después, ¡oh, la fatigosa duración de las noches! Los días helados y sin sol. El aire tan húmedo y frío, ¡y ni un solo insecto en un acre de tierra! No, no sirvió de nada; mi valor se vino abajo, y una noche fría y tormentosa levanté el vuelo, volando tierra adentro a causa de los fuertes vendavales del este. Nevaba con fuerza mientras atravesaba los pasos de las grandes montañas, y tuve que librar una dura batalla; pero nunca olvidaré la dichosa sensación del sol caliente de nuevo sobre mi espalda mientras descendía a toda velocidad hacia los lagos que yacían tan azules y plácidos bajo mis pies, ¡y el sabor de mi primer insecto gordo! El pasado era como un mal sueño; el futuro eran felices vacaciones mientras avanzaba hacia el sur semana tras semana, con facilidad, perezosamente, demorándome todo a lo que me atrevía, ¡pero siempre atendiendo a la llamada! ¡No! Me lo habían advertido; nunca más pensé en desobedecer". Ah, sí, la llamada del Sur, del Sur", murmuraron los otros dos en un ensueño.

Sus canciones, sus matices, su aire radiante. Y, olvidando a la rata, se sumieron en apasionadas reminiscencias, mientras ella escuchaba fascinada, con el corazón ardiendo en su interior. También en sí misma supo que por fin vibraba aquella cuerda hasta entonces dormida e insospechada. El mero parloteo de estos pájaros del sur, sus informes pálidos y de segunda mano, tenían sin embargo el poder de despertar esta nueva sensación salvaje y emocionarle por completo; ¿qué efecto tendría en ella un momento de lo real, un toque apasionado del verdadero sol del sur, una bocanada del auténtico olor? Con los ojos cerrados se atrevió a soñar un momento en pleno abandono, y cuando volvió a mirar el río le pareció acerado y frío, los verdes campos grises y sin luz. Entonces su corazón leal pareció gritar a su yo más débil por su traición.

¿Por qué vuelven entonces?", preguntó celosamente a las golondrinas. ¿Qué encuentras que te atraiga en este pobre y monótono país? ¿Y crees -dijo la primera golondrina- que la otra llamada no es también para nosotros, a su debido tiempo? ¿La llamada de las praderas exuberantes, de los huertos húmedos, de los lagos cálidos y llenos de insectos, del ganado, de la henificación y de todas las granjas que se agrupan alrededor de la Casa del Alero Perfecto? ¿Crees -preguntó la segunda golondrina- que eres el único ser vivo que anhela con ansias volver a oír la nota del cuco? A su debido tiempo", dijo la tercera, "volveremos a tener nostalgia de los nenúfares tranquilos que se mecen en la superficie de un arroyo inglés. Pero hoy todo eso parece pálido y delgado y muy lejano. Ahora nuestra sangre baila otra música". Volvieron a parlotear entre ellos, y esta vez su embriagador parloteo hablaba de mares violetas, arenas doradas y paredes plagadas de lagartos.

Inquieta, la Rata se alejó una vez más, subió la pendiente que se elevaba suavemente desde la orilla norte del río, y se quedó mirando hacia el gran anillo de montañas que impedían su visión más al sur, su simple horizonte hasta entonces, sus Montañas de la Luna, su límite detrás del cual no había nada que le importara ver o conocer. Hoy, para ella, que miraba hacia el Sur con una necesidad recién nacida agitándose en su corazón, el cielo claro sobre su larga silueta baja parecía palpitar con promesa; hoy, lo invisible lo era todo, lo desconocido el único hecho real de la vida. A este lado de las colinas estaba ahora el verdadero espacio en blanco, al otro se extendía el panorama abarrotado y coloreado que su ojo interior estaba viendo con tanta claridad. ¡Qué mares se extendían más allá, verdes, saltarines y encrespados! ¡Qué costas bañadas por el sol, a lo largo de las cuales las villas blancas brillaban contra los bosques de olivos! ¡Qué puertos tranquilos, atestados de barcos galantes con destino a las islas púrpuras del vino y las especias, islas que se hundían en aguas lánquidas!

Se levantó y descendió una vez más hacia el río; luego cambió de idea y buscó la orilla del polvoriento sendero. Allí, semienterrado en la espesa y fresca maraña de setos que lo bordeaba, pudo meditar sobre el camino asfaltado y todo el maravilloso mundo al que conducía; sobre todos los caminantes, también, que podrían haberlo transitado, y las fortunas y aventuras que habían ido a buscar o encontrado sin buscar... ¡allá afuera, más allá... más allá!

Unas pisadas le llegaron al oído, y la figura de alguien que caminaba algo cansado se hizo visible; y vio que era una rata, y muy polvorienta. El caminante, al alcanzarla, la saludó con un gesto de cortesía que tenía algo de extraño, vaciló un momento y luego, con una agradable sonrisa, se apartó del camino y se sentó a su lado en la fresca hierba. Parecía cansado, y la Rata lo dejó descansar sin cuestionarlo, entendiendo algo de lo que estaba en sus pensamientos; sabiendo, también, el valor que todos los animales le dan a veces a la mera compañía silenciosa, cuando los músculos cansados se aflojan y la mente marca el tiempo.

El caminante era delgado y de rasgos afilados, y algo encorvado en los hombros; sus patas eran delgadas y largas, sus ojos muy arrugados en las esquinas, y llevaba pequeños aros de oro en sus bien formadas orejas. Su jersey de punto era de un azul descolorido, sus calzones, remendados y manchados, se dibujaban en un fondo azul, y las pequeñas pertenencias que llevaba estaban atadas en un pañuelo de algodón azul.

Cuando hubo descansado un rato, el forastero suspiró, aspiró el aire y miró a su alrededor. Eso era trébol, ese olorcillo cálido en la brisa -comentó-. Y esas son vacas a las que oímos segar la hierba detrás de nosotros y soplar suavemente entre bocado y bocado. Se oye el sonido de cosechadoras lejanas, y allá se eleva una línea azul de humo de cabaña junto al bosque. El río corre por algún lugar cercano, porque oigo la llamada de una gallineta, y veo por tu complexión que eres una marinera de agua dulce. Todo parece dormido y, sin embargo, continúa todo el tiempo. Llevas una buena vida, amigo; sin duda la mejor del mundo, ¡si fueras lo bastante fuerte para llevarla! Sí, es la vida, la única vida que hay que vivir", respondió la rata de agua desde su essueño y sin su habitual convicción.

No he dicho exactamente eso -replicó el forastero con cautela-, pero sin duda es la mejor. Lo he probado y lo sé. Y porque acabo de probarlo, durante seis meses, y sé que es lo mejor, aquí estoy yo, cansado y hambriento, alejándome hacia el sur, siguiendo la vieja llamada, de vuelta a la vieja vida, la vida que es mía y que no me dejará marchar". ¿Es éste otro de ellos?", reflexionó la Rata. ¿Y de dónde vienes?

preguntó. Apenas se atrevió a preguntar a dónde se dirigía; parecía conocer la respuesta demasiado bien.

De una bonita granja", respondió brevemente el caminante. Arriba, en esa dirección" - señaló hacia el norte. No importa. Tenía todo lo que podía desear, todo lo que tenía derecho a esperar de la vida, y más; ¡y aquí estoy! Pero me alegro de estar aquí, ¡me alegro de estar aquí! Tantas millas más en el camino, tantas horas más cerca del deseo de mi corazón". Sus ojos brillantes se mantenían fijos en el horizonte, y parecía estar escuchando algún sonido que faltase en aquella tierra interior, que sonaba con la alegre música de los pastos y los corrales.

No eres uno de los nuestros -dijo la rata de agua-, ni tampoco un granjero; ni siquiera, a mi juicio, de este país". Cierto -respondió el forastero-. Soy una rata marinera, y el puerto del que procedo es Constantinopla, aunque también allí soy una especie de extranjero, por así decirlo. ¿Habrás oído hablar de Constantinopla, amiga? Una ciudad hermosa, antigua y gloriosa. Y también habrás oído hablar de Sigurd, rey de Noruega, y de cómo navegó hasta allí con sesenta naves, y de cómo él y sus hombres cabalgaron por calles todas cubiertas con púrpura y oro en su honor; y de cómo el emperador y la emperatriz bajaron y festejaron con él a bordo de su nave. Cuando Sigurd regresó a casa, muchos de sus hombres del norte se quedaron y entraron a formar parte de la guardia del emperador, y mi antepasado, noruego de nacimiento, también se quedó con los barcos que Sigurd regaló al emperador. Marineros hemos sido siempre, y no es de extrañar; en cuanto a mí, que la ciudad donde nací no es ya mi hogar más que cualquier puerto agradable entre ella y el río de Londres. Los conozco todos, y ellos me conocen a mí. Póngame en cualquiera de sus muelles u orillas, y estaré en casa otra vez. Supongo que haces grandes viajes -dijo la rata de agua con creciente interés-.

Meses y meses sin ver tierra, con escasez de víveres y de agua, y tu mente en comunión con el poderoso océano, y todo ese tipo de cosas". De ninguna manera", respondió con franqueza la Rata de Mar. Una vida como la que describes no me convendría en absoluto. Me dedico al tráfico de mercancía y rara vez me pierdo de vista. Lo que más me atrae son los momentos alegres en tierra, tanto como la navegación. ¡Oh, esos puertos del sur! Su olor, los faros de noche, su glamour". Bueno, tal vez hayas elegido el mejor camino", dijo la rata de agua, pero con cierta duda. Cuéntame algo de tu navegación, entonces, si te apetece, y dime qué clase de cosecha podría esperar traer a casa un animal de carácter para calentar sus últimos días con recuerdos agradables junto a la chimenea; porque mi vida, te lo confieso, me parece hoy algo estrecha y limitada". Mi último viaje -comenzó la Rata de Mar-, que me condujo finalmente a este país, con grandes esperanzas puestas en mi granja en el interior, servirá como buen ejemplo de cualquiera de ellos y, de hecho, como una descripción de mi muy colorida vida. Los problemas familiares, como de costumbre, la iniciaron. Se levantó una tormenta doméstica y me embarqué a bordo de un pequeño buque mercante con destino a las islas griegas y el Levante desde Constantinopla, por mares clásicos cuyas olas palpitan con un recuerdo inmortal. Eran días dorados y noches templadas. Entrando y saliendo del puerto todo el tiempo, viejos amigos por todas partes, durmiendo en algún templo fresco o en una cisterna en ruinas durante el calor del día, ¡festejando y cantando después de la puesta del sol, bajo grandes estrellas en un cielo aterciopelado! Desde allí giramos y remontamos el Adriático, cuyas costas se bañaban en un agua ámbar,

rosa y aguamarina; descansamos en amplios puertos sin salida al mar, vagamos por ciudades antiguas y nobles, hasta que por fin una mañana, cuando el sol se alzaba majestuoso a nuestras espaldas, cabalgamos hacia Venecia por un camino de oro. Oh, Venecia es una hermosa ciudad, donde una rata puede vagar a sus anchas y disfrutar. O, cuando se cansa de vagabundear, puede sentarse al borde del Gran Canal por la noche, festejando con sus amigos, cuando el aire está lleno de música y el cielo lleno de estrellas, y las luces parpadean y brillan en las proas de acero pulido de las góndolas que se balancean, abarrotadas de tal manera que se podría caminar por el canal de un bote a otro. Y la comida: ¿le gusta el marisco? Bueno, bueno, no nos detendremos en eso ahora". Guardó silencio durante un rato; y la rata de agua, silenciosa también y embelesada, flotó sobre canales de ensueño y oyó una canción fantasmal que repicaba en lo alto entre vaporosas paredes grises bañadas por las olas.

Por fin volvimos a navegar hacia el sur -continuó la Rata de Mar-, bordeando la costa italiana, hasta que por fin llegamos a Palermo, y allí me retiré para pasar una larga y feliz temporada en tierra. Nunca me quedo demasiado tiempo en un solo barco; uno se vuelve estrecho de miras y prejuicios. Además, Sicilia es uno de mis cotos de caza más felices. Allí conozco a todo el mundo y sus costumbres se adaptan a mí. Pasé muchas semanas alegres en la isla, quedándome con amigos en el campo. Cuando volví a inquietarme, aproveché un barco que viajaba a Cerdeña y Córcega, y me alegré mucho de volver a sentir la brisa fresca y el rocío del mar en la cara". Pero, ¿no hace mucho calor y está muy cargada la bodega, creo que usted lo mencionò?", preguntó la rata de agua.

El marino la miró con la sospecha de un guiño. Soy un veterano", comentó con mucha sencillez. El camarote del capitán es suficiente para mí". Es una vida dura, por lo que dicen", murmuró la Rata, sumida en profundos pensamientos.

Para la tripulación lo es", replicó el marino con gravedad, de nuevo con el fantasma de un guiño.

Desde Córcega", prosiguió, "utilicé un barco que llevaba vino a tierra continental. Llegamos a Alassio al anochecer, atracamos, subimos nuestros barriles de vino y los echamos por la borda, atados uno a otro por un largo cable. Luego la tripulación subió a los botes y remó hacia la costa, cantando mientras avanzaban y arrastrando tras ellos la larga procesión de barriles, como una milla de largo. En la arena esperaban los caballos, que arrastraban los barriles por la empinada calle del pueblecito con gran estrépito. Cuando terminó el último barril, fuimos a refrescarnos y a descansar, y nos quedamos sentados hasta bien entrada la noche, bebiendo con nuestros amigos, y a la mañana siguiente me fui a los grandes olivares para pasar un rato y descansar. Ya había terminado con las islas por el momento, y los puertos y la navegación eran abundantes; así que llevé una vida perezosa entre los campesinos, tumbado y observándoles trabajar, o estirado en lo alto de la ladera con el azul Mediterráneo muy por debajo de mí. Y así, por etapas fáciles, en parte a pie, y en parte por mar, llegué hasta Marsella, y entonces el encuentro de viejos compañeros, y la visita de grandes navíos oceánicos, y las fiestas una vez más. ¡Hablando de mariscos! A veces sueño con los mariscos de Marsella y me despierto llorando". Eso me recuerda -dijo la educada rata de agua- que por casualidad mencionaste que tenías hambre, y debí haber hablado antes. Por supuesto, ¿te detendrás y tomarás tu comida del mediodía conmigo? Mi madriguera está cerca; ya ha pasado el mediodía, y sois bienvenidos a lo que haya". Me parece muy amable y fraternal de tu parte", dijo la Rata de Mar. Estaba hambriento cuando me senté, y desde que mencioné inadvertidamente el marisco, mis ansias han sido

extremas. Pero, ¿no podrías traerlo aquí? No soy muy aficionado a bajar a las madrigueras, a menos que me vea obligado a ello; y entonces, mientras comemos, podría contarte más cosas sobre mis viajes y la agradable vida que llevo... al menos, es muy agradable para mí, y por tu atención creo que te gusta; mientras que si nos metemos en tu madriguera, es cien a uno que me quedará dormido enseguida". Excelente sugerencia", dijo la Rata de agua, y se apresuró a marcharse a casa. Allí sacó la fiambreira y preparó una comida sencilla, en la que, recordando el origen y las preferencias del forastero, tuvo cuidado de incluir una barra de pan francés, una salchicha de la que brotaban los ajos, un poco de queso que se acostaba y lloraba, y un frasco envuelto en paja de cuello largo en el que yacía el sol embotellado, derramado y cosechado en las lejanas laderas del sur. Así cargada, regresó a toda velocidad, y se sonrojó de placer ante los elogios del viejo marinero a su gusto y juicio, mientras juntos desembalaban la cesta y depositaban el contenido sobre la hierba junto al camino.

La Rata de Mar, en cuanto calmó un poco su hambre, continuó la historia de su último viaje, conduciendo a su sencillo oyente de puerto en puerto de España, desembarcándolo en Lisboa, Oporto y Burdeos, presentándole los agradables puertos de Cornualles y Devon, y así remontando el Canal hasta aquel muelle final, donde, desembarcaron tras largos vientos contrarios, azotado por las tormentas y la intemperie, había entonces captado los primeros indicios mágicos y presagios de otra primavera y, animado por ellos, había emprendido una larga caminata hacia el interior, hambriento de experimentar la vida en alguna tranquila granja, muy lejos de los cansados latidos del mar.

Hechizada y temblorosa de excitación, la Rata de agua siguió al Aventurero legua tras legua, por bahías tormentosas, a través de radas atestadas de gente, a través de las barras de los puertos con la marea alta, remontando ríos serpenteantes que ocultaban sus pequeñas y bulliciosas ciudades tras un giro repentino; y le dejó con un suspiro de pesar sobre su aburrida granja del interior, de la que no deseaba oír nada.

Para entonces su comida había terminado, y el Marino, fresco y satisfecho, su voz más vibrante, sus ojos iluminados con un resplandor que parecía capturado de algún lejano faro marino, llenó su vaso con la roja y brillante cosecha del Sur, e inclinándose hacia la rata de agua, obligó su mirada y la sostuvo, en cuerpo y alma, mientras hablaba. Aquellos ojos eran del cambiante gris verdoso cubierto de espuma de los saltos de los mares del Norte; en el vaso brillaba un rubí caliente que parecía el mismísimo corazón del Sur, latiendo para aquel que tuviera el valor de someterse a su latido. Las luces gemelas, la gris cambiante y la roja firme, dominaron a la rata de agua y la mantuvieron atada, fascinada, impotente. El mundo tranquilo fuera de sus rayos se alejó y dejó de existir. Y la conversación, la maravillosa conversación fluía, ¿era sólo conversación, o se convertía a veces en canción: el canto de los marineros que levaban el ancla goteando, el zumbido sonoro de las velas en un desgarrador nordeste, la balada del pescador que recogía sus redes al atardecer contra un cielo de albaricoque, los acordes de guitarra y mandolina de la góndola o el canal? ¿Se transformó en el grito del viento, quejumbroso al principio, furiosamente estridente al refrescar, elevándose en un silbido desgarrador, y hundiéndose en un goteo musical de aire de la vela? Todos estos sonidos veían al oyente hechizado, y con ellos la queja hambrienta de las gaviotas y los maullidos del mar, el suave trueno de la ola que rompía, el grito de la piedra que protestaba. Volvió a hablar, y

con el corazón palpitante seguía las aventuras de una docena de puertos de mar, las luchas, las huidas, las concentraciones, las camaraderías, las empresas heroicas; o buscaba tesoros en las islas, pescaba en lagunas tranquilas y dormitaba todo el día sobre la cálida arena blanca. Oía hablar de la pesca en alta mar y de las poderosas reuniones plateadas de la red kilométrica; de peligros repentinos, del ruido de las rompientes en una noche sin luna, o de las altas proas del gran transatlántico perfilándose en lo alto a través de la niebla; de la alegre vuelta a casa, las luces del puerto abiertas; los grupos vistos tenuemente en el muelle, el granizo alegre, el chapoteo de la gaviota; la caminata por la empinada callejuela hacia el reconfortante resplandor de las ventanas con cortinas rojas. Por último, en su sueño de vigilia le pareció que el Aventurero se había puesto en pie, pero que seguía hablando, que seguía sujetándole con sus ojos grises como el mar.

Y ahora -decía en voz baja- emprendo de nuevo el camino, siguiendo hacia el sudoeste durante un largo y polvoriento día, hasta que por fin llego a la pequeña y gris ciudad costera que conozco tan bien y que se aferra a un lado escarpado del puerto. Allí, a través de oscuros portales, se ven tramos de escaleras de piedra, dominados por grandes mechones rosados de valeriana y que terminan en un trozo de agua azul centelleante. Los barquitos que yacen amarrados a los anillos y puntales del viejo malecón están tan alegremente pintados como aquellos a los que yo subía y bajaba en mi infancia; los salmones saltan con la marea alta, los cardúmenes de caballas relampaguean y juegan junto a los muelles y las riberas, y junto a las ventanas los grandes barcos se deslizan, noche y día, hasta sus amarras o hacia mar abierto. Allí, tarde o temprano, llegan los barcos de todas las naciones marineras; y allí, a su hora destinada, el barco de mi elección soltará el ancla. Me tomaré mi tiempo, me demoraré y esperaré, hasta que por fin me espere el barco adecuado, navegando en medio de la corriente, cargado y con el bauprés apuntando hacia el puerto. Me deslizaré a bordo, en bote o por cuerdas, y una mañana me despertaré con el canto y el traqueteo de los marineros, el tintineo del cabrestante y el sonar de la cadena del ancla entrando alegremente. Desplegaremos el foque y el trinquete, las casas blancas del puerto se deslizarán lentamente a nuestro lado mientras el barco toma el timón, ¡y el viaje habrá comenzado! Cuando se dirija hacia el frente, se cubrirá de lona; y entonces, una vez fuera, ¡el sonoro golpe de los grandes mares verdes cuando se incline hacia el viento, apuntando al Sur!

Y tú también vendrás, joven hermana, porque los días pasan y nunca vuelven, y el Sur aún te espera. Emprende la aventura, atiende la llamada antes de que pase el momento irrevocable". No es más que un golpe de la puerta detrás de ti, un hermoso paso adelante, y estarás fuera de la vieja vida y dentro de la nueva. Entonces, algún día, dentro de mucho tiempo, trotarás hasta aquí si quieres, cuando la copa se haya vaciado y la obra haya terminado, y te sentarás junto a tu tranquilo río con un montón de buenos recuerdos como compañía. Podrás alcanzarme fácilmente en el camino, pues tú eres joven y yo envejezco y avanzo suavemente. Me detendré y miraré hacia atrás, y al fin te veré llegar, ansiosa y alegre, con todo el Sur en tu rostro". La voz se apagó y cesó como la diminuta voz de un insecto se apaga rápidamente en el silencio; y la rata de agua, paralizada y mirando fijamente, no vio al fin más que una mancha distante en la blanca superficie del camino. Se levantó automáticamente y procedió a empaquetar de nuevo la cesta del almuerzo, con cuidado y sin prisas. Volvió a su casa, reunió algunos pequeños artículos de primera necesidad y tesoros especiales a los que tenía cariño, y los guardó en una cartera;

actuó con lenta deliberación, moviéndose por la habitación como una sonámbula, escuchando siempre con los labios entreabiertos. Se echó la mochila al hombro, eligió cuidadosamente un bastón robusto para el camino y, sin prisa pero sin pausa, cruzó el umbral justo cuando el Topo aparecía en la puerta.

¿Adónde vas, Ratita?", preguntó el Topo muy sorprendido, agarrándola del brazo.

Voy al Sur, con los demás", murmuró la Rata en un tono monótono y soñador, sin mirarle. Primero hacia el mar y luego a bordo de un barco, y así hacia las costas que me llaman". Avanzaba resueltamente, aún sin prisa, pero con tenaz firmeza de propósito; pero el Topo, ahora completamente alarmado, se colocó frente a ella, y mirándola a los ojos vio que estaban vidriosos y fijos y se habían vuelto de un gris estriado y cambiante: ¡no eran los ojos de su amiga, sino los ojos de algún otro animal! Agarrándola con fuerza la arrastró al interior, la tiró al suelo y la sujetó.

La Rata luchó desesperadamente durante unos instantes, y luego sus fuerzas parecieron abandonarla de repente, y se quedó inmóvil y exhausta, con los ojos cerrados, temblando. En seguida, el Topo le ayudó a levantarse y la sentó en una silla, donde se quedó desplomada y encogida sobre sí misma, con el cuerpo sacudido por violentos escalofríos, que con el tiempo derivaron en un ataque histérico de sollozos secos. Topo cerró la puerta, metió la cartera en un cajón y lo cerró con llave, y se sentó tranquilamente en la mesa junto a su amiga, esperando a que pasara el extraño ataque. Poco a poco la Rata se fue hundiendo en un sueño agitado, interrumpido por sobresaltos y murmullos confusos de cosas extrañas y salvajes y ajenas al poco ilustrado Topo; y de ahí pasó a un sueño profundo.

Muy preocupado, el Topo la dejó por un tiempo y se ocupó de los asuntos de la casa; y estaba oscureciendo cuando regresó a la casa y encontró a la Rata donde la había dejado, bien despierta, pero apática, silenciosa y abatida. Le echó una mirada apresurada a los ojos; los encontró, para su gran satisfacción, oscuros y marrones de nuevo como antes; y entonces se sentó y trató de animarle y ayudarle a contar lo que le había sucedido.

El pobre Ratty hizo todo lo que pudo, poco a poco, para explicarle las cosas; pero ¿cómo podía poner en palabras frías lo que había sido sobre todo sugestión? ¿Cómo recordar, en beneficio de otro, las inquietantes voces marinas que le habían cantado, cómo reproducir de segunda mano la magia de los cien recuerdos del Marino? Incluso a él mismo, ahora que el hechizo se había roto y el encanto había desaparecido, le resultaba difícil explicar lo que hacía unas horas le había parecido inevitable y único. No es de extrañar, pues, que no lograra transmitir al Topo una idea clara de lo que había vivido aquel día.

Para el Topo esto estaba claro: el trastorno había pasado y le había dejado sana de nuevo, aunque sacudida y abatida por la experiencia. Pero parecía haber perdido todo interés por el momento en las cosas que componían su vida cotidiana, así como en todas las previsiones agradables de los días y las acciones que seguramente traería el cambio de estación.

Casualmente, entonces, y con aparente indiferencia, el Topo dirigió su conversación a la cosecha que se estaba recogiendo, los imponentes carros y sus esforzadas carretas, los crecientes almiarés y la gran luna que se alzaba sobre las desnudas hectáreas salpicadas de gavillas.

Habló de las manzanas enrojecidas de los alrededores, de las nueces que se doraban, de mermeladas y conservas y de la destilación de licores; hasta que, por etapas fáciles como éstas, llegó al pleno invierno, a sus alegrías cordiales y a su acogedora vida hogareña, y entonces se volvió una persona completamente poética.

Poco a poco la Rata empezó a incorporarse y a participar. Sus ojos apagados se iluminaron y perdió parte de su actitud de espectador.

Al poco rato, el Topo, que tenía mucho tacto, se escabulló y regresó con un lápiz y unas cuantas medias hojas de papel, que colocó sobre la mesa, junto al codo de su amigo.

Hace mucho tiempo que no escribes poesía -comentó-. Podrías intentarlo esta noche, en lugar de... bueno, de darle tantas vueltas a las cosas. Tengo la idea de que te sentirás mucho mejor cuando hayas anotado algo, aunque sólo sean las rimas". La Rata apartó el papel de él con cansancio, pero el Topo aprovechó la ocasión con discreción para salir de la habitación, y cuando volvió a asomarse algún tiempo después, la Rata estaba absorta y sorda al mundo; haciendo garabatos a ratos y chupando la punta de su lápiz. Es cierto que chupaba mucho más de lo que garabateaba; pero era una alegría para el Topo saber que al menos la recuperación había comenzado.

MAS AVENTURAS DEL SEÑOR SAPO

LA PUERTA principal del árbol hueco daba hacia el este, por lo que Sapo se despertò a una hora temprana; en parte por la brillante luz del sol que entraba a raudales sobre él, en parte por la excesiva frialdad de los dedos de los pies, que le hacían soñar que estaba en casa, en la cama, en su propia y hermosa habitación con la ventana Tudor, en una fría noche de invierno, y que sus ropas de cama se habían levantado, refunfuñando y protestando que no podían soportar más el frío, y habían corrido escaleras abajo hasta el fuego de la cocina para calentarse; y él les había seguido, descalzo, a lo largo de kilómetros y kilómetros de pasadizos empedrados y helados, discutiendo y suplicándoles que fueran razonables. Probablemente se habría despertado mucho antes, de no haber dormido durante varias semanas sobre paja, sobre baldosas de piedra, y casi olvidado la agradable sensación de las gruesas mantas bien estiradas hasta la barbilla.

Sentado, se frotó primero los ojos y luego los dedos de los pies, se preguntó por un momento dónde estaba, buscando el familiar muro de piedra y la pequeña ventana enrejada; luego, con un salto del corazón, recordó todo: su huida, su escape, su persecución; recordó, lo primero y mejor de todo, ¡que era libre!

¡Libre! Sólo la palabra y el pensamiento valían cincuenta mantas. Sintió calor de punta a punta al pensar en el alegre mundo exterior, que esperaba ansioso a que hiciera su entrada triunfal, dispuesto a servirle y a hacerle juego, ansioso de ayudarle y de hacerle compañía, como siempre había sido en los viejos tiempos, antes de que la desgracia cayera sobre él. Se sacudió y se quitó con los dedos las hojas secas del pelo; y, terminado su aseo, salió al cómodo sol de la mañana, frío pero confiado, hambriento pero esperanzado, disipados todos los miedos de ayer por el descanso y el sueño y el sol franco y alentador.

Aquella temprana mañana de verano tenía el mundo para él solo. El rocío del bosque, a medida que lo recorría, era solitario y tranquilo: los verdes campos que seguían a los árboles eran suyos para hacer con ellos lo que quisiera; el camino mismo, cuando lo recorría, en esa soledad que lo invadía todo, parecía, como un perro callejero, estar buscando ansiosamente compañía. Sapo, sin embargo, buscaba alguien que hablara y le indicara claramente el camino que debía seguir. Está muy bien, cuando se tiene el corazón ligero y la conciencia tranquila, y dinero en el bolsillo, y nadie recorre el país en tu busca para arrastrarte de nuevo a la cárcel, seguir el camino que hace señas, sin preocuparse por hacia dónde. Al Sapo que era una persona muy práctica le importaba mucho, y podría haber pateado la carretera por su silencio impotente cuando cada minuto era importante para él.

Al reservado camino rústico se le unió enseguida un tímido hermanito en forma de canal, que tomó su mano y deambuló a su lado en perfecta confianza, pero con la misma actitud deslenguada y poco comunicativa hacia los extraños. Que se fastidien", se dijo Sapo. Pero, de todos modos, una cosa está clara. Ambos deben venir de alguna parte y dirigirse a alguna parte. Sapo, no puedes sólo ignorarlo". Así que avanzó pacientemente por la orilla del agua.

Al doblar un recodo del canal se acercó un caballo solitario, inclinado hacia adelante como si pensara angustiosamente. Desde unos cordeles atados a su cuello se extendía otro largo cordel, tenso, pero que se hundía con la distancia, y la parte más lejana goteaba un líquido nacarado.

Sapo dejó pasar al caballo y se quedó esperando lo que el destino le deparaba.

Con un agradable remolino de agua tranquila en su proa sin punta, la barcaza se deslizó junto a él, su borda pintada alegremente hasta la base, su única ocupante, una mujer corpulenta que llevaba un gorro de lino, con un brazo musculoso apoyado en el timón.

Bonita mañana, señora", le dijo a Sapo cuando pasó por su lado.

Me atrevo a decir que sí, señora", respondió Sapo cortésmente, mientras caminaba por el camino de la ribera junto a ella. Me atrevo a decir que es una buena mañana para los que no tienen problemas, como yo. Tengo a mi hija casada, y me manda que vaya a verla enseguida; así que voy, sin saber lo que puede pasar o lo que va a pasar, pero temiéndome lo peor, como usted comprenderá, señora, si también es madre. Y he dejado que mi negocio se las arregle solo -me dedico a la lavandería, usted debe saberlo, señora- y he dejado que mis hijos pequeños se las arreglen solos, y no existe un grupo de jóvenes más traviosos y problemáticos, señora; he perdido todo mi dinero, y he perdido mi camino, y en cuanto a lo que pueda sucederle a mi hija casada, ¡no quiero ni pensarlo! ¿Dónde vive su hija casada?", preguntó la barquera.

Vive cerca del río, señora", respondió Sapo. Cerca de una bonita casa llamada la casa de Sapo, que está por aquí cerca. Tal vez haya oído hablar de ella". ¿La casa de Sapo? Yo también voy en esa dirección -respondió la barquera-

Este canal se une al río unas millas más adelante, un poco más arriba de la casa de Sapo, y luego será fácil llegar a pié. Acompañame en la barcaza y le llevaré". Dirigió la barcaza cerca de la orilla, y Sapo, con muchos agradecimientos humildes, subió a bordo y se sentó con gran satisfacción. Sapo ha vuelto a tener suerte", pensó. Siempre salgo ganando". ¿Así que se dedica al lavado, señora?", dijo cortésmente la mujer de la barcaza, mientras se deslizaban. Y me atrevería a decir que tiene un negocio muy bueno, si no me equivoco al decirlo'. El mejor negocio de todo el país", dijo Sapo con aire desenfadado. Toda la alta burguesía acude a mí, no acudirían a ningún otro aunque les pagaran, me conocen tan bien. Comprendo perfectamente mi trabajo y me ocupo de todo yo misma. Lavar, planchar, almidonar, confeccionar las camisas finas de los caballeros para la noche... ¡todo se hace bajo mi propia supervisión!". Pero, ¿no hace usted todo ese trabajo, señora?", preguntó respetuosamente la barquera.

Oh, tengo chicas", dijo Sapo con ligereza: Veinte chicas o así, siempre trabajando. Pero ya sabe lo que son las chicas, señora. Así las llamo yo, ¡pequeñas zorras asquerosas! Yo también -dijo la barquera con gran efusividad-. Pero me atrevería a decir que vosotras ponéis a las vuestras en su sitio, ¡esas zorras ociosas! ¿Te gusta mucho lavar? Me encanta", dijo Sapo. Me encanta. Nunca soy tan feliz como cuando tengo los dos brazos en la tina. Pero, además, ¡me resulta tan fácil! Sin ningún problema. "¡Un verdadero placer, se lo aseguro, señora! Qué suerte la suya", observó pensativa la barquera.

Una buena suerte para los dos". ¿A qué se refiere?", preguntó Sapo, nervioso.

Bueno, mírame", respondió la barquera. A mí también me gusta lavar, igual que a ti; y además, me guste o no, tengo que hacerlo todo yo, naturalmente, moviéndome como me muevo. Ahora bien, mi marido es un tipo que rehúye tanto su trabajo y me deja la barcaza a mí, que yo no tengo ni un momento para ocuparme de mis propios asuntos. Por derecho él debería estar aquí ahora, dirigiendo o atendiendo al caballo, aunque por suerte el caballo es lo bastante sensato como para ocuparse de sí mismo. En lugar de eso, se ha ido con el perro, a ver si pueden coger un conejo en alguna parte para la cena. Dice que me alcanzará en la próxima esclusa. No confío en él una vez que se vaya con ese perro, que es peor que él. Pero mientras tanto, ¿cómo voy a seguir con mi lavado? No te preocupes por el lavado", dijo Sapo, rechazando el tema. Trate de concentrarse en ese conejo. Un conejo joven y gordo, te lo aseguro. ¿Tiene cebollas? No puedo pensar en otra cosa que no sea mi lavandería -dijo la barquera-, y me extraña que hable de conejos con una perspectiva tan feliz. Hay un montón de cosas mías que encontrará en un rincón del camarote. Si ve una o dos de las más necesarias -no me atreveré a describírselas a una dama como usted, pero las reconocería usted a primera vista- si las mete en la bañera mientras vamos de camino, será un placer para usted, como bien dice, y una verdadera ayuda para mí. Tendrá una bañera a mano, jabón, una tetera en el fuego y un cubo para traer agua del canal. Así sabré que se divierte, en vez de estar aquí sentada sin hacer nada, mirando el paisaje y bostezando sin parar'. Déjame conducir", dijo Sapo, muy asustado, "y así podrá seguir lavando a su manera. Podría estropear sus cosas, o no hacerlas como a usted le gusta. Yo estoy más acostumbrada a las cosas de los caballeros. Es mi especialidad". ¿Dejarle conducir?", respondió riendo la barquera. Hace falta práctica para conducir bien una barcaza. Además, es un trabajo aburrido, y quiero que usted esté feliz. No, tú harás el lavado que tanto te gusta, y yo me ceñiré a la conducción de la barcaza. No intente privarme del placer de satisfacerle un capricho". Sapo estaba acorralado. Buscó una escapatoria por todas partes, vio que estaba demasiado lejos de la orilla para dar un salto y se resignó malhumorado a su suerte. Si hay que llegar a eso", pensó desesperado, "supongo que cualquier tonto puede lavar". Cogió una bañera, jabón y otros artículos del camarote, seleccionó algunas prendas al azar, trató de recordar lo que había visto en miradas casuales a través de las ventanas de la lavandería y se puso manos a la obra.

Pasó una larga media hora, y cada minuto que pasaba Sapo se enfadaba más y más. Nada de lo que le hacía a las prendas parecía servir o surtir efecto. Intentó sambuir las, golpearlas, aporrearlas, pero ellas le sonreían desde la bañera, aun sucias y felices en su pecado original. Una o dos veces miró nerviosamente por encima del hombro a la mujer de la barcaza, pero ella parecía estar mirando al frente, absorta en el timón. Le dolía mucho la espalda y notó con consternación que sus patas empezaban a arrugarse. Ahora Sapo estaba muy orgulloso de sus patas. Murmuró en voz baja palabras que nunca deberían salir de los labios de una lavandera, ni de un Sapo, y perdió el jabón por quincuagésima vez.

Una carcajada le hizo enderezarse y mirar a su alrededor. La barquera estaba echada hacia atrás y reía desenfrenadamente, hasta que las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Te he estado observando todo el tiempo", exclamó. Siempre pensé que eras una charlatana, por tu manera engreída de hablar. Bonita lavandera eres. No has lavado más que un plato en tu vida, ¡te lo aseguro! El temperamento de Sapo, que había estado hirviendo a fuego lento durante algún tiempo, se desbordó y perdió todo el control de sí mismo.

"¡Mujer vulgar, baja y gorda! ¡No te atrevas a hablar así ante mí! ¡Lavandera! Quiero que sepas que soy un Sapo, un Sapo muy conocido, respetado y distinguido. Puede que en estos momentos esté un poco deprimido, ¡pero no se burlará de mí una barquera! La mujer se acercó a él y miró bajo su gorro con atención y detenimiento. Vaya, ¡así es! exclamó. Bueno, ¡yo nunca...! Un Sapo horrible, asqueroso y rastrero. Y en mi bonita y limpia barcaza, ¡además! Eso es algo que no permitiré". Dejó el timón por un momento. Un gran brazo moteado salió disparado y agarró a Sapo por una pata delantera, mientras el otro lo sujetaba con fuerza por una pata trasera. Entonces el mundo dio un vuelco repentino, la barcaza pareció revolotear ligeramente por el cielo, el viento silbó en sus oídos y Sapo se encontró volando por el aire, girando rápidamente a medida que avanzaba.

El agua, cuando por fin llegó a ella con un sonoro chapoteo, resultó bastante fría para su gusto, aunque su frialdad no fue suficiente para calmar su orgulloso espíritu, ni para aplacar el calor de su furioso temperamento. Subió a la superficie balbuceando, y cuando se hubo quitado el agua de los ojos, lo primero que vio fue a la gorda barquera que le miraba por encima de la popa de la barcaza en retirada y se reía; y Sapo juró, mientras tosía y se atragantaba, que se vengaría de ella.

Se dirigió a la orilla, pero la bata de algodón dificultaba enormemente sus esfuerzos, y cuando por fin tocó tierra le costó subir sin ayuda por la empinada orilla. Tuvo que tomarse uno o dos minutos de descanso para recobrar el aliento; luego, recogiendo bien las faldas mojadas sobre los brazos, echó a correr tras la barcaza tan rápido como le permitían sus piernas, enloquecido de indignación, sediento de venganza.

La barquera seguía riendo cuando él llegó a su lado. Pásate a ti mismo por el secador, lavandera -le gritó-, pláncate la cara y enróscatela, y pasarás por un Sapo bastante decente". Sapo no se detuvo a responder. Lo que él quería era una venganza sólida, no triunfos verbales baratos, aunque tenía en mente una o dos cosas que le hubiera gustado decir. Vio lo que quería delante de él. Corrió a toda velocidad, alcanzó al caballo, soltó la cuerda de remolque, saltó ligeramente sobre su lomo y lo impulsó al galope dándole vigorosas patadas en los costados. Se dirigió a campo abierto, abandonando el camino de tierra y guiando a su corcel por un sendero lleno de baches. Una vez miró hacia atrás y vio que la barcaza había encallado al otro lado del canal, y que la mujer de la barcaza gesticulaba salvajemente y gritaba: "¡Alto, alto, alto! Ya he oído esa canción antes", dijo Sapo, riendo, mientras seguía espoleando a su corcel en su alocada carrera.

El caballo no era capaz de hacer un esfuerzo por mucho tiempo, y su galope pronto se convirtió en trote, y su trote en un paseo fácil; pero Sapo estaba bastante contento con esto, sabiendo que él, en todo caso, se movía, y la barcaza no.

Había recobrado el buen humor, ahora que había hecho algo que le parecía realmente inteligente, y se contentó con trotar tranquilamente bajo el sol, conduciendo su caballo por

caminos secundarios y senderos de herradura, y tratando de olvidar cuánto tiempo hacía que no comía bien, hasta que el canal quedó muy lejos de él.

El caballo y él habían recorrido algunas millas, y se sentía somnoliento bajo el ardiente sol, cuando el caballo se detuvo, bajó la cabeza y empezó a mordisquear la hierba; y Sapo, al despertarse, se salvó de caerse haciendo un esfuerzo.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba en una amplia zona, llena de tojos y zarzas hasta donde alcanzaba la vista. Cerca de él había una cochambrosa caravana de gitanos, y junto a ella un hombre sentado en un cubo boca-abajo, muy ocupado fumando y con la mirada perdida en el ancho mundo. Cerca ardía un fuego de palos, y sobre el fuego colgaba una olla de hierro, de la que salían burbujas y gorgoteos, y un vago vapor algo sugerente. También olores -cálidos, ricos y variados- que se entrelazaban y retorcían y se envolvían al fin en un olor completo, voluptuoso, perfecto, que parecía el alma misma de la Naturaleza tomando forma y apareciéndose a sus hijos, una verdadera diosa, una madre de solaz y consuelo. Sapo ahora sabía muy bien que nunca antes había tenido hambre de verdad. Lo que había sentido a primera hora del día había sido un mero escalofrío. Por fin se trataba de algo real, y no de un error; y además habría que ocuparse de ello rápidamente, o alguien tendría problemas de verdad. Observó detenidamente al gitano, preguntándose vagamente si sería más fácil pelear con él o engatusarlo. Se sentó, pues, y olfateó y olfateó, y miró al gitano; y el gitano se sentó y fumó, y le miró.

De pronto, el gitano se sacó la pipa de la boca y le dijo despreocupado: "¿Quieres vender ese caballo tuyo? Sapo estaba completamente desconcertado. No sabía que los gitanos eran muy aficionados al comercio de caballos y que nunca perdían una oportunidad, y no había reflexionado que las caravanas estaban siempre en movimiento y necesitaban muchos caballos para tirar de los remolques. No se le había ocurrido convertir el caballo en dinero, pero la sugerencia del gitano pareció allanarle el camino hacia las dos cosas que tanto deseaba: dinero fácil y un buen desayuno.

¿Qué?", dijo, "¿vender este hermoso y joven caballo mío? Oh, no; ni hablar. ¿Quién va a llevar la ropa a casa de mis clientes cada semana? Además, le tengo demasiado cariño y él me adora". Intenta querer a un burro", sugirió el gitano. Hay gente que lo hace". No te das cuenta -continuó Sapo- de que este caballo mío está muy por encima de ti. Es un caballo de sangre, en parte; no la parte que tú ves, por supuesto; otra parte.

Y ha sido un Premio Hackney, también, en su tiempo... ese fue el tiempo antes de que lo conocieras, pero aún puedes notarlo en él de un vistazo, si entiendes algo de caballos. No, no hay que pensar en ello ni por un momento. De todos modos, ¿cuánto estarías dispuesto a ofrecermelo por este hermoso y joven caballo mío? El gitano miró el caballo, luego miró a Sapo con la misma atención y volvió a mirar al caballo. Un chelín por pata", dijo brevemente, y se dio la vuelta, sin dejar de fumar y tratando de apartar la mirada del ancho mundo.

¿Un chelín por pata?", gritó Sapo. Si no le importa, me tomaré un poco de tiempo para calcularlo y ver a cuánto asciende". Se apeó del caballo, lo dejó pastar y se sentó junto al gitano, hizo cuentas con los dedos y por fin dijo: "¿Un chelín por pata? Vaya, son justamente cuatro chelines, y nada más. Oh, no; no podría pensar en

aceptar cuatro chelines por este hermoso y joven caballo mío". Bien -dijo el gitano-, te diré lo que haré. Le daré cinco chelines, que son tres peniques y seis peniques más de lo que vale el animal. Y es mi última palabra. Entonces Sapo se sentó y reflexionó durante un rato. Estaba hambriento y sin un centavo, y aún estaba lejos -no sabía cuán lejos- de casa, y sus enemigos podían estar buscándolo. Para alguien en semejante situación, cinco chelines podían parecer una gran suma de dinero. Es verdad que no parecía mucho dinero por un caballo. Pero, por otra parte, el caballo no le había costado nada, de modo que todo lo que obtuviera era una clara ganancia. Mira, gitano, argumentó con firmeza, te digo lo que vamos a hacer, y ésta es mi última palabra. Me entregarás seis chelines y seis peniques, al contado; y además, me darás todo el desayuno que pueda comer, de una sentada, por supuesto, de esa olla de hierro tuya que no deja de despedir olores tan deliciosos y excitantes. A cambio, te haré entrega de mi brioso y joven caballo, con todos los hermosos arreos que lleva encima incluidos en el precio. Si eso no es suficiente para ti, dílo, y me pondré en marcha. Conozco a un hombre cerca de aquí que quiere este caballo mío desde hace años'. El gitano refunfuñó espantosamente, y declaró que si hacía unos cuantos tratos más de esa clase se arruinaría. Pero al final sacó una sucia bolsa de lona del fondo del bolsillo de su pantalón y contó seis chelines y seis peniques en la pata de Sapo. Luego desapareció un instante en la caravana y regresó con un gran plato de hierro, un cuchillo, un tenedor y una cuchara. Incluyó la olla hacia un lado y un glorioso chorro de rico estofado caliente borboteó en el plato. Era, en efecto, el guiso más hermoso del mundo, hecho de perdices, faisanes, gallinas, liebres, conejos, guisantes, gansos y una o dos cosas más. Sapo tomó el plato en su regazo, casi llorando, y se llenó, y se llenó, y siguió pidiendo más, y el gitano nunca se lo negó. Pensó que nunca había desayunado tan bien en toda su vida.

Cuando Sapo hubo tomado todo el guiso que creía poder aguantar, se levantó y se despidió del gitano, se despidió afectuosamente del caballo; y el gitano, que conocía bien la ribera, le indicó el camino a seguir, y él emprendió de nuevo el viaje con el mejor ánimo posible.

Era, en efecto, un Sapo muy diferente del animal de hacía una hora. El sol brillaba intensamente, sus ropas mojadas estaban secas de nuevo, tenía dinero en el bolsillo una vez más, estaba cerca de su casa, de sus amigos y de la seguridad, y, lo mejor de todo, había comido una comida sustanciosa, caliente y nutritiva, y se sentía grande, fuerte, despreocupado y seguro de sí mismo.

Mientras caminaba alegremente, pensó en sus aventuras y escapes, y en cómo cuando las cosas parecían estar en su peor momento siempre había logrado encontrar una salida; y su orgullo y presunción empezaron a hincharse en su interior. Se decía a sí mismo, mientras caminaba con la barbilla en alto: "¡Qué Sapo tan listo soy! No hay en el mundo animal más inteligente que yo. Mis enemigos me encierran en prisión, rodeado de centinelas, vigilado día y noche por guardias; yo los atravieso a todos, por pura habilidad unida al valor. Me persiguen con máquinas, policías y revólveres; les chasqueo los dedos y me desvanezco en el espacio, riendo. Por desgracia, me arroja a un canal una mujer gorda de cuerpo y muy malvada de mente. Y,

¿Qué pasa? Nado hasta la orilla, me apodero de su caballo, cabalgo triunfante y vendo el caballo por un montón de dinero y un excelente desayuno. ¡Jajajaja! Soy el Sapo, el guapo, el popular, el exitoso Sapo". Se engreía tanto que, mientras caminaba, se inventaba una canción para alabarse a sí mismo, y la cantaba a voz en cuello, aunque no había nadie más que él para oírla. Era quizás la canción más engreída que animal alguno haya compuesto jamás.

El mundo ha tenido grandes héroes, como lo demuestran los libros de historia, pero nunca un nombre ha pasado a la fama comparado con el de Sapo.

Los hombres inteligentes de Oxford saben todo lo que hay que saber.

Pero ninguno de ellos sabe ni la mitad de lo que sabe el inteligente Sr.

Sapo. 'Los animales se sentaron en el Arca y lloraron, Sus lágrimas fluyeron a torrentes.

¿Quién dijo: "Hay tierra al frente"? ¡Animando al Sr. Sapo! El ejército saludó mientras marchaban por el camino.

¿Fue el Rey? ¿O el Primer Ministro? No. Fue el Sr. Sapo.

La Reina y sus damas de compañía se sentaron en la ventana a coser.

Ella gritó: "¡Miren! ¿Quién es ese hombre tan apuesto?" Ellas respondieron: "El Sr. Sapo". Oh, y había mucho más de este tipo de canto, pero demasiado engreído para ser contado en esta historia. Estos son algunos de los versos más moderados.

Cantaba mientras caminaba, y caminaba mientras cantaba, y se inflaba más a cada minuto. Pero su orgullo no tardaría en sufrir un duro revés.

Después de algunas millas de caminos rurales, llegó a la carretera, y al entrar en ella y echar un vistazo a la distancia, vio acercarse una mancha que se convirtió en un punto y luego en una imagen, y luego resultò ser algo muy familiar; y una nota de alerta, demasiado conocida, llegó a su oído encantado.

Esto es... ", dijo Sapo emocionado. ¡Es de nuevo la vida real, una vez más el gran mundo del que he estado ausente tanto tiempo! Los saludaré, mis hermanos de la rueda, y les contaré una historia, del tipo que ha tenido tanto éxito hasta ahora; y ellos me llevarán, por supuesto, y entonces hablaré con ellos un poco más; y, quizás, con suerte, ¡pueda incluso terminar conduciendo hasta la casa de Sapo en un coche a motor! Eso será un tiro en el ojo para Tejón". Salió confiadamente a la carretera para saludar al coche, que avanzaba a paso ligero, aminorando la marcha al acercarse a la senda, cuando de pronto se puso muy pálido, el corazón se le hizo agua, las rodillas le temblaron y cedieron sus pies, se dobló y se desplomó con un dolor nauseabundo en el interior. Y bien que lo hizo, el infeliz animal, porque el coche que se acercaba era el mismo que él había robado del patio del Hotel León Rojo aquel día fatal en que empezaron todos sus problemas. Y las personas que viajaban en él eran las mismas que él había observado durante el almuerzo en la cafetería.

Se desplomó en la acera, en un miserable y destartado montón, murmurando para sus adentros en su desesperación: "¡Todo ha terminado! ¡Todo ha terminado! ¡Otra vez cadenas y policías! Otra vez la cárcel. ¡Otra vez pan seco y agua! ¡Oh, qué tonto he sido! ¡Qué ganas tenía yo de pavonearme por el campo, cantando canciones engreídas y saludando a la gente en pleno día por la carretera, en vez de esconderme hasta el anochecer y escabullirme tranquilamente a casa por caminos secundarios! ¡Oh, desventurado Sapo! ¡Oh, animal desgraciado! El automóvil se acercaba lentamente, hasta que por fin oyó que se detenía a poca distancia de él. Dos caballeros bajaron y caminaron

alrededor del tembloroso montón de miseria arrugada que yacía en la acera, y uno de ellos dijo: "¡Oh, por Dios, esto es muy triste! Aquí hay una pobre anciana, al parecer una lavandera, que se ha desmayado en la acera. Quizá el calor la haya vencido, pobre criatura, o quizá no haya comido nada hoy. Subámosla al coche y llevémosla al pueblo más cercano, donde sin duda tiene amigos". Subieron tiernamente a Sapo al coche, lo acunaron con mullidos cojines y siguieron su camino.

Cuando Sapo les oyó hablar de un modo tan amable y comprensivo, y supo que no le habían reconocido, su valor empezó a revivir, y abrió cautelosamente primero un ojo y luego el otro.

Mira -dijo uno de los caballeros-, ya está mejor. El aire fresco le hace bien. ¿Cómo se siente ahora, señora? Gracias, señor -dijo Sapo con voz débil-, me siento mucho mejor". Así es -dijo el caballero-. Ahora quédese quieta y, sobre todo, no trate de hablar.

No lo haré", dijo Sapo. Sólo pensaba que si me sentaba en el asiento delantero, al lado del conductor, para que me diera el aire fresco en la cara, pronto me recuperaré'. Qué mujer tan sensata', dijo el caballero. Por supuesto que sí. Así que ayudaron con cuidado a Sapo a sentarse en el asiento delantero junto al conductor y volvieron a ponerse en marcha.

Sapo ya casi era él mismo. Se sentó, miró a su alrededor y trató de dominar los temblores, los anhelos, las viejas ansias que lo acosaban y se apoderaban de él por completo.

Es el destino", se dijo. ¿Por qué luchar?", y se volvió hacia el conductor que tenía a su lado.

Por favor, señor -dijo-, le ruego que me deje conducir el coche un rato. Le he estado observando atentamente, y parece tan fácil e interesante, y me gustaría poder decir a mis amigos que una vez conduje un automóvil". El conductor se rió tanto de la propuesta, que le quiso preguntar por qué le gustaba tanto conducir. Cuando se enteró, dijo, para regocijo de Sapo: "¡Bravo, señora! Me gusta su espíritu. Déjala conducir un rato y obsérvala de cerca no vaya a ser que cometa imprudencias, dijo uno de los hombres sentados en la parte trasera del vehículo. No causará ningún daño". Sapo se sentó en el asiento que había dejado libre el conductor, tomó el volante en sus manos, escuchó con afectada humildad las instrucciones que le daban y puso el coche en marcha, pero al principio muy despacio y con mucho cuidado, pues estaba decidido a ser prudente.

Los caballeros que venían detrás aplaudieron, y Sapo les oyó decir: "¡Qué bien lo hace! Imagínense a una lavandera conduciendo un coche tan bien, la primera vez". Entonces Sapo fue un poco más deprisa, luego aún más deprisa, y más deprisa.

Oyó que los caballeros le decían: "¡Ten cuidado, lavandera! Y esto le molestó, y empezó a perder la cabeza.

El conductor trató de interferir, pero él lo inmovilizó en su asiento con un codo y aceleró a fondo. La ráfaga de aire en su cara, el zumbido de los motores y los ligeros saltos del coche bajo él embriagaron su débil cerebro. "¡Vaya lavandera!", gritó imprudentemente. ¡Jajajaja! Yo soy el Sapo, el ladrón de coches, el que rompe las prisiones, el Sapo que siempre se escapa. Quedaos quietos y sabréis lo que es conducir, porque estáis en manos del famoso, hábil y temerario Sapo". Con un grito de asombro, todo el grupo se levantó y se arrojó sobre él. Atrápenlo", gritaron, "¡atrapen al Sapo, el malvado animal que nos robó el coche! Atadle, encadenadle, arrastradle a la

¡estación de policía más cercana! Acaben con el malvado y peligroso Sapo". Deberían haber pensado, deberían haber sido más prudentes, deberían haberse acordado de parar el coche de alguna manera antes de hacer bromas de ese tipo. Con media vuelta de volante, Sapo hizo que el coche se estrellara contra un seto bajo que bordeaba la carretera. Un fuerte salto, una violenta sacudida, y las ruedas del coche estaban surcando el espeso barro de un estanque de caballos.

Sapo se encontró volando por el aire con el fuerte impulso ascendente como el delicado vuelo de una golondrina. Le gustaba el movimiento, y empezaba a preguntarse si seguiría volando hasta que desarrollara alas y se convirtiera en un pájaro-Sapo, cuando aterrizó de espaldas con un golpe seco, en la suave y rica hierba de un prado. Sentado, pudo ver el coche en el estanque, casi sumergido; los caballeros y el conductor, agobiados por sus largos abrigos, flotaban indefensos en el agua.

Se levantó rápidamente y echó a correr por el campo con todas sus fuerzas, atravesando setos, saltando zanjas y cruzando campos, hasta que se quedó sin aliento y cansado, y tuvo que calmarse caminando. Cuando recobró un poco el aliento y pudo pensar con calma, empezó a reírse, y reírse más, y se reía tanto que tuvo que sentarse debajo de un seto. Sapo otra vez", exclamó en un éxtasis de autoadmiración. ¡Sapo, como de costumbre, llega a la cima! ¿Quién ha conseguido que le lleven? ¿Quién consiguió ir en el asiento delantero para tomar el aire? ¿Quién les convenció para que le dejaran ver si sabía conducir? ¿Quién los metió a todos en un estanque de caballos? ¿Quién escapó, volando alegremente e ileso por el aire, dejando a los intolerantes, reacios en el barro, donde deberían estar? Sapo, por supuesto; ¡sapo listo, gran sapo, buen sapo!

Entonces se puso a cantar de nuevo, y entonó con voz alzada: El coche de motor se fue Poop-poop-poop, Mientras corría por la carretera.

¿Quién lo condujo hasta un estanque? ¡El ingenioso Sr. Sapo!

¡Oh, qué listo soy! Qué listo, qué listo, qué muy listo..." Un leve ruido a lo lejos, detrás de él, le hizo volver la cabeza y mirar. ¡Oh sorpresa! ¡Problemas! ¡Desdicha! A unos dos campos de distancia, se veía a un chófer con sus polainas de cuero y a dos grandes policías rurales que corrían hacia él con todas sus fuerzas.

El pobre Sapo se puso en pie de un salto y salió corriendo de nuevo, con el corazón en la boca.

¡Oh, vaya!", jadeó, mientras avanzaba jadeante, "¡qué imbécil soy! ¡Qué asno engreído y despreocupado! ¡Otra vez fanfarroneando! ¡Gritando y cantando canciones otra vez! ¡Quedándose quieto y airado otra vez! ¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Madre mía! Miró hacia atrás y vio con consternación que le estaban alcanzando. Siguió corriendo desesperadamente, pero no dejaba de mirar hacia atrás y vio que le seguían ganando terreno. Hizo todo lo que pudo, pero era un animal gordo y tenía las piernas cortas, y aun así le ganaban.

Los oía ya muy cerca. Dejó de prestar atención a dónde se dirigía y siguió corriendo ciegas y sin rumbo, mirando por encima del hombro al ahora triunfante enemigo, cuando de repente la tierra falló bajo sus pies, se agarró al aire y, ¡splash! se encontró de cabeza sobre en aguas profundas, aguas rápidas, aguas que lo arrastraban con una fuerza con la que no podía luchar; ¡y supo que en su ciego pánico había corrido directo al río!

Subió a la superficie y trató de agarrarse a las cañas y juncos que crecían a lo largo de la orilla, pero la corriente era tan fuerte que se los arrancó de las manos. ¡Ay, Sapo, si vuelvo a robar un coche! Si vuelvo a cantar otra canción engreída...", se hundió y volvió a subir sin aliento y balbuceando. Enseguida vio que se acercaba a un gran agujero oscuro en la orilla, justo por encima de su cabeza, y mientras la corriente lo arrastraba, levantó una pata, se agarró al borde y se sostuvo. Luego, lentamente y con dificultad, salió del agua, hasta que por fin pudo apoyar los codos en el borde del agujero. Allí permaneció unos minutos, resoplando y jadeando, pues estaba exhausto.

Mientras suspiraba, soplaba y miraba hacia el oscuro agujero, algo pequeño y reluciente brilló y centelleó en sus profundidades, moviéndose hacia él. A medida que se acercaba, un rostro crecía poco a poco alrededor de dicho brillo, ¡y era un rostro familiar!

Moreno y pequeño, con bigotes.

Grave y redondo, con orejas cuidadas y pelo sedoso. Era su amiga Rata.

UN TORRENTE DE LAGRIMAS

LA Rata sacó una pequeña pata marrón, agarró a Sapo firmemente por el cuello y dio un gran tirón; Y el encharcado Sapo subió lenta pero firmemente por el borde del agujero, hasta que por fin estuvo sano y salvo en el vestíbulo, manchado de barro y maleza, eso sí, y con el agua cayéndole a chorros, pero feliz y animado como antaño, ahora que se encontraba de nuevo en casa de un amigo, y se habían acabado los rodeos y las evasivas, y podía dejar a un lado un disfraz que era indigno de su posición y al que tanto le costaba representar.

"¡Oh, Ratita!", exclamó. He pasado por tantos momentos desde la última vez que te vi, ¡no te imaginas! Tantas pruebas, tantos sufrimientos, ¡y todos tan noblemente soportados! Luego, ¡tantas fugas, tantos disfraces, tantos inventos, y todo tan hábilmente planeado y llevado a cabo! Estuve en prisión, salí de ella, por supuesto. Me arrojaron a un canal y tuve que nadar hasta la orilla. Robé un caballo y lo vendí por una gran suma de dinero. ¡Hice que todos hicieran exactamente lo que yo quería! ¡Oh, soy un Sapo inteligente, y no me equivoco! ¿Cuál crees que fue mi última hazaña? Sapo -dijo la Rata de agua con seriedad y firmeza-, sube ahora mismo y quítate ese trapo viejo de algodón que parece haber pertenecido a alguna lavandera, límpiate bien y ponte alguna de mis ropas, e intenta bajar con aspecto de caballero si puedes, porque en toda mi vida no he visto un objeto más andrajoso, desaliñado y de mala reputación que tú. Ahora, deja de pavonearte y de discutir, ¡y vetel! Más tarde tendremos una conversación. Al principio, Sapo se sintió inclinado a detenerse y replicarle. Ya había tenido bastante con que le dieran órdenes cuando estaba en la cárcel, y aquí aparentemente estaba el asunto empezando de nuevo, ¡y además por una rata! Sin embargo, se vio a sí mismo en el espejo del sombrerero, con el gorro negro y oxidado sobre un ojo, y cambió de idea y subió rápida y humildemente a la habitación de la Rata. Allí se lavó y cepilló a fondo, se cambió de ropa y permaneció largo rato ante el cristal, contemplándose con orgullo y placer, y pensando en lo idiotas que debían de ser todos los presentes para haberle confundido por un momento con una lavandera.

Para cuando bajó de nuevo, el almuerzo estaba sobre la mesa, y Sapo se alegró mucho de verlo, pues había pasado por algunas experiencias difíciles y había hecho mucho ejercicio duro desde el excelente desayuno que le había proporcionado el gitano. Mientras comían, Sapo le contó a la Rata todas sus aventuras, insistiendo principalmente en su propia astucia, su habilidad para lidiar con las emergencias y su pericia en los lugares estrechos, y más bien dando a entender que había tenido una experiencia alegre y muy colorida. Pero cuanto más hablaba y alardeaba, más indignada, aunque en silencio, se volvía la Rata.

Cuando por fin Sapo terminó, hubo silencio por un rato; y entonces la Rata dijo: "Ahora, Sapo, no quiero hacerte sufrir, después de todo lo que ya has pasado; pero, en serio, ¿no ves que has estado haciendo el ridículo? Tú mismo has admitido que te han esposado, encarcelado, matado de hambre, perseguido, aterrorizado, insultado, abucheado y arrojado al agua de manera bochornosa,

y, como si fuera poco... ¡también por una mujer! ¿Qué tiene eso de divertido? ¿Dónde está la diversión? Y todo porque tuviste que ir a robar un coche. Sabes que nunca has tenido más que problemas con los coches desde el momento en que viste uno por primera vez. Pero si te vas a mezclar con ellos, como suele ocurrir, cinco minutos después de arrancar, ¿por qué robarlos? Puedes ser un lisiado, si crees que es emocionante; puedes optar por ser un arruinado si lo deseas, para variar, si así te lo has propuesto: pero ¿por qué elegir ser un convicto? ¿Cuándo vas a ser sensato, y pensar en tus amigos, y tratar de ser un algo bueno para ellos? ¿Crees que a mí, por ejemplo, me complace oír decir a los animales, cuando voy por ahí, que soy el tipo que le hace compañía a los convictos de la cárcel? Ahora bien, era un punto muy positivo en el carácter de Sapo el hecho de que fuera un animal de muy buen corazón, y que nunca le importara que se le diera un sermón por aquellos que eran sus verdaderos amigos. E incluso cuando más se empeñaba en una cosa, siempre era capaz de ver el otro lado de la cuestión. De modo que, mientras la Rata hablaba tan seriamente, no dejaba de decirse a sí mismo, para sus adentros: "¡Pero ha sido divertido! ¡Muy divertido!" y haciendo extraños ruidos reprimidos en su interior, poop poop- p-p, y otros sonidos parecidos a resoplidos ahogados, o a la apertura de botellas de agua con gas, mas sin embargo, cuando la Rata hubo terminado, lanzó un profundo suspiro y dijo, humildemente: "¡es verdad, Ratita! ¡Qué sensata eres! Sí, he sido un viejo imbécil engreído, lo comprendo perfectamente; pero ahora voy a ser un buen Sapo y no volveré a hacerlo. En cuanto a los coches a motor, no me han gustado tanto desde la última vez que me zambullí en ese río tuyo. El hecho es que, mientras me aferraba al borde de tu agujero y recuperaba el aliento, tuve una idea repentina -una idea realmente brillante- relacionada con las lanchas a motor... ¡eso es! No te pongas así, vieja amiga, a dar pisotones y a alterar las cosas; era sólo una idea, y no vamos a hablar más de ello ahora. Tomemos un café, fumemos un cigarrillo y charlemos tranquilamente, luego me iré a casa, me pondré mi propia ropa y volveré a poner las cosas en su sitio. Ya he tenido bastantes aventuras. Llevaré una vida tranquila, estable y respetable, ocupándome de mi propiedad, mejorándola y haciendo a veces un poco de jardinería. Siempre habrá algo de cenar para mis amigos cuando vengan a verme; y tendré un pony siempre disponible para trotar por el campo, tal como solía hacerlo en los buenos tiempos, antes de que me volviera inquieto y quisiera hacer cosas indevidas". ¿Paseando tranquilamente hasta la casa de Sapo?", gritó la Rata, muy excitada. ¿De qué estás hablando? ¿Quieres decir que no te has enterado? ¿Qué cosa?", dijo Sapo, poniéndose pálido. ¡Vamos, Ratita! ¡Habla! ¡No me escondas nada! ¿Qué es lo que no he oído?

¿Quieres decirme -gritó la Rata- que no has oído nada acerca de los armiños y las comadreas? ¿Y no estaban bajo control de los leñadores salvajes?", gritó Sapo, temblando en todos sus miembros. No, ni una palabra. ¿Qué han estado haciendo armiños y las comadreas? '- ¿Y no sabes que han entrado y tomado la tu casa?', continuó la Rata.

¡Sapo apoyó los codos en la mesa, y la barbilla en las patas; y una gran lágrima brotó en cada uno de sus ojos, se desbordó y salpicó la mesa, ¡plop! plop!

Vamos, Ratita -murmuró al fin-, cuéntamelo todo. Lo peor ya ha pasado. Vuelvo a ser un animal. Puedo soportarlo". Cuando te metiste en ese problema tuyo -dijo la Rata, muy lentamente-, quiero decir, cuando desapareciste de la sociedad por un tiempo, a causa de ese malentendido sobre una máquina -Sapo se limitó a asentir.

Bueno, se habló mucho de ello aquí abajo, naturalmente -continuó la Rata-, no sólo a lo largo de la orilla del río, sino incluso en el Bosque Salvaje. Los animales tomaron partido, como siempre ocurre. Los ribereños te defendieron y dijeron que habías recibido un trato infame y que hoy en día no había justicia en la tierra.

Pero los animales del Bosque Salvaje dijeron cosas duras y te quitaron la razón, dijeron que ya era hora de que se pusiera fin a este tipo de cosas. Y se pusieron en nuestra contra, y fueron diciendo que esta vez estabas acabado. Que ya nunca volverías, nunca más".

Sapo asintió una vez más, guardando silencio.

Esa es la clase de bestias que son", continuó la Rata. Pero Topo y Tejón se aferraron, contra viento y marea, a que volverías pronto, de alguna manera. No sabían exactamente cómo, pero pensaban que encontrarías algún modo". Sapo empezó a sentarse de nuevo en su silla y a sonreír un poco.

Analizaron de cerca lo que te había pasado -continuó la Rata-. Dijeron que ninguna ley penal había prevalecido jamás siendo un descaro y una violación como esa, respaldados además por el poder de una gran billetera. Así que se las arreglaron para trasladar sus cosas a tu casa, y dormir allí, y mantenerla ventilada, y tenerlo todo listo para cuando aparecieras. No es que adivinaran lo que iban a hacer, por supuesto; pero, tenían sus sospechas de los animales del Bosque Salvaje. Ahora viene a la parte más dolorosa y trágica de la historia Sapo. Una noche oscura -era una noche muy oscura, y además soplaban el viento con mucha fuerza y llovía a cántaros-, una banda de comadreas, armadas hasta los dientes, subió silenciosamente por el camino de carruajes hasta la entrada principal. Simultáneamente, un grupo de hurones ambiciosos, avanzó a través del jardín de la cocina, se apoderaron del patio trasero y de las oficinas; mientras que una compañía de armiños mercenarios que no se detenían ante nada ocupó el invernadero y la sala de billar, y se apoderaron de las ventanas francesas que daban al césped.

Topo y Tejón estaban sentados junto al fuego en la sala de fumar, contando historias y sin sospechar nada, pues no era noche para que ningún animal estuviera fuera, cuando aquellos sanguinarios villanos derribaron las puertas y se abalanzaron sobre ellos por todas partes. Se defendieron lo mejor que pudieron, pero ¿no sirvió de nada? Estaban desarmados y les habían tomado por sorpresa, ¿y qué pueden hacer sólo dos animales contra cientos? Los agarraron y los golpearon enfurecidamente con palos a esas dos pobres criaturas fieles, y las echaron al frío y a la humedad, con muchos comentarios insultantes y ofensivos". Aquí el insensible Sapo soltó una carcajada, y luego se recompuso y trató de parecer muy triste.

Y los amos de las comadreas, los Leñadores Salvajes, han estado viviendo en tu casa desde entonces -continuó la Rata-, ¡y sin más! Tumbados en la cama la mitad del día, desayunando a todas horas, y con el lugar tan desordenado (según me han dicho) que no es digno de verse. Comiendo tu comida y bebiendo tu bebida, y haciendo chistes malos sobre ti, y cantando canciones vulgares, sobre... bueno, sobre prisiones y magistrados y policías; canciones horribles, sin ningún humor en ellas. Y están diciendo a los comerciantes y a todo el mundo que han venido para quedarse definitivamente. Sapo se levantó y cogió un palo. No tardaré en verlo. No sirve de nada, Sapo", gritó la Rata tras él. Será mejor que vuelvas y te sientes; sólo te meterás en problemas". Pero el Sapo ya se había ido, y no había forma de detenerlo. Sapo marchaba rápidamente por el camino, con su palo sobre su hombro, fumando

y murmurando para sí en su enojo, hasta que llegó cerca de su puerta principal, cuando de repente apareció de detrás de las vallas un largo hurón amarillo con una pistola.

¿Quién viene ahí?", dijo bruscamente el hurón.

A ti que te importa, dijo Sapo muy enfadado.

¿Qué quieres decir hablándome así? El hurón no dijo ni una palabra, pero puso la pistola en posición para disparar. Sapo se dejó caer con cierta habilidad en el camino, y ¡pum! una bala silbó sobre su cabeza.

El sobresaltado Sapo se puso de pie y corrió por el camino tan rápido como pudo; y mientras corría oyó la risa del hurón y otras carcajadas que se apoderaban de él y continuaban el riendo.

Volvió, muy cabizbajo, y se lo contó a la Rata de agua.

¿Qué te dije?" dijo la Rata. No sirve de nada. Tienen centinelas apostados y todos van armados. Tienes que esperar". Pero Sapo no estaba dispuesto a rendirse de tan fácil. Así que sacó la barca y se puso a remar río arriba hasta donde la fachada del jardín de la casa de Sapo llegaba hasta la orilla.

Una vez la vista de su antiguo hogar, descansó sobre sus remos y observó la tierra con cautela. Todo parecía muy tranquilo, desierto y silencioso. Pudo ver toda la fachada de la casa de Sapo, resplandeciente bajo el sol del atardecer, las palomas posándose de dos en dos a lo largo de la línea recta del tejado; el jardín resplandeciente con muchas flores; el arroyo que conducía al cobertizo, el pequeño puente de madera que lo cruzaba; todo tranquilo, deshabitado, esperando aparentemente su regreso. Pensó que primero probaría tratar de entrar en el cobertizo. Muy cautelosamente remó hasta la desembocadura del arroyo, y justo pasaba por debajo del puente, cuando... ¡Crash!

Una gran piedra, lanzada desde arriba, atravesó el fondo de la barca.

Se llenó y se hundió, y Sapo se encontró luchando en aguas profundas. Mirando hacia arriba, vio a dos armiños que se inclinaban sobre el parapeto del puente y le observaban con gran regocijo. La próxima vez será tu cabeza, Sapito", le gritaron. El Sapo, indignado, nadó hasta la orilla, mientras los armiños reían y reían, se miraban uno al otro y volvían a reír, hasta que casi morían de la risa.

El Sapo recorrió su cansado camino a pie, y relató sus decepcionantes experiencias a la Rata de agua una vez más.

Bien, ¿qué te dije?" dijo la Rata muy enojada. Y, ahora, ¡mira! ¡Ves lo que has hecho! Me has hecho perder la barca que tanto me gustaba. Y simplemente arruinaste ese lindo traje que te presté. De verdad, Sapo, de todos los animales que te rodean, ¡me sorprende que logres conservar algún amigo! El Sapo se dio cuenta enseguida de lo equivocado y tonto que había actuado. Admitió sus errores y equivocaciones y pidió disculpas a Rata por haber perdido su barco y estropeado su ropa. Y terminó diciendo, con esa franca autoentrega que siempre desarmaba las críticas de sus amigos y los ganaba de nuevo a su lado: "¡Ratita! Veo que he sido un Sapo testarudo y obstinado. En adelante, créeme, seré humilde y sumiso, y no emprenderé ninguna acción sin tu amable consejo y tu plena aprobación". Si realmente es así -dijo la rata de buen carácter, ya apaciguada-, mi consejo es que, teniendo en cuenta lo tarde que es, te sientes a cenar, estará en la mesa en un minuto, y tengas mucha paciencia. Porque estoy convencida de que no podemos hacer nada hasta que

hayamos visto a Topo y a Tejón, y hayamos escuchado sus últimas noticias, para discutirlo todo y tomar su consejo en este difícil asunto ". Ah, sí, por supuesto, Topo y Tejón", dijo Sapo, ligeramente. ¿Qué habrá sido de ellos? Los había olvidado por completo". Bien puedes preguntar", dijo la Rata con reproche. Mientras tú paseabas por el país en caros coches de motor, galopando orgulloso sobre caballos de sangre y desayunando con lo mas rico de la tierra, esos dos pobres y devotos animales han estado acampando a la intemperie, en todo tipo de condiciones meteorológicas, viviendo muy mal de día y durmiendo muy mal de noche; vigilando tu casa, patrullando tus límites, vigilando constantemente a los armiños y a las comadreas, maquinando, planeando e ideando cómo recuperar tu propiedad. No te mereces tener amigos tan verdaderos y leales, Sapo, de verdad que no. Algún día, cuando sea demasiado tarde, lamentarás no haberlos valorado más mientras los tuviste". Soy una bestia desagradecida, lo sé", sollozó Sapo, derramando amargas lágrimas. Permíteme salir a buscarlos, en la fría y oscura noche, compartiré sus penurias e intentaré demostrar... ¡Un momento! ¡He oído el tintineo de platos en una bandeja! ¡Llegó la cena, hurra! ¡Vamos, Ratita! La Rata recordó que el pobre Sapo había estado en la cárcel durante un tiempo considerable, y que por lo tanto había que hacer grandes concesiones sobre su comportamiento. Lo siguió a la mesa, y hospitalariamente lo alentó en sus galantes esfuerzos por compensar los daños causados. Acababan de terminar de comer y volvieron a sus sillones cuando llamaron a la puerta. Sapo estaba nervioso, pero la Rata, asintiéndole misteriosamente, fue directamente a la puerta y la abrió, y entró el Sr. Tejón.

Tenía todo el aspecto de alguien que durante algunas noches había estado alejado de su casa y de todas sus pequeñas comodidades y conveniencias. Tenía los zapatos cubiertos de barro y un aspecto muy tosco y desaliñado; pero el Tejón nunca había sido un hombre muy elegante. Se acercó con gesto amigable a Sapo, lo estrechó por la pata y le dijo: "¡Bienvenido a casa, Sapo! Ehhh ¿Qué estoy diciendo? Bienvenido a casa, de verdad? Esta es una pobre bienvenida. Sapo infeliz". Luego le dio la espalda, se sentó a la mesa, arrimó la silla y se sirvió un gran trozo de pastel frío.

Sapo se alarmó bastante ante este estilo de saludo tan serio y amenazador, pero la Rata le susurró: "No importa, no le hagas caso y no le digas nada todavía. Está siempre bastante malhumorado y molesto cuando le faltan las comodidades. Dentro de media hora será un animal muy diferente". Así que esperaron en silencio, y al poco rato se oyó otro golpe más ligero. La Rata, con una inclinación de cabeza hacia Sapo, fue a la puerta e hizo entrar al Topo, muy desaliñado y sin lavar, con trozos de heno y paja pegados en su pelaje.

¡Hurra! Aquí está el viejo Sapo", gritó el Topo, con la cara radiante. ¡Qué alegría que hayas vuelto! Y se puso a bailar a su alrededor. Nunca soñamos que aparecerías tan pronto. Te habrás escapado, Sapo astuto, ingenioso e inteligente". La Rata, alarmada, tiró de él por el codo, pero ya era demasiado tarde.

Sapo ya estaba resoplando e hinchándose.

¿Inteligente? Oh, no!", dijo. No soy muy listo, según mis amigos. Sólo he escapado de la prisión más fuerte de Inglaterra, ¡eso es todo! Y he tomado un tren de donde también me escapè, ¡eso es todo! Y me disfracé y anduve por el país burlándome...

de todo el mundo, ¡eso es todo! ¡Sí! ¡Soy un imbécil! Te contaré una o dos de mis aventuras, Topo, y tú mismo juzgarás". Bueno, bueno -dijo el Topo, acercándose a la mesa-, supongamos que tú hablas mientras yo como.

No he probado bocado desde el desayuno. ¡Madre mía! ¡Madre mía! Se sentó y se sirvió abundantemente carne fría y pepinillos.

Sapo se sentó a horcajadas sobre la alfombra de la chimenea, metió la pata en el bolsillo del pantalón y sacó un puñado de plata. Mira eso -exclamó mostrándolo-. No está tan mal, ¿verdad, para unos minutos de trabajo? ¿Y cómo crees que lo hice, Topo? Vendí un caballo. Así lo hice".

Continúa, Sapo -dijo el Topo, inmensamente interesado-.

Sapo, cállate, por favor", dijo la Rata. Y no le echés más leña al fuego, Topo, cuando sepas lo que es te decepcionarás; pero, por favor, dinos cuanto antes, cuál es la situación y qué es lo mejor que se puede hacer, ahora que Sapo ha vuelto por fin". La situación es tan mala como puede serlo -respondió el Topo malhumorado-, y en cuanto a lo que hay que hacer, ¡vaya si lo sé! El Tejón y yo hemos dado vueltas y vueltas por el lugar, de noche y de día; siempre lo mismo. Centinelas apostados por todas partes, armas apuntándonos, piedras arrojándonos; siempre un animal al acecho, y cuando nos ven, ¡caramba! ¡cómo se ríen! Eso es lo que más me molesta". Es una situación muy difícil", dijo la Rata, reflexionando profundamente. Pero creo que ahora veo, en el fondo de mi mente, lo que Sapo realmente debería hacer. Te lo diré.

Debería..." "¡No, no debería!", gritó el Topo, con la boca llena. Nada de eso.

Tú no lo entiendes. Lo que debería hacer es..." "¡Pues yo no lo haré!", gritó Sapo, excitándose.

No voy a dejar que ustedes me den órdenes. Es mi casa de la que estamos hablando, y sé exactamente qué hacer, y te lo diré. Para entonces ya hablaban los tres a la vez, a gritos, y el ruido era simplemente ensordecedor, cuando se oyó una voz delgada y seca que decía: "¡Callaos todos de una vez!", y al instante todos se callaron.

Era el Tejón, que, habiendo terminado su pastel, se había dado vuelta en su silla y los miraba enfurecido. Cuando vio que había captado su atención y que evidentemente esperaban que se dirigiera a ellos, se volvió de nuevo a la mesa y cogió el queso. Y tan grande era el respeto que le inspiraban las sólidas cualidades de aquel admirable animal, que no se pronunció una palabra más hasta que hubo terminado su festín y se quitó las migas de las rodillas. El Sapo se inquietó bastante, pero la Rata lo sujetó firmemente.

Cuando el Tejón hubo terminado, se levantó de su asiento y permaneció de pie frente a la chimenea, reflexionando profundamente. Por fin habló.

Sapo", dijo con firmeza. ¡Animalito malo y molesto! ¿No te da vergüenza? ¿Qué crees que habría dicho tu padre, mi viejo amigo, si hubiera estado aquí esta noche y se hubiera enterado de todas tus andanzas? Sapo, que para entonces estaba en el sofá, con las piernas en alto, se puso de frente a ellos, sacudido por sollozos de remordimiento.

Ya, ya -continuó el Tejón, más amable-. No te preocupes. Deja de llorar.

Lo pasado, pasado está, y vamos a intentar pasar página. Pero lo que dice el Topo es cierto. Los armiños están de guardia, en cada punto, y son los mejores centinelas del mundo. Es bastante inútil atacar el lugar. Son demasiado

fuerres para nosotros". Entonces todo ha terminado", sollozó Sapo, llorando sobre los cojines del sofá. Iré a alistarme como soldado y no volveré a ver a mi querida casa de Sapo".

Anímate, Sapo -dijo el Tejón-. Hay otras maneras de recuperar un lugar que no solamente tomarlo por asalto. Aún no he dicho mi última palabra. Ahora voy a contarte un gran secreto". Sapo se incorporó lentamente y se secó los ojos. Los secretos le atraían enormemente, porque nunca podía guardarlos, y disfrutaba de esa especie de emoción profana que experimentaba cuando iba y se lo contaba a otro animal, después de haber prometido fielmente que no lo haría.

Hay un pasadizo subterráneo -dijo el tejón, impresionado- que va desde la orilla del río, muy cerca de aquí, hasta el centro de la casa de Sapo. Tonterías. Tejón -dijo Sapo con cierta ligereza-. Has estado escuchando algunas de las historias que se cuentan en los bares de por aquí. Conozco cada rincón de la casa de Sapo, por dentro y por fuera. Le aseguro que no hay nada de eso". Mi viejo amigo -dijo el Tejón con gran seriedad -, tu padre, que era un animal digno -mucho más digno que algunos otros que conozco-, era amigo mío en particular, y me contó muchas cosas que no habría soñado decirte. Él descubrió ese pasadizo -él no lo hizo, por supuesto; eso se hizo cientos de años antes de que él llegara a vivir allí- y lo reparó y lo limpió, porque pensó que podría ser útil algún día, en caso de problemas o peligro; y me lo enseñó. "Que no se entere mi hijo", dijo. "Es un buen chico, pero de carácter muy ligero y volátil, y no sabe contener la lengua. Si alguna vez se encuentra en un aprieto y le resulta útil, puedes contarle lo del pasadizo secreto, pero no antes".

Los otros animales miraron a Sapo para ver cómo se lo tomaba. Al principio, Sapo se mostró malhumorado, pero enseguida se tranquilizó, como buen muchacho que era. Bueno, bueno -dijo-, tal vez sea un poco hablador. Un tipo popular como yo... mis amigos me rodean... charlamos, chispeamos, contamos historias ingeniosas... y de algún modo mi lengua se mueve. Tengo el don de la conversación. Me han dicho que debería tener un espectáculo, sea lo que sea. No importa. Continúa, Tejón. ¿Cómo nos va a ayudar este pasaje tuyo?" "He descubierto un par de cosas últimamente", continuó el Tejón. Conseguí que Nutria se disfrazara de barrendero y llamara a la puerta trasera con cepillos al hombro, pidiendo trabajo. Mañana por la noche habrá un gran banquete. Es el cumpleaños de alguien, creo que del Jefe de las Comadreas, y todas las comadreas estarán reunidas en el comedor, comiendo, bebiendo, riendo y charlando, sin sospechar nada. Sin pistolas, sin espadas, sin palos, sin armas de ningún tipo". Pero los centinelas estarán apostados como de costumbre", observó la Rata.

Exactamente -dijo el Tejón-, ése es mi punto. Las comadreas confiarán enteramente en sus excelentes centinelas. Y ahí es donde entra el pasadizo. Ese túnel tan útil conduce justo debajo de la despensa del mayordomo, junto al comedor". ¡Anjááá! esa tabla chirriante de la despensa del mayordomo", dijo Sapo. Ahora lo entiendo.

Saldremos sigilosamente a la despensa del mayordomo", gritó el Topo. Con nuestras pistolas, espadas y palos", gritó la Rata.

"-Y nos abalanzaremos sobre ellos," dijo el Tejón.

Y golpearlos, golpearlos y golpearlos", gritó el Sapo en éxtasis, dando vueltas por la habitación y saltando por encima de las sillas.

Muy bien, entonces -dijo el Tejón, retomando su habitual sequedad-, nuestro plan está resuelto, y ya no tenéis nada más por que discutir ni reñir. Así que, como se está haciendo muy tarde, iros todos a la cama inmediatamente. Mañana por la mañana haremos todos los preparativos necesarios". Sapo, por supuesto, se fue a la cama obedientemente con el resto -sabía que no podía negarse-, aunque se sentía demasiado excitado para dormir. Pero había tenido un día largo, con muchos acontecimientos acumulados; y las sábanas y las mantas eran cosas muy agradables y reconfortantes, después de la simple paja, y no demasiada, esparcida sobre el piso de piedra de una celda con corrientes de aire. Su cabeza no había estado muchos segundos sobre la almohada antes de estar roncando alegremente. Por supuesto que soñaba mucho: soñaba con carreteras que se le escapaban justo cuando él las iba a tomar, con canales que lo perseguían y lo atrapaban, y con una barcaza que entraba en el salón de banquetes con la ropa por lavar de la semana, justo cuando estaba dando una cena; Y él estaba solo en el pasadizo secreto, empujando hacia adelante, pero se retorció y giraba y se sacudía, y se sentaba en su extremo; sin embargo, de alguna manera, al final, se encontró de nuevo en la casa de Sapo, seguro y triunfante, con todos sus amigos reunidos a su alrededor, asegurándole seriamente que realmente era un Sapo inteligente.

A la mañana siguiente durmió hasta muy tarde, y cuando bajó se dio cuenta de que los demás animales habían terminado de desayunar hacía rato. El Topo se había escabullido solo, sin decir a nadie adónde iba. El Tejón estaba sentado en el sillón, leyendo el periódico y sin preocuparse lo más mínimo de lo que iba a ocurrir aquella misma noche. La Rata, por su parte, corría afanosamente por la habitación, con los brazos llenos de armas de todas clases, distribuyéndolas en cuatro pequeños montones en el suelo, y diciendo excitadamente en voz baja, mientras corría: "¡Aquí hay una espada para la Rata, aquí hay una espada para el Topo, aquí hay una espada para Sapo, y aquí hay una espada para el Tejón! Aquí hay una pistola para Rata, aquí hay una pistola para Topo, aquí hay una pistola para Sapo, aquí hay una pistola para Tejón". Y así sucesivamente, de manera regular y rítmica, mientras los cuatro montoncitos crecían y crecían poco a poco.

Todo eso está muy bien, Rata -dijo el Tejón, mirando al atareado animalito por encima del borde de su periódico-; no te estoy criticando. Pero una vez que los armiños entren, con sus detestables armas, y te aseguro que no necesitaremos espadas ni pistolas. Nosotros cuatro, con nuestros palos, una vez que estemos dentro del comedor, limpiaremos el piso de todos ellos en cinco minutos. Lo habría hecho todo yo solo, sólo que no quería privaros de la diversión".

Es mejor estar seguros", dijo la Rata en una reflexión profunda, lustrando un cañón de pistola en su manga y mirando a lo largo de ella.

El Sapo, habiendo terminado su desayuno, tomó un palo robusto y lo balanceó vigorosamente, golpeando animales imaginarios. Les aprenderé a robar mi casa", gritó. Les aprenderé, les aprenderé". No digas "les aprenderé", Sapo", dijo la Rata, muy sorprendida. No se dice así. ¿Por qué siempre estás regañando a Sapo?", preguntó el Tejón, bastante malhumorado. ¿Cómo es que se dice? Es lo mismo que yo uso, y si es lo bastante bueno para mí, ¿debería serlo para ti! Lo siento mucho", dijo la Rata humildemente. 'Sólo que creo que debería ser "enseñales", no "aprenderles"! Pero no queremos enseñarles', replicó el Tejón. Queremos aprenderles, ¡aprenderles, aprenderles! Y lo que es más, ¡vamos a aprenderle bien! Muy bien, como queráis",

dijo la Rata. Ella misma se estaba confundiendo, y en seguida se retiró a un rincón, donde se le oía murmurar: "¡Aprenderles, enseñarles, enseñarles, aprenderles!", hasta que el Tejón le dijo bruscamente que lo dejara.

El Topo entró en la habitación dando tumbos, evidentemente muy contento de sí mismo. He estado divirtiéndome mucho -comentó de inmediato-; he estado sacando de quicio a los armiños". Espero que hayas tenido mucho cuidado, Topo", dijo la Rata con ansiedad.

Yo también lo espero", dijo el Topo con confianza. Se me ocurrió la idea cuando entré en la cocina para ver si Sapo tenía el desayuno caliente. Encontré el viejo vestido de lavandera con que llegó a casa ayer, colgado de un toallero delante del fuego. Así que me lo puse, y el gorro también, y el chal, y me fui a la casa de Sapo, muy atrevida y sonriente. Los centinelas estaban al acecho, por supuesto, con sus pistolas y sus "¿Quién viene ahí?" y el resto de sus tonterías. "¡Buenos días, caballeros!" dije, muy respetuosamente. "¿Quiéren que lave algo hoy?". 'Me miraron muy orgullosos, tiesos y altaneros, y dijeron: "¡Vete, lavandera! No lavamos nada estando de servicio". "¿Y en otro momento?" dije yo. ¡Jo, jo, jo! ¿No estuve gracioso, Sapo?". Pobre animal chiflado", dijo Sapo, muy altivo. La verdad es que Sapo se sentía muy celoso de Topo por lo que acababa de hacer. Era exactamente lo que le habría gustado hacer a él, si se le hubiera ocurrido antes y no se hubiera quedado dormido.

Algunos de los armiños se pusieron muy colorados -continuó el Topo-, y el sargento a cargo me dijo, muy bajito: "¡Ahora váyase, mi buena mujer, váyase! No tengas a mis hombres holgazaneando y hablando en sus puestos". "¿Irme?" dije yo; "¡no seré yo quien huya, dentro de muy poco tiempo!" ¿Cómo has podido?", dijo la Rata, consternada.

El Tejón dejó su periódico.

Los vi aguzar las orejas y mirarse unos a otros -continuó el Topo-, y el sargento les dijo: "No le hagáis caso; no sabe lo que dice". "¡Oh! ¿no lo sé?", dije yo. "¡Bueno, déjenme decirles esto. Mi hija lava para el señor Tejón, y eso te demostrará si sé de lo que hablo; ¡y tú también lo sabrás muy pronto! Cien tejones sedientos de sangre, armados con rifles, van a atacar la casa de Sapo esta misma noche, por el prado. Seis barcas llenas de Ratas, con pistolas y sables, subirán por el río y desembarcarán en el jardín, mientras que un grupo de Sapos, conocidos como los Matadores, o los Sapos de la Muerte, asaltarán el huerto y se llevarán todo por delante, gritando venganza. No quedará mucho de ti para lavar, para cuando hayan acabado contigo, a menos que te vayas mientras tengas la oportunidad". Entonces eché a correr, y cuando me perdí de vista me escondí; y al poco rato volví arrastrándome por la zanja y les eché un vistazo a través del seto. Estaban todos tan nerviosos y agitados como era posible, corriendo en todas direcciones a la vez, y cayéndose unos encima de otros, y cada uno dando órdenes a todos los demás y sin escuchar; y el Sargento seguía enviando grupos de armiños a partes distantes de los terrenos, y luego enviaba a otros compañeros a traerlos de vuelta; ¡Y los oí decirse unos a otros: "Pues las comadreas; ellas están cómodamente en el salón de banquetes, y van a tener banquetes y brindis y canciones y todo tipo de diversión, mientras que nosotros debemos permanecer en guardia en el frío y la oscuridad, y al final nos cortaràn en pedazos

los tejones sedientos de sangre! Sapo gritó, lo has estropeado todo Topo. Topo", dijo el tejón con su aire seco y tranquilo, "veo que tienes más sentido común en el dedo meñique que otros animales en todo su gordo cuerpo. Has ingeniado algo muy bueno y empiezo a tener grandes esperanzas en ti.

¡Buen Topo! Topo listo". El Sapo estaba simplemente loco de celos, sobre todo porque no podía entender qué había hecho el Topo para ser tan inteligente; pero, afortunadamente para él, antes de que pudiera mostrar su mal genio o rebatir al sarcasmo del Tejón, sonó la campana para el almuerzo.

Fue una comida sencilla pero sustanciosa: tocino y habas, y un poco de macarrones; y cuando terminaron, el Tejón se acomodó en un sillón y dijo: "Bueno, esta noche tenemos mucho trabajo por delante, y probablemente será muy tarde antes de que terminemos; así que voy a echar una siesta, mientras pueda". Se cubrió la cara con un pañuelo y no tardó en roncar.

La inquieta y laboriosa Rata reanudó en seguida sus preparativos y empezó a correr entre sus cuatro montoncitos, murmurando: "¡Aquí hay un cinturón para la Rata, aquí hay un cinturón para el Topo, aquí hay un cinturón para el Sapo, aquí hay un cinturón para el Tejón! Y así sucesivamente, con todos los pertrechos que sacaba, lo cual parecía no tener fin; y el Topo pasó su brazo por el hombro de Sapo, lo sacó al aire libre, lo empujó a una silla de mimbre y lo obligó a contarle todas sus aventuras de principio a fin, cosa que Sapo estaba muy dispuesto a hacer. El Topo sabía escuchar, y Sapo, sin nadie que comprobara sus afirmaciones o lo criticara con espíritu hostil, se dejaba llevar. De hecho, muchas de las cosas que contaba pertenecían más bien a la categoría de lo que podría haber pasado si sólo hubiera pensado en ello a tiempo en lugar de diez minutos después. Ésas son siempre las mejores y más emocionantes aventuras, y ¿por qué no habrían de ser verdaderamente nuestras, tanto como las cosas un tanto inadecuadas que realmente nos suceden?

XII

EL REGRESO DE ULISES

CUANDO empezó a oscurecer, la Rata, con un aire de excitación y misterio, los llamó para que volvieran al salón, colocó a cada uno al lado de su montoncito y procedió a vestirlos para la próxima expedición. Era muy serio y minucioso, y el asunto le llevó bastante tiempo. En primer lugar, había que poner un cinturón alrededor de cada animal, y luego clavar una espada en cada cinturón, y luego un sable en el otro lado para equilibrarlo. Después, un par de pistolas, una porra de policía, varios juegos de esposas, vendas y esparadrapo, una cantimplora y una sandwichera. El Tejón se rió con buen humor y dijo: "¡Muy bien, Ratita! A ti te divierte y a mí no me hace daño. Voy a hacer todo lo que tenga que hacer con este palo". Pero la Rata sólo dijo: 'Por favor, Tejón. Sabes que no me gustaría que después me echaras la culpa y dijeras que me había olvidado de algo'. Cuando todo estuvo listo, el Tejón tomó una linterna oscura en una pata, agarró su gran bastón con la otra y dijo: "¡Ahora síganme! Topo primero, porque estoy muy contento con él; Rata después; Sapo por último. Y mira, Sapo. No parlotees tanto como de costumbre, o te mandaré de vuelta a casa de Rata, te lo puedo asegurar".

El Sapo estaba tan ansioso por no ser dejado de lado, que aceptó sin murmurar el puesto inferior que se le había asignado, y los animales se pusieron en marcha. El Tejón los condujo a lo largo del río durante un trecho, y de pronto se columpió en un agujero de la orilla, un poco por encima del agua. El Topo y la Rata lo siguieron en silencio, metiéndose en el agujero como habían visto hacer al Tejón; pero cuando le llegó el turno al Sapo, por supuesto se las arregló para resbalar y caer al agua con un fuerte chapoteo y un chillido de alarma. Sus amigos lo sacaron, lo frotaron y escurrieron apresuradamente, lo consolaron y lo pusieron sobre sus piernas; pero el Tejón estaba muy enojado y le dijo que la próxima vez que hiciera el ridículo, con toda seguridad lo dejarían atrás.

Así que por fin estaban en el pasadizo secreto y la expedición de ataque había comenzado de verdad.

Era frío, oscuro, húmedo, bajo y angosto, y el pobre Sapo comenzó a temblar, en parte por el miedo a lo que le esperaba y en parte porque estaba empapado. La linterna estaba muy adelante, y no pudo evitar rezagarse un poco en la oscuridad. Entonces oyó que la Rata lo llamaba con advertencia: "¡Vamos, Sapo! y el terror se apoderó de él por haberse quedado detrás, solo en la oscuridad, "avanzó" con tanta prisa que hizo chocar a la Rata con el Topo y al Topo con el Tejón, y por un momento todo fue confusión. El Tejón pensó que estaban siendo atacados por la espalda y, como no había espacio para usar un palo o un sable, sacó una pistola y estuvo a punto de disparar a Sapo. Cuando se enteró de lo que había pasado, se enfadó mucho y dijo: "Esta vez Sapo se quedará atrás". Pero Sapo gimoteó, y los otros dos prometieron que responderían por su buena conducta.

Sólo que esta vez la Rata iba en la retaguardia, agarrada firmemente al hombro de Sapo. Así avanzaron a tientas y arrastrando los pies, con las orejas erguidas y las patas sobre las pistolas, hasta que por fin el Tejón dijo: "Ya deberíamos estar casi debajo del Salón". De pronto oyeron, muy lejos, pero al parecer por encima de sus cabezas, un murmullo confuso, como si la gente gritara, vitoreara, zapateara en el suelo y golpeará las mesas. Los nervios de Sapo volvieron a aterrorizarlos, pero el Tejón se limitó a comentar plácidamente: "¡Las comadreas lo están logrando!". El pasadizo comenzó a inclinarse hacia arriba; avanzaron a tientas un poco más, y entonces el ruido estalló de nuevo, muy claro esta vez, y muy cerca de ellos. Oyeron el "¡Hurra, Hurra, Hurra!", el taconeo de los piecitos en el suelo y el tintineo de los vasos al golpear los puños sobre la mesa. Qué bien se lo están pasando", dijo el Tejón. Vamos. Se apresuraron por el pasadizo hasta que éste se detuvo y se encontraron bajo la trampilla que conducía a la despensa del mayordomo. En la sala de banquetes se oía un ruido tan tremendo que no había mucho peligro de que los oyeran. El Tejón dijo: "Ahora, muchachos, todos juntos". y los cuatro arrimaron los hombros a la trampilla y la echaron hacia atrás. Levantándose unos a otros, se encontraron de pie en la despensa, con sólo una puerta entre ellos y la sala de banquetes, donde sus enemigos inconscientes estaban de juerga. Cuando salieron del pasadizo, el ruido era ensordecedor. Por fin, cuando los vítores y los aplausos disminuyeron, se oyó una voz que decía: "Bueno, no tengo intención de entreteneros mucho más" (grandes aplausos), "pero antes de volver a mi asiento" (nuevos vítores), "me gustaría decir unas palabras sobre nuestro amable anfitrión, el señor Sapo. Todos conocemos a Sapo" - (grandes carcajadas)- "¡Sapo bueno, Sapo modesto, Sapo honrado!"

(gritos de júbilo). Sapo murmuró, rechinando los dientes.

Permiteme destrozarlo, murmuró el Sapo.

Aguenta un momento", dijo el Tejón, sujetándolo con dificultad. Prepárense todos. Dejad que os cante una cancioncilla -continuó la voz- que he compuesto sobre el tema de Sapo" (aplausos prolongados).

Entonces la comadreja jefa -pues era él quien hablaba- comenzó con voz aguda y chirriante: "Sapo se paseaba alegremente por la calle..."

El Tejón se incorporó, agarró firmemente su bastón con ambas patas, miró a sus camaradas y gritó: "¡Ha llegado la hora! Seguidme". Y abrió la puerta de par en par.

¡Caramba!

¡Qué cantidad de chillidos y chillidos llenaron el aire!

Las aterrorizadas comadreas se zambullian bajo las mesas y saltaban enloquecidas por las ventanas. Los hurones se precipitaron hacia la chimenea y quedaron atrapados en ella. Comenzaron a volcarse las mesas y las sillas, y el cristal y la vajilla a estrellarse contra el suelo, en el pánico de aquel terrible momento en que los cuatro Héroes entraron furiosamente en la habitación. El poderoso Tejón, con los bigotes erizados y su gran garrote silbando en el aire; Topo, negro y sombrío, blandiendo su bastón y gritando su terrible grito de guerra: "¡Un Topo! Topo". Rata, desesperada y decidida, su cinturón abultado con armas de todas las edades y todas las variedades; Sapo, frenético por la excitación

y su orgullo herido, hinchado al doble de su tamaño ordinario, saltando en el aire y emitiendo sonidos de Sapo que les helaron hasta el tuétano a las comadreas. Sapo no los complace?, gritó. Yo los complacerè", y fue directo hacia la comadreja jefa. No eran más que cuatro, pero a las comadreas, presas del pánico, la sala les pareció llena de animales monstruosos, grises, negros, marrones y amarillos, que chillaban y blandían enormes garrotes; y rompieron y huyeron con chillidos de terror y consternación, de un lado a otro, por las ventanas, por la chimenea, por cualquier sitio para ponerse fuera del alcance de aquellos terribles palos.

El asunto terminó pronto. Arriba y abajo, a lo largo de todo el vestíbulo, caminaban los cuatro Amigos, golpeando con sus palos a cada cabeza que se asomaba; y en cinco minutos la habitación estaba despejada. A través de las ventanas rotas, los gritos de las aterrorizadas comadreas que escapaban por el césped se oían débilmente en sus coches; en el suelo yacían postrados una docena de enemigos, a los que el Topo se afanaba en colocar las esposas. El Tejón, descansando de su trabajo, se apoyó en su bastón y se secó la frente.

Topo", dijo, "¡eres el mejor de los compañeros! Vete fuera y vigila a esos armiños tuyos, a ver qué hacen. Tengo la impresión de que, gracias a ti, no tendremos muchos problemas con ellos esta noche". El Topo desapareció rápidamente por una ventana, y el Tejón ordenó a los otros dos que volvieran a poner la mesa sobre sus patas, que recogieran cuchillos, tenedores, platos y vasos de los escombros del suelo, y que vieran si podían encontrar materiales para una cena. Quiero algo de comer -dijo, con esa manera tan común que tenía de hablar-. Arranca tus muñones, Sapo, y ¡muévete! Hemos recuperado tu casa y no nos ofreces ni un bocadillo" Sapo se sintió bastante dolido de que el Tejón no le dijera cosas agradables, como había hecho con el Topo, y no le dijera lo buen tipo que era y lo espléndidamente que había luchado; porque estaba bastante satisfecho de sí mismo y de la forma en que había ido a por la Comadreja Jefa y la había tirado volando por encima de la mesa de un golpe con su bastón. Pero Tejòn anduvo de un lado para otro, y lo mismo hizo la Rata, y pronto encontraron jalea de guayaba en un plato de vidrio, y un pollo frío, una lengua que apenas había sido tocada, algo de pastel y bastante ensalada de langosta; y en la despensa encontraron una canasta llena de panecillos franceses y cualquier cantidad de queso, mantequilla y apio. Estaban a punto de sentarse cuando el Topo entró por la ventana, riéndose, con el brazo lleno de rifles.

Todo ha terminado", dijo. Por lo que he podido ver, en cuanto los armiños, que ya estaban muy nerviosos y nerviosas, oyeron los gritos y el alboroto dentro de la sala, algunos tiraron sus rifles y huyeron. Los demás se mantuvieron firmes durante un rato, pero cuando las comadreas se abalanzaron sobre ellos pensaron que habían sido traicionados; y los armiños forcejearon con las comadreas, y las comadreas lucharon por escapar, y forcejearon y se retorcieron y se dieron puñetazos, y rodaron una y otra vez, ¡hasta que la mayoría de ellos rodaron hasta el río! Todos han desaparecido ya, de un modo u otro, y yo tengo sus rifles. Así que todo está bien. "¡Excelente animal, y merecedor de lo bueno!" dijo el Tejón, con la boca llena de pollo y galletas. Ahora, sólo hay una cosa más que quiero que hagas, Topo, antes de que te sientes a cenar con nosotros; y no te molestaría si no fuera porque sé que puedo confiar en ti para que hagas las cosas, y ojalá pudiera decir lo mismo de todos los que conozco. Enviaría a Rata, si no fuera poetisa. Quiero que te lleves a los que están en el piso de arriba contigo, y que limpies y ordenes algunas habitaciones y las dejes...

realmente acogedoras. Haz que barran debajo de las camas, que pongan sábanas y fundas de almohada limpias, y que doblen una esquina de la ropa de cama, tal como sabes que debe hacerse; y haz que pongan en cada habitación un bidón de agua caliente, toallas limpias y pastillas de jabón frescas.

Y luego puedes darles una bofetada a cada uno, si te parece bien, y sacarlos por la puerta de atrás, y no volveremos a verlos. Y luego ven y prueba un poco de esta lengua fría. Es de primera. Estoy muy contento contigo, Topo". El bondadoso Topo cogió un palo, formó a sus prisioneros en el suelo, les dio la orden de "¡Marchen rápido!" y condujo a su pelotón al piso superior. Al cabo de un rato volvió a aparecer, sonriente, y dijo que todas las habitaciones estaban listas y limpias como nuevas. No tuve que limpiarlas -añadió-. Pensé que, en general, ya habían limpiado bastante por una noche, y a las comadreas, cuando se lo dije, estuvieron de acuerdo conmigo y dijeron que no pensarían en molestarme. Se mostraron muy arrepentidas y dijeron que sentían mucho lo que habían hecho, pero que todo era culpa del jefe Comadreja y de los armiños, y que si alguna vez podían hacer algo por nosotros para compensarnos, sólo teníamos que mencionarlo. Así que les di un panecillo cada uno y los dejé salir por detrás, y echaron a correr tan rápido como pudieron". Entonces el Topo acercó su silla a la mesa y se echó sobre la fría lengua; y Sapo, como el caballero que era, dejó de lado todos sus celos y dijo de todo corazón: "¡Gracias, querido Topo, por todos tus esfuerzos y molestias de esta noche, y especialmente por tu astucia de esta mañana! El Tejón se alegró y dijo: "Así habló mi valiente Sapo". Terminaron de cenar con gran alegría y satisfacción, y se retiraron a descansar entre sábanas limpias, a salvo en la casa ancestral de Sapo, recuperada gracias a un valor sin igual, una estrategia consumada y un manejo adecuado de los palos.

A la mañana siguiente, Sapo, que se había quedado dormido como de costumbre, bajó a desayunar vergonzosamente tarde, y encontró sobre la mesa una cierta cantidad de cáscaras de huevo, algunos fragmentos de tostadas frías y duras, una cafetera tres cuartas partes vacía, y realmente muy poco; lo que no contribuyó a mejorar su humor, teniendo en cuenta que, después de todo, era su propia casa. A través de las ventanas francesas del desayunador pudo ver al Topo y a la Rata de agua sentados en sillas de mimbre en el césped, evidentemente contándose historias, rugiendo de risa y levantando sus cortas patas en el aire. El Tejón, que estaba en un sillón leyendo el periódico de la mañana, se limitó a levantar la vista y asentir cuando Sapo entró en la habitación. Pero Sapo conocía a su hombre, así que se puso manos a la obra y preparó el mejor desayuno que pudo, sabiendo que tarde o temprano los demás harían lo mismo por él. Cuando estuvo a punto de terminar, el Tejón levantó la vista y lo observó con cierta brevedad: Lo siento, Sapo, pero me temo que te espera una mañana de mucho trabajo. Verás, realmente deberíamos tener un banquete de una vez, para celebrar este asunto. Es lo que se espera de ti, de hecho, es la regla". De acuerdo", dijo el Sapo de buena gana. Cualquier cosa con tal de complacer. Aunque no puedo entender por qué querrías celebrar un banquete por la mañana. Pero tú sabes que yo no vivo para complacerme a mí mismo, sino simplemente para averiguar lo que mis amigos quieren, y luego tratar de arreglarlo para ellos, ¡querido viejo tejón.

No finjas ser más estúpido de lo que realmente eres -replicó el Tejón, enojado-, y no te rías ni balbucees en el café mientras hablas; no es de buena educación. Lo que quiero decir es que el banquete será por la noche, por supuesto, pero las invitaciones tendrán que ser

escritas y enviadas de inmediato, y tú tienes que escribirlas. Ahora, siéntate en esa mesa -hay montones de hojas de papel ella, con "Casa de Sapo" en la parte superior en azul y oro- y escribe las invitaciones a todos nuestros amigos, y si te apuras las terminaremos antes del almuerzo. Y yo también echaré una mano, y asumiré mi parte del trabajo. Pediré el banquete". ¿Qué? gritó el Sapo, consternado. Yo quedarme en casa y escribir un montón de cartas aburridas en una mañana tan alegre como ésta, cuando quiero recorrer mi propiedad y poner todo y a todos en orden, y pavonearme y divertirme. ¡Claro que no! Estaré... Te veré... ¡Para un minuto! Por supuesto, querido Tejón. ¿Qué es mi placer o conveniencia comparado con el de otros? Tú quieres que se haga, y se hará. Ve, Tejón, ordena el banquete, ordena lo que quieras; luego únete a nuestros jóvenes amigos afuera en su inocente alegría, ajenos a mí y a mis preocupaciones y afanes. Sacrifico esta hermosa mañana en aras del deber y la amistad". El Tejón lo miró con mucha desconfianza, pero el semblante franco y abierto de Sapo hacía difícil creer que hubiera algún motivo indigno en ese cambio de actitud.

Salió de la habitación en dirección a la cocina y, en cuanto la puerta se cerró tras él, Sapo se apresuró a acercarse a la mesa de escribir. Se le había ocurrido una buena idea mientras hablaba. Escribiría las invitaciones, y se encargaría de mencionar el papel protagónico que había tomado en la pelea, y cómo había derribado a la Comadreja Jefa; aludiría a sus aventuras, y a la carrera triunfal que había desarrollado; y en la hoja suelta expondría una especie de programa de entretenimiento para la velada, o algo parecido, tal como lo esbozó en su cabeza: DISCURSO DE Sapo (Habrá otros discursos de Sapo durante la velada.) DISCURSO DE SAPO (SINOPSIS)

- Nuestro sistema penitenciario, las vías fluviales de la vieja Inglaterra
- Tratos con caballos y cómo tratarlos
- la propiedad, sus derechos y sus deberes
- De regreso a la tierra
- Un escudero inglés típico.

CANCIÓN DE Sapo (Compuesta por él mismo.)

OTRAS COMPOSICIONES DE Sapo serán cantadas en el transcurso de la velada por el... COMPOSITOR.

La idea le agradó mucho, y trabajó muy duro y terminó todas las cartas para el mediodía, hora en que le informaron que había una comadreja pequeña y bastante desaliñada en la puerta, preguntando tímidamente si podía ser de alguna utilidad a los caballeros. Sapo se apresuró a salir y descubrió que se trataba de uno de los prisioneros de la noche anterior, muy respetuoso y ansioso por complacer. Le dio una palmadita en la cabeza, le puso el paquete de invitaciones en la pata y le dijo que se apresurara a entregarlas tan pronto como pudiera, y que si quería volver por la tarde, tal vez habría un chelín para él, o tal vez no; y la pobre comadreja pareció realmente muy agradecida y se apresuró a cumplir su misión.

Cuando los otros animales volvieron a almorzar, muy bulliciosos y alegres después de una mañana en el río, el Topo, a quien le remordía la conciencia, miró dudoso a

Sapo, esperando encontrarlo malhumorado o deprimido. En cambio, estaba tan altanero e inflado que el Topo empezó a sospechar algo, mientras la Rata y el Tejón intercambiaban miradas significativas.

En cuanto terminó la comida, Sapo se metió las patas en los bolsillos del pantalón y dijo despreocupadamente: "¡Bueno, cuídense, amigos! Pidan lo que quieran", y se iba pavoneando en dirección al jardín, donde quería pensar en una o dos ideas para sus próximos discursos, cuando la Rata lo agarró del brazo.

Sapo sospechó lo que buscaba, e hizo todo lo posible por escapar; pero cuando el Tejón lo tomó firmemente por el otro brazo, empezó a ver que el juego había terminado. Los dos animales lo condujeron entre los dos a la pequeña sala de fumadores que se abría desde el vestíbulo, cerraron la puerta y lo sentaron en una silla.

Luego se pararon frente a él, mientras Sapo permanecía en silencio y los miraba con mucho recelo y mal humor.

Mira, Sapo -dijo la Rata-. Se trata de este Banquete, y lamento mucho tener que hablarte así. Pero queremos que entiendas claramente, de una vez por todas, que no habrá discursos ni canciones. Intenta comprender que en esta ocasión no estamos discutiendo contigo, sólo te lo estamos diciendo". Sapo se dio cuenta de que estaba atrapado. Le habían descubierto, habían visto lo que se proponía, se le habían adelantado. Su agradable sueño se hizo añicos.

¿No puedo cantarles sólo una cancioncita?", suplicó penosamente.

No, ni una cancioncita", contestó la Rata con firmeza, aunque su corazón sangró al notar el labio tembloroso del pobre Sapo decepcionado. No sirve de nada, Sapo; tú sabes bien que tus canciones son pura presunción y jactancia y vanidad; y tus discursos son pura autoalabanza y... y... bueno, y exageración burda y... y..." "Y altanería", agregó el Tejón, a su manera común.

Es por tu propio bien, amigo", continuó la Rata. Sabes que tarde o temprano debes pasar página, y ahora parece un momento espléndido para empezar; una especie de punto de inflexión en tu vida. Por favor, no creas que decir todo esto no me duele más a mí que a ti".

Sapo permaneció por un largo rato sumido en sus pensamientos. Por fin levantó la cabeza, y en sus facciones se hicieron visibles las huellas de una fuerte emoción. Habéis vencido, amigos míos -dijo con voz entrecortada-. Era, sin duda, una pequeñez lo que pedía, simplemente que me dejaran florecer y crecer una noche más, dejarme llevar y escuchar el tumultuoso aplauso que siempre me aparece, de alguna manera, que saca a relucir mis mejores cualidades. Sin embargo, tienes razón, lo sé, y yo estoy equivocado. A partir de ahora seré un Sapo muy diferente. Amigos míos, nunca más tendrán ocasión de sonrojarse por mí. Pero, ¡oh, Dios mío querido, este es un mundo duro! Y, apretándose el pañuelo contra la cara, salió de la habitación con pasos vacilantes.

Tejón", dijo la rata, "me siento como un monstruo; me pregunto cómo te sentirás tú". O, yo sé, yo sé," dijo el Tejón melancólicamente. Pero había que hacerlo.

Este tío tiene que vivir aquí, mantenerse y ser respetado. ¿Quieres que sea el hazmerreír de todos, que los armiños y las comadreas se burlen de él? Por supuesto que no -dijo la Rata-. Y, hablando de comadreas, es una suerte que nos encontráramos con esa pequeña comadreja, justo cuando partía con las invitaciones de Sapo. Sospeché algo por lo que me contaste, y eché un vistazo a una o dos; eran sencillamente vergonzosas. Confisqué el lote, y el buen Topo está ahora sentado en el tocador azul, rellenando tarjetas de invitación simples y sencillas".

Por fin se acercaba la hora del banquete, y Sapo, que al dejar a los demás se había retirado a su dormitorio, seguía sentado allí, melancólico y pensativo. Con la frente apoyada en la pata, reflexionaba profundamente. Poco a poco se le fue despejando el semblante y empezó a esbozar largas y lentas sonrisas. Luego empezó a reírse tímidamente, consciente de sí mismo. Por fin se levantó, cerró la puerta, corrió las cortinas de las ventanas, recogió todas las sillas de la sala, las colocó en semicírculo y se colocó frente a ellas, visiblemente hinchado.

Luego se inclinó, tosió dos veces y, dejándose llevar, con voz alzada cantó, al público embelesado que su imaginación veía tan claramente, ¡La ÚLTIMA CANCIÓN DEL Sapo!

¡El Sapo volvió a casa! Hubo pánico en los salones y aullidos en los pasillos, hubo llantos en los establos y chillidos en las cuadras, cuando el Sapo llegó a casa.

¡Cuando el Sapo llegó a casa! Hubo golpes en las ventanas y en las puertas, hubo comadreas que se desmayaron en el suelo, ¡Cuando el Sapo llegó a casa! ¡Bang! ¡Suenan los tambores! Los trompetistas tocan y los soldados saludan, y los cañones disparan y los coches rugen, ¡mientras llega el Héroe!

Griten ¡Hurra! Y que cada uno de la multitud trate de gritarlo muy fuerte, En honor de un animal del que están justamente orgullosos, ¡Porque es el gran día de Sapo!

Cantó esto muy fuerte, con gran emoción y expresividad; y cuando hubo terminado, lo cantó de nuevo.

Luego lanzó un profundo suspiro; un largo, largo, largo suspiro.

Luego mojó el cepillo en la jarra de agua, se separó el pelo por la mitad y se lo colocó muy liso a cada lado de la cara; y, abriendo la puerta, bajó tranquilamente las escaleras para saludar a sus invitados, que sabía debían de estar reunidos en el salón.

Todos los animales se alegraron cuando entró, y se agolparon a su alrededor para felicitarlo y decirle cosas bonitas sobre su valor, su inteligencia y sus cualidades para la lucha; pero Sapo sólo sonreía débilmente y murmuraba: "¡En absoluto! Otras veces, para variar, decía: "Al contrario". Nutria, que estaba de pie en la chimenea, describiendo a un admirado círculo de amigos exactamente cómo habría manejado las cosas de haber estado allí, se adelantó con un grito, echó el brazo al cuello de Sapo, y trató de llevarlo alrededor de la habitación en triunfal procesión; pero Sapo, de una manera suave, fue más bien desairado con él, señalando suavemente, mientras se separaba, " Tejón fue el cerebro; el Topo y la rata de agua llevaron la peor parte de la lucha; yo simplemente serví en las filas e hice

poco o nada". Los animales estaban evidentemente desconcertados y sorprendidos por esta inesperada actitud suya, y Sapo sintió, mientras se movía de un invitado a otro, haciendo sus modestas respuestas, que era un objeto de gran interés para todos.

El Tejón había pedido todo lo mejor, y el banquete fue un gran éxito. Hubo mucha charla, risas y cháchara entre los animales, pero Sapo, que por supuesto ocupaba una silla, miraba por debajo de la nariz y murmuraba cosas agradables a los animales que tenía a cada lado. A intervalos echaba una mirada al tejón y a la rata, y siempre que miraba los dejaba con la boca abierta, lo que le producía la mayor satisfacción al Sapo. Algunos de los animales más jóvenes y vivaces, a medida que avanzaba la velada, empezaron a murmurar entre sí que las cosas ya no eran tan divertidas como en los viejos tiempos; y hubo algunos golpes en la mesa y gritos de "¡Sapo!

¡Discurso de Sapo! ¡Discurso de Sapo! ¡Canción! Canción del señor Sapo". Pero Sapo se limitó a sacudir suavemente la cabeza, levantar una pata en señal de suave oposición y, deleitar a sus invitados con manjares, charlas tópicas y serias preguntas sobre los miembros de sus familias que aún no tenían edad para asistir a actos sociales, consiguió transmitirles que aquella cena se desarrollaba según pautas estrictamente convencionales.

Era, en efecto, un Sapo transformado. Después de este clímax, los cuatro animales continuaron llevando sus vidas, tan bruscamente interrumpidas por la guerra civil, con gran alegría y satisfacción, sin ser molestados por nuevos levantamientos o invasiones. Sapo, después de consultar debidamente a sus amigos, eligió una hermosa cadena de oro y un medallón con perlas, que envió a la hija del carcelero con una carta que hasta el Tejón admitió que era modesta, agradecida y cariñosa; y el maquinista, a su vez, fue debidamente agradecido y compensado por todas sus penas y molestias. Bajo la severa persuasión del Tejón, incluso se buscó a la mujer de la barcaza, con algunos problemas, y el valor de su caballo discretamente le compensado; aunque Sapo pateó terriblemente ante esto, considerándose a sí mismo como un instrumento del Destino, enviado para castigar a las mujeres gordas con brazos moteados que no podían distinguir a un verdadero caballero cuando lo veían. La cantidad en cuestión, en verdad, no era muy onerosa, ya que los asesores locales admitían que la valoración del gitano era aproximadamente correcta.

A veces, en el curso de largas tardes de verano, los amigos paseaban juntos por el Bosque Salvaje, ahora exitosamente domesticado en lo que a ellos concernía; y era agradable ver cuán respetuosamente eran saludados por los habitantes, y cómo las comadreas madre llevaban a sus crías a las bocas de sus agujeros, y decían, señalando, "¡Mira, bebé! ¡Ahí va el gran señor Sapo! ¡Y esa es la galante rata de agua, una terrible luchadora, caminando junto a él! Y ahí viene el famoso señor Topo, del que tanto has oído hablar a tu padre". Pero cuando los niños se ponían intranquilos y perdían el control, los calmaban diciéndoles que si no se callaban y no se calmaban, el terrible tejón gris se levantaría y se los llevaría. Esto era una calumnia contra el Tejón, a quien, aunque poco le importaba la sociedad, le gustaban bastante los niños; pero nunca dejaba de tener un poderoso efecto.

FIN